



Will Cuppy

OCASO Y CAÍDA DE

PRÁCTICAMENTE TODO EL MUNDO



Breve historia de la humanidad  
a través de sus grandes personajes



**L≡LIBROS**

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

He aquí un libro excéntrico y agudo, una invitación a recorrer una galería de retratos, ordenados cronológica y espacialmente, que nos acerca a personajes que hicieron historia en épocas muy diversas: desde el lejano Egipto hasta la "cercana" época del descubrimiento y conquista de América. Guiados por un autor documentado y escéptico, mundano y terriblemente irónico, veremos cómo la grandeza histórica generalmente atribuida a estos personajes queda hecha añicos. **Will Cuppy** los somete a un escrutinio que revela las miserias humanas de figuras de la talla de Pericles, Carlomagno o Luis XIV entre otras muchas.

Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo es una aguda revisión de la historia de Occidente a través de aquellos personajes que la hicieron posible.

**L**  **LIBROS**

Will Cuppy

**Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo**  
**Breve historia de la humanidad a través de sus grandes personajes**

ePub r1.4

**GONZALEZ** 06.06.16

**INTRODUCCIÓN**  
*por*  
**FRED FELDKAMP**

Cuando Will Cuppy murió, en septiembre de 1949, llevaba trabajando en este libro, de forma intermitente, dieciséis años. Durante la mayor parte de ese tiempo estuvo ocupado con otros proyectos, claro: una columna semanal de reseñas de libros de misterio para el *Herald-Tribune* de Nueva York, artículos para diversas revistas y una serie de libros sobre aves, mamíferos, reptiles y peces.

El primero de estos libros de animales, *How to Tell Your Friends from the Apes*, apareció en 1931 y marcó las pautas que otros seguirían. Cuppy solía quejarse de que la gente no paraba de preguntarle: «¿Nunca escribe nada que no sea un opúsculo sobre animales?». La respuesta es que en todo momento este libro fue el que más le interesaba. A su muerte, casi lo había terminado.

*Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo* contiene capítulos dedicados a todos los personajes históricos que Cuppy quería incluir. (Antes de su muerte había trabajado en todos, algunos al menos de forma esquemática). Faltan algunos capítulos generales; Cuppy tenía intención de escribir sus pensamientos sobre lo que opinaba de Betsy Ross y otras cuestiones diversas que, para él, eran asuntos del momento inmediato. En su lugar, se han añadido sus artículos sobre el humor y los hábitos alimentarios de los grandes.

Quizá sería de interés para los lectores una nota sobre cómo trabajaba Cuppy. En primer lugar, antes de escribir una sola línea sobre cualquier tema —o, incluso, antes de pensar en lo que podría escribir— leía todos los libros y artículos que encontraba sobre ello, incluidos, en muchos casos, libros raros que ya no se hallaban disponibles en Estados Unidos. Éste era el procedimiento normal, ya fuera el asunto en cuestión el perezoso gigante o Catalina la Grande.

Después de empaparse de esta cantidad exhaustiva de material, tomaba notas en pequeñas fichas que luego archivaba en el apartado apropiado de un fichero. Normalmente, reunía centenares de estas fichas en varias cajas antes de empezar a modelar su obra. En algunos casos, leía más de veinticinco gruesos volúmenes antes de escribir un artículo de mil palabras. Cuppy creía que debía conocer el tema lo más profundamente posible antes de empezar a trabajar en él.

A veces, permanecía semanas seguidas en su apartamento de Greenwich Village, al que se hacía enviar la comida cuando la necesitaba. El apartamento rebosaba de libros, que estaban en estanterías que llegaban hasta el techo, colocadas en todas las paredes de la sala de estar, en su dormitorio e, incluso, en la cocina (sobre el frigorífico, sobre la cocina y en los estantes).

Por lo general, iniciaba la jornada a media tarde. Después de tomar varias tazas de café estaba listo para empezar a clasificar fichas o escribir notas para sí mismo. Trabajaba hasta las ocho o las nueve; entonces, se acostaba y dormía hasta medianoche, hora en que cenaba, en general, una hamburguesa, guisantes y café. Mientras disfrutaba de su segunda o tercera tazas de café telefoneaba a sus amigos íntimos, que eran pocos, lo que a menudo resultaba su único contacto con el mundo exterior. Luego, reemprendía el trabajo hasta las cinco, las seis o las siete de la mañana.

Descubrió que éstas eran las horas más tranquilas en el apartamento del Village en el que residió los últimos veinte años de su vida. Cuppy detestaba el ruido en todas sus formas y, durante esos veinte años, fue torturado a diario por los ruidos que procedían del patio de un colegio contiguo al edificio en el que vivía. Desde su pequeña terraza también se veía sometido a los lloros de numerosos niños de pecho que vivían en los edificios próximos. Sin embargo, no pensaba en mudarse. Su única medida enérgica contra estos jóvenes adversarios fue comprar un matasuegras, ese artefacto que se desenrosca bruscamente cuando soplas en él. Cuando no podía soportar más los llantos, sacaba su matasuegras y lo hacía sonar varias veces en dirección al niño que lloraba. Entonces se sentía mejor.

Cuando se irritaba con los adultos con los que tenía que tratar con motivo de sus escritos, redactaba cartas devastadoras a los ofensores, escribía la dirección en el sobre, pegaba los sellos y dejaba las cartas sobre la mesa que tenía cerca de la puerta para enviarlas por correo. Al día siguiente, las rompía.

Bajo una apariencia brusca que solía simular, Cuppy era un ser humano enormemente generoso y bondadoso. Fingía odiar a la gente y, en realidad, le inquietaba de verdad conocer a gente nueva; tenía miedo de no caerles bien o de que le ocuparan mucho tiempo. Sin embargo, sus amigos recibían constantemente regalitos divertidos, desde caleidoscopios hasta saleros de cristal en forma de gallina. Enviaba sus tarjetas navideñas hacia el 4 de julio; sus buenos deseos se referían a la Navidad anterior o a la siguiente, según decidieran considerarlo sus amigos.

Sus dos lugares favoritos sobre la tierra eran el zoo del Bronx, donde se sentía realmente relajado, y su cabaña, Chez Cuppy (o *Tottering-on-the-Brink*, «Tambaleándose en el borde»), en Jones's Island, unos kilómetros al este de Jones Beach. Allí Cuppy volvía a sus días de ermitaño, a veces durante varias semanas seguidas. El viaje era demasiado complicado para un solo fin de semana, ya que Cuppy tenía que llevar, en grandes maletas, una cantidad considerable de latas de comida, libros y ficheros.

Cuppy tiene muchos devotos seguidores en todo el mundo, pero estaba convencido de que nadie había oído hablar nunca de él. Cualquier prueba que le indicara lo contrario le complacía mucho. En una ocasión señaló que el punto

culminante de su vida había sido el momento en que iba paseando por Park Avenue con Gene Tunney, a la sazón campeón mundial de pesos pesados, y alguien que pasó junto a él dijo a su acompañante: « Mira, es Will Cuppy » .

Pero Cuppy a menudo también era objeto de una falta de reconocimiento. Sé que le habría encantado el error que cometió el periódico en el que había trabajado durante veinte años en las primeras ediciones del día siguiente a su muerte. La fotografía con el pie « Will Cuppy » que acompañaba la esquila pertenecía a otra persona.

A la muerte de Cuppy, heredé la tarea de reunir su material para publicarlo. Salvo durante los años de la guerra, había estado en contacto con Cuppy casi a diario por teléfono desde que empezó la redacción de este libro en el verano de 1933. Estas conversaciones siempre se referían a lo que le ocupara entonces.

A veces, antes de terminar la llamada, hacíamos alguna breve referencia a algún suceso del día. Pero a Cuppy realmente no le interesaban las primeras páginas de los diarios. Cualquier cosa ocurrida después del siglo XVIII le dejaba indiferente. En realidad, cuanto más se remontaba en la historia, más crecía su entusiasmo.

Ojalá hubiera podido disponer de este libro en la clase de historia cuando, de niño, empecé a estudiar estos famosos personajes desde una perspectiva diferente y mucho menos esclarecedora. Los historiadores cuyas obras me vi obligado a leer parecían perder de vista el hecho de que sus lectores eran seres humanos. Cuppy jamás lo perdió de vista ni por un minuto.

Quisiera concluir expresando mi agradecimiento a mi esposa, Phyllis, que pasó muchas noches y fines de semana revisando docenas de ficheros de doscientas fichas de Cuppy y descifrando su escritura, y a Alan Rosenblum, abogado de Cuppy, cuya ayuda hizo posible que el material se publicara tan pronto.

F. F.  
*Nueva York, N. Y.*

## OCASO Y CAÍDA DE PRÁCTICAMENTE TODO ELMUNDO



**I**

**ALPARECER  
HUBO DOS EGIPCIOS**

**\* \* \***

**KEOPS O KHUFU  
HATSHEPSUT**



### KEOPS O KHUFU

A Egipto se le ha llamado El Regalo del Nilo. Una vez al año, el río se desborda y deposita una capa de rica tierra de aluvión en el suelo reseco. Después, retrocede y pronto toda la campiña, hasta donde alcanza la vista, está cubierta de egiptólogos.

Desde los tiempos más remotos, Egipto se ha dividido en dos partes: el Alto Egipto y el Bajo Egipto. El Bajo Egipto es el situado en la parte superior del mapa, o sea que hay que viajar hacia el sur para encontrar el Alto Egipto. Esto es absolutamente correcto para los habitantes del lugar porque el Nilo nace en el sur

y cuando se va río arriba, como es natural, se va hacia el sur hasta llegar al Alto Egipto, mientras que el Bajo Egipto queda en el norte.<sup>[1]</sup>

Egipto también estaba dividido políticamente hasta que Menes, rey del Alto Egipto, se acercó hasta el Bajo Egipto, lo conquistó y fundó la Primera Dinastía del Alto y Bajo Egipto en el año 3400 a. C.<sup>[2]</sup> Se cuenta que Menes fue devorado por un hipopótamo, historia bastante inverosímil, ya que este animal es graminívoro y nunca se ha tenido noticia de que comiera otra cosa. Por lo tanto, los estudiosos modernos se inclinaron a considerar a Menes un mito hasta que se señaló que un ligero error en los hábitos alimentarios del hipopótamo no demuestra necesariamente que Menes no existiera. Los egiptólogos están empezando a comprenderlo ahora, mientras entramos en prensa.<sup>[3]</sup>

Los egipcios de la Primera Dinastía ya estaban civilizados en la mayoría de los aspectos. Poseían jeroglíficos, armas de metal para matar a los extranjeros, numerosos funcionarios del gobierno e impuestos.<sup>[4]</sup>

Algunos egipcios eran más brillantes que otros. Inventaron la red mosquitera, la astrología y un calendario que no salió bien, pues el día de Año Nuevo cayó en cuatro de julio. Creían que el sol navegaba todo el día en un bote alrededor de Egipto y que un cerdo se comía la luna cada dos semanas.<sup>[5]</sup>

Como es natural, un pueblo así deseaba dejar constancia de sus ideas, para que otros pudieran cometer los mismos errores. Sus jeroglíficos, o escritura con figuras, consistían en lechuzas, canarios, serpientes y entrañas de despertadores.

La civilización propiamente dicha es lo que tenemos hoy en día, pero es agradable saber que, hace más de cincuenta siglos, en un pequeño país situado a miles de kilómetros de Nueva York,<sup>[6]</sup> empezaban a ser más o menos como nosotros. Algunas autoridades creen que los sumerios se civilizaron antes que los egipcios. Yo no lo creo. Tengo la sensación de que los sumerios pasarán al olvido.<sup>[7]</sup>

Pese a este excelente comienzo, en Egipto ocurrieron pocas cosas importantes hasta la Tercera Dinastía, cuando Imhotep el Sabio, arquitecto y principal ministro del rey Djoser, inventó la pirámide, un nuevo tipo de tumba real enorme construida con piedra, que garantizaba la protección del cuerpo del faraón y de gran cantidad de sus posesiones contra las perturbaciones de todos los tiempos. Es decir, Imhotep el Sabio concibió la idea de ocultar el cuerpo real y su tesoro en un monumento tan llamativo que los saqueadores de tumbas y otros ladrones no lo pudieran pasar por alto.<sup>[8]</sup> Las pirámides siempre fueron despojadas de su contenido, pero los faraones siguieron construyéndolas durante varios siglos hasta que repararon en lo inconveniente que era este modo de ocultar cosas.

La pirámide de Imhotep, en realidad, no era gran cosa, pues los escalones o

terrazas no se llenaron, y tenía menos de sesenta metros de altura. Snefru, el fundador de la Cuarta Dinastía, construyó otra mejor con los lados lisos rellenando los escalones con ladrillos, los cuales, lamentablemente, pronto cayeron.<sup>[9]</sup> En la actualidad, a Snefru sólo se le conoce como el padre de Khufu,<sup>[10]</sup> o Keops, como le llamaban los griegos,<sup>[11]</sup> constructor de la Gran Pirámide de Gizeh, que en tiempos tenía ciento cuarenta y seis metros de altura y que aún se eleva ciento treinta y siete después de haber perdido la cima. Aunque esta estructura fracasó como tumba, aun hoy en día es una de las maravillas del mundo porque constituye la mayor construcción jamás levantada por una razón errónea.<sup>[12]</sup>

Keops construyó la Gran Pirámide de Gizeh hacia el año 3050 a. C. Después de hacerlo se sintió mejor. La Gran Pirámide ocupa un extensión de poco más de cinco hectáreas y contiene 2.300.000 bloques de piedra caliza que pesan unas dos toneladas y media; el conjunto pesa 5.750.000 toneladas, con un contenido total de 3.057.000 metros cúbicos, sin contar los espacios huecos como la Cámara Funeraria del Rey, un par de pozos de ventilación y un pasadizo en la cara norte abierto para que entraran los ladrones.<sup>[13]</sup> Si estas piedras estuvieran cortadas en bloques de treinta centímetros cuadrados y se colocaran juntas una al lado de la otra formarían una línea de piedras cuadradas de igual longitud a las dos terceras partes de la circunferencia de la tierra en el ecuador, o aproximadamente 26.666 kilómetros. Sin embargo, a menudo se oye decir que Khufu, o Keops, no fue un gran hombre, merecedor de la más profunda admiración y respeto. Simplemente, no caía bien a algunas personas.

Khufu construyó la Gran Pirámide para poder dejar su momia en ella cuando muriera e ir al Campo de Juncos.<sup>[14]</sup> También es posible que quisiera un poco de publicidad aquí abajo. Sabía que si construía la mayor pirámide jamás vista, el mundo acudiría a visitarla y escribiría artículos sobre ella durante miles y miles de años.<sup>[15]</sup>

Por supuesto, Keops, o Khufu, no llevó las piedras personalmente. Era un genio, así que hizo que otras personas hicieran todo el trabajo duro. Había descubierto el hecho de que si le dices a alguien que haga algo, nueve de cada diez veces lo hará.<sup>[16]</sup>

Está pasado de moda calificar a Khufu de cruel tirano por obligar a cien mil *fellahin*, o campesinos, a que trabajaran durante veinte años en su tumba. Los estudiosos dicen que les hacía trabajar sólo durante los tres meses de inundación, cuando no estaban ocupados en la agricultura y era probable que se hallaran ociosos y se metieran en problemas. Las clases bajas egipcias eran muy inmorales, siempre estaban bebiendo o haciendo cosas así. O sea que Khufu les hacía un favor al mantenerles la mente ocupada, y todo el asunto era más o

menos como un gran picnic. Al mismo tiempo, el ejercicio desarrollaba su carácter y les enseñaba lo que era la dignidad del trabajo. La mayoría de obreros de las pirámides no eran esclavos, como se nos suele decir. Eran hombres libres, con derechos y privilegios especificados en la Constitución.

Khufu permitía vivir a los *fellahin* en bonitas chozas de adobe sin ventilación, cerca de las pirámides, los alimentaba con rábanos, cebollas y ajo, y les proporcionaba mucho aceite de ricino para su higiene.<sup>[17]</sup> Sir Flinders Petrie afirmaba que las viejas historias que se cuentan de las penalidades sufridas por los *fellahin* son tonterías. A sir Flinders le gustaba llevar brazadas de piedras de dos toneladas y media bajo el ardiente sol y creía que lo mismo le ocurría a todo el mundo. De vez en cuando, posiblemente, algunos *fellahin* insinuaban que Khufu ya había hecho bastante por ellos y que deseaban que se diera prisa en convertirse en momia e ir al Campo de Juncos.<sup>[18]</sup>

En los tiempos modernos se ha pensado mucho en los métodos utilizados para construir la Gran Pirámide. Los egiptólogos se maravillan de que semejante tarea se hubiera llevado a cabo antes de nacer ellos, y nuestros ingenieros dicen que ellos no habrían emprendido su construcción disponiendo sólo de algunas viejas herramientas de cobre y una falta absoluta de maquinaria de acero inoxidable. Casi parece imposible que los antiguos egipcios fueran tan listos como estos expertos. Aun así, siguieron adelante y la construyeron, y saque usted sus propias conclusiones.

La realidad es que construir una pirámide es bastante fácil, aparte del peso que hay que levantar. Sólo hay que apilar piedras en capas cada vez menores, y pronto se tiene una pirámide. No se puede evitar.<sup>[19]</sup> Y una vez está levantada, allí se queda. ¿Por qué no iba a hacerlo? En otras palabras, no está en la naturaleza de una pirámide el venirse abajo, y eso explica por qué la Gran Pirámide sigue aún en pie después de tantos años.<sup>[20]</sup>

Khufu también construyó tres pequeñas pirámides en el lado oriental de la Gran Pirámide destinadas a tres de sus esposas. Y esto nos lleva a otro aspecto de este faraón. Los egiptólogos dicen que no tienen ni idea de lo que hacía Khufu cuando no construía pirámides, ya que no dejó inscripciones que describieran sus actividades cotidianas, y darían lo que fuera por saberlo. Luego dicen que tuvo seis esposas y un harén lleno de concubinas. Al parecer no lo relacionan, pero usted y yo lo hemos entendido. No necesitamos jeroglíficos para saber que Khufu se dejaba caer de vez en cuando por allí para ver cómo iban las cosas, y para decir a las señoras cuántos metros cúbicos de piedra caliza había colocado aquella tarde.

Personalmente, diría que el harén real era uno de los principales intereses en la vida de Khufu y, por tanto, reclama nuestra atención. Aunque nos faltan estadísticas, debía de ser uno de los mayores del mundo antiguo, completamente

provisto de las mejores concubinas que se podían obtener en África, todas ellas expertas bailarinas, cantantes e intérpretes de la *bazinga*, o arpa de siete cuerdas. Khufu no era hombre de medias tintas, como hemos visto, y no se habría contentado con setenta mujeres, que es el número que poseía el rey Zer de la Primera Dinastía. Tendría varios centenares, aunque sólo fuera para batir el récord, ¡y aún se preguntan cómo pasaba el tiempo libre! Si no cree que dirigir semejante establecimiento constituya un auténtico trabajo, al menos equivalente a la construcción de unas cuantas pirámides, es que nunca lo ha probado. Khufu, claro está, aportó a la tarea un alto nivel de capacidad ejecutiva y la feliz facultad de perdurar en ella durante un reinado de veintitrés años.



Las seis esposas de Khufu probablemente no eran muy divertidas. Según la costumbre, tuvo que casarse con algunas de sus hermanas y medio hermanas, por no mencionar a una de sus madrastras y quizá a otras parientas con la misma línea de bromas y recuerdos familiares. Cuando había aguantado suficiente, siempre podía ir a Gizeh y meter prisa en la construcción de sus tumbas.<sup>[21]</sup> Se desconoce el nombre de su principal esposa y hermana, la madre de Khafre. Actualmente, los egiptólogos la conocen como la mujer que fue hallada en G I-a, la primera pirámide pequeña. La reina Henutsen, esposa y medio hermana, ocupaba G I-c y la ocupante de G I-b, la pequeña pirámide central, al parecer era una rubia de origen incierto, una intrusa que de alguna manera irrumpió en el círculo real y tuvo éxito. Esta reina debió de ser un gran consuelo para Khufu. Al menos no eran parientes.

No sabemos mucho de esta rubia. Parece ser, sin embargo, que Hetepheres II, una de las hijas de Khufu, era rubia, quizá la primera de la que se tiene noticia. Aparece con el pelo rubio brillante, con rayas horizontales rojas, en una pintura mural de la tumba de Meresankh III, y ciertos estudiosos sacan la

conclusión de que su madre debía de tener el mismo color de pelo, probablemente extranjera, ya que todas las mujeres egipcias eran castañas. Me temo que en la actualidad sólo se conocen estos datos.

Pero si quiere usted crear problemas, puede decir que la imagen tampoco demuestra que el cabello de Hetepheres II fuera igual en la vida real o que su madre fue una rubia que estaba enterrada en G I-b. Lo que demuestra con bastante claridad es que el artista que decoró la tumba de Meresankh III tenía un poco de pintura roja y amarilla.

Heródoto nos cuenta una historia diferente sobre la pequeña pirámide central. Él señala que Khufu de pronto se quedó sin dinero y encargó a una de sus hijas recaudar los fondos necesarios y terminar la Gran Pirámide. Ella pidió una cantidad asombrosa y un bloque de piedra a cada persona que se interesaba, y lo hizo tan bien que pagó la hipoteca de la pirámide de su padre, y tuvo piedras suficientes para construirse una pequeña para ella. Al parecer, tenía el corazón puesto en la obra. Todos los egiptólogos consideran falsa esta historia. Según sus cálculos, basados en cuidadosas y repetidas mediciones de la pirámide, cuya base tiene catorce metros cuadrados, dicen que no se puede hacer. Supongo que ellos lo sabrían.

Sea como fuere, el hijo de Khufu, Khafre o Kefrén, construyó la segunda pirámide de Gizeh, no tan grande como la Gran Pirámide y no tan bonita, y la Gran Esfinge, retrato en piedra de sí mismo con cuerpo de león, símbolo del poder del faraón.<sup>[22]</sup> La Esfinge también simboliza a Horus, símbolo de varios reyes más. La gente que cree que la Esfinge es una escultura femenina y habla de ella en femenino se equivoca.<sup>[23]</sup>



Pero la descendencia de Khufu fue a menos. La tercera pirámide de Gizeh, erigida por Menkaure, o Mikerinos, hijo de Khafre, tenía menos de la mitad de altura que la de su padre, y él sólo tuvo veinte concubinas. Era un hombre honrado y bienintencionado, y amigo incondicional de los *fellahin*, de modo que el país empezó a debilitarse y jamás se recuperó por completo. Como solía dar regalos a los súbditos que estaban necesitados, le perdieron el respeto. Creían que debía de ser bobo por mostrarse agradable con ellos y se negaron a obedecerle.

[24] Su hijo Shepseskaf redujo aún más la dignidad real permitiendo que su noble favorito, Ptahshepses, le besara el pie en lugar del suelo. Estas cosas no hacen construir pirámides. Shepseskaf no dejó ninguna pirámide, y la Cuarta Dinastía se extinguió calladamente. Como norma, en una familia sólo existe un Khufu.

Poco queda por decir. Los faraones de la Quinta Dinastía se llenaron de astillas sueltas y cascotes. Uno de ellos se llamaba Kakau o Kuku, y otro resultó ser aficionado a los juegos de palabras. Pepy I de la Sexta Dinastía fue un buen tipo, pero al parecer algo le salió mal en el presupuesto y Pepy II intentó devolver la prosperidad construyendo otra pirámide. Como las pirámides eran la causa del problema, no sirvió de gran ayuda. Después, todos se aburrieron de las pirámides y se dedicaron a jugar a las damas.



**HATSEPSUT**

En la Decimoctava Dinastía, gobernaron en Egipto la reina Hatshepsut<sup>[25]</sup> y Tutmosis III<sup>[26]</sup>, y de vez en cuando Hatshepsut alcanzaba a Tutmosis III<sup>[27]</sup> en la oreja con una piedra. No se le puede reprochar, pues toda su vida había estado rodeada de gente que se llamaba Tutmosis, una familia de feos y pequeños faraones con la frente huidiza, los ojos prominentes e incisivos salidos, y esto la ponía de los nervios. Sufría una fase avanzada de la dolencia de los Tutmosis, dolencia por la que uno ve uno o más Tutmosis en cualquier dirección que mire.

Se hizo natural en ella arrojar algo cada vez que veía uno, real o imaginario.

Hatshepsut era hija de Tutmosis I, al que había ayudado a gobernar Egipto cuando no era más que una niña. Él era demasiado perezoso e inepto para hacerlo solo. Luego, se casó con su medio hermano, Tutmosis II, con el fin de reforzar la posición de éste en el trono, ya que ella era de sangre real por ambas partes y él no. Tutmosis II era hijo de Tutmosis I y un intruso, hecho que le recordaba Hatshepsut de vez en cuando.<sup>[28]</sup> Él era un joven frágil y afeminado con la tez llena de manchas; fue el más débil de todos los Tutmosis, pero Hatshepsut era de las mandonas y tuvieron dos hijas, Neferure y Merytre.

Tutmosis II murió en 1501 a. C. y dejó a Hatshepsut cara a cara con Tutmosis III, el hijo de nueve años que había tenido con una de sus concubinas. Las investigaciones modernas señalan que Tutmosis II tenía rotos los hombros, las caderas, la pelvis y la clavícula. También tenía la nariz deformada, como si alguien hubiera dejado caer una plancha encima, y en su cuerpo había indicios de veneno para ratas. Los egiptólogos no tienen ni idea de quién hizo todo esto.<sup>[29]</sup>

Así que Hatshepsut se encontró con otro Tutmosis en las manos. Tutmosis III era quizá el más feo de todos, pues casi carecía de frente y poseía la desagradable costumbre de replicar.<sup>[30]</sup> La parte posterior de su cabeza era absolutamente plana.<sup>[31]</sup> Como era la única hija superviviente de Amosis, la Gran Esposa Real de Tutmosis I,<sup>[32]</sup> Hatshepsut tuvo que actuar de regente y hacer todo el trabajo durante la minoría de edad de su joven sobrino e hijastro, y la situación resultó un poco difícil por ambas partes. Incluso casó a su hija Neferur con Tutmosis III por el bien de la familia, convirtiéndose así en suegra además de madrastra. Por alguna razón no salió bien.

Cuando llevaban seis o siete años así, Hatshepsut decidió tomar medidas. Al fin y al cabo, ella era legítima, y estaba enferma y cansada de hacer de hombre de paja para aquellos hijos de concubinas sin recibir honores equitativos. Lo consideró detenidamente y decidió que, si algunas personas podían ser faraones, ella lo sería en lugar de retirarse cuando Tutmosis III alcanzara a la mayoría de edad.

Existía, sin embargo, la tradición inquebrantable de que sólo un rey podía gobernar en Egipto, o sea que ella no podía presentarse al cargo. Por su modo de manejar el asunto, Hatshepsut ha sido calificada como la primera gran mujer de la historia. Lo que hizo fue, simplemente, nombrarse rey de Egipto, y no había más que hablar.

Para demostrar a sus súbditos que poseía las cualidades debidas, Hatshepsut colocó muchas estatuas y retratos que la representaban como un faraón corriente con barba.<sup>[33]</sup> Esto no engañó a nadie, pero era una prueba legal porque ella era la ley, y ella era la ley porque ella lo decía. Hatshepsut resultó toda una sorpresa

para los egipcios, que siempre habían pensado que éste es un mundo de hombres. Lo es, efectivamente, aunque con algunas excepciones.

Hatshepsut permitió que Tutmosis III conservara el título de faraón y actuara como cogobernante subalterno. Es decir, ella le dejaría quemar incienso en su honor, alimentar a sus rebaños de vacas domesticadas, hacer recados y poner su nombre en los monumentos, después de los de ella, en jeroglíficos menores. Él quería ser soldado y luchar contra Mesopotamia, como Amosis I<sup>[34]</sup> y Tutmosis I, pero cada vez que lo mencionaba, ella le pegaba. Hatshepsut era una firme creyente en la paz fuera del hogar.<sup>[35]</sup> Aunque permitió que el ejército fuera a sembrar, la verdad es que mientras ella vivió los nubios estuvieron tranquilos como ratones y Mesopotamia nunca se rebeló, ni una sola vez. Probablemente habían oído hablar de ella.



Hatshepsut también tenía su lado tierno, ¿quién no lo tiene? Su nombre se había visto involucrado en un rumor relacionado con Senmut, un apuesto arquitecto de humilde cuna cuyos planos y presupuestos ella admiraba. Le había visto por primera vez cuando su esposo, Tutmosis III, aún vivía y había hecho un memorándum por si acaso, algún día, ella quería una nueva arquitectura. No se sabe con certeza cuándo y dónde se conocieron, pero una tarde, poco después del funeral, se les vio paseando en el sagrado bosquecillo de sicómoros como si estuvieran pensando en algunos edificios importantes, y a la mañana siguiente Senmut fue nombrado Jefe de las Obras Reales.

A partir de entonces, Hatshepsut y Senmut se reunían casi todos los días, pues

ella necesitaba cada vez más arquitectura. Senmut acudía a palacio todas las mañanas para enseñarle las pruebas, y por la tarde las revisaban con un cartelito de « No molestar » en la puerta. Con el tiempo, Senmut llegó a ser la persona más poderosa de Egipto, con más títulos y riqueza de los que podía utilizar, ganado todo ello con sus talentos individuales.<sup>[36]</sup> Se cree que Senmut perdió el favor después de casi veinte años de servicio activo.

Senmut era un arquitecto nato, como demostró al construir el templo que Hatshepsut fundó en Deir el Bahri, en la orilla del río opuesta a Tebas, en honor a sí misma y al rey sol Amón. Al cabo de siete años, aún incompleto, el templo era tres veces mayor de lo que había dicho que sería, había costado ocho o nueve veces más de lo que había calculado, y no guardaba ningún parecido con los planos originales, salvo en que era un templo. Jamás lo terminó.<sup>[37]</sup>

Hatshepsut, que era muy religiosa, cubrió las paredes con imágenes de sí misma y jeroglíficos que decían que ella era la hija del dios Amón y que éste en persona la había coronado, dándole con ello más derecho al trono que a Tutmosis III. Cada vez que se le ocurría algo, también lo ponía en la pared.

Parte del tiempo, Hatshepsut y Tutmosis lo dedicaban a construir templos en ruinas en Tebas, pero sobre todo a erigir obeliscos. Hatshepsut levantó dos obeliscos cubiertos de dibujos de egipcios que iban en ambas direcciones simultáneamente y otros jeroglíficos que decían lo buena que era ella. Al día siguiente, Tutmosis se precipitó a erigir otros dos obeliscos mucho más altos diciendo lo bueno que era él, y así siguieron hasta que a ninguno de los dos se le ocurrió ninguna otra mentira.

A una de estas inscripciones debemos la noción general que tenemos del aspecto de Hatshepsut en cierto momento de su carrera. En ella se señala que « contemplarla era más hermoso que nada; su esplendor y su forma eran divinos ». Algunos creen que es extraño que la faraona fuera tan atrevida, pues ya era cincuentona. En absoluto. Ella se limitaba a decir cómo eran las cosas treinta y cinco años atrás, antes de casarse con Tutmosis II y de discutirse con Tutmosis III. « Era doncella, hermosa y lozana », dicen los jeroglíficos, y no tenemos razones para dudarle. Seguro que no hace daño a nadie decir al mundo qué aspecto tenía una mujer en 1514 a. C.

Insinúen lo que insinúen las crónicas sobre Hatshepsut y su amigo, la realidad es que levantaron una gran cantidad de construcciones, y el resto no son más que rumores. Ya se sabe cómo habla la gente. Es fácil malinterpretar títulos como Jefe de Obras, Superintendente del Dormitorio Real y Camarero de los Aposentos Privados, igual que los regalos en forma de tierras y oro que ascendían a millones y las largas conversaciones de madrugada, todo lo cual podía ser la manera que tenía Hatshepsut de ocuparse de una relación de trabajo necesaria para el éxito de su carrera. Realmente, es difícil conseguir buenos arquitectos.

Uno de los principales acontecimientos del reinado de Hatshepsut fue el viaje a Punt, o Somalia, en busca de objetos para utilizar en los servicios del templo y en los jardines colgantes de Amón. Cinco pequeños barcos navegaron por el mar Rojo en 1492 a. C. y regresaron con treinta y un árboles de mirra vivos, otras muchas variedades de plantas olorosas y ornamentales,<sup>[38]</sup> resina de mirra, incienso de ihmut, canela, madera de Khesyt,<sup>[39]</sup> ébano, marfil, oro, electro, más de tres mil animales, que incluían sabuesos, monos y una jirafa, una colección de palos de lanzamiento nativos y varios objetos no identificados.<sup>[40]</sup>

La aventura de Punt se considera, en general, un avance importante en el comercio costero egipcio. La verdad es que este comercio se venía realizando de un modo tranquilo desde el comienzo de la historia egipcia. Los viajes por el mar Rojo empezaban a ser rutina ya en la Quinta Dinastía, y Punt era una parada regular. En la Sexta Dinastía, un oficial llamado Khnumhotep fue a Punt once veces en busca de mirra y otros materiales, y no hizo alarde de ello. Pero ya conocemos a Hatshepsut. Ella cubrió un muro entero con un relato pictórico de la expedición, explicando que fue el principal suceso de la historia gracias a cierta fiesta.

Hatshepsut murió en 1479 a. C. a la edad de cincuenta y nueve años más o menos, después de reinar durante veintiún años y nueve meses, si contamos a partir de la muerte de su esposo, Tutmosis II. Nadie puede demostrar que Tutmosis III asesinara a su tía Hattie o ni siquiera que le causara el más mínimo daño. Sabemos, sin embargo, que ella le tuvo todo ese tiempo sentado en un rincón mordiendo las uñas, cuando debería haber sido el único gobernante de Egipto, y daba la impresión de que se avecinaban otros veinte años así a menos que ocurriera algo drástico. Bueno, ¿qué habría hecho usted?<sup>[41]</sup>

Culpable o inocente, Tutmosis III no se comportó como se debe cuando una tía, madrastra y suegra ha fallecido. En primer lugar, se fue de juerga durante dos semanas, algunos dicen que tres. Luego, cortó la nariz a todas las estatuas de Hatshepsut y las arrojó a una cantera, borró su cara y su nombre de los documentos y emparedó el mejor obelisco que había erigido para que la posteridad nunca supiera que ella había existido, y mucho menos leyera sus jeroglíficos, que explicaban la mujer tan maravillosa que era.

No se puede hacer eso, desde luego. Algunas de aquellas estatuas, excavadas y reconstruidas, se pueden contemplar actualmente en el Metropolitan Museum of Art.<sup>[42]</sup> Y la obra de albañilería se desprendió del obelisco y lo dejó en un estado espléndido, con sus jeroglíficos intactos, pese a los siglos transcurridos, y fáciles de descifrar gracias a la maniobra sucia de Tutmosis. O sea que, después de todo, ella tuvo la última palabra, lo cual no me sorprende en lo más mínimo.

Pero adivine lo que hizo a continuación ese hombrecillo frustrado, cuando se le acabaron las narices para romper. Fue a Asia con su ejército, mató a los

nativos hasta quedar satisfecho y robó tantos objetos que Egipto nadó en la abundancia durante bastante tiempo.<sup>[43]</sup> Tutmosis III fue, así, uno de los primeros exponentes del internacionalismo, o de la invasión de otros países y el asesinato de sus habitantes. Realizó diecisiete campañas en Asia y luego descansó durante los últimos doce años de su vida, dedicándose a erigir obeliscos propios, escribir sus memorias en las paredes, asesinar a algunos nubios para no perder la práctica, y ayudar a educar a su nietecito, Tutmosis IV. Por estas actividades muchos estudiosos lo consideran el mayor de los faraones. Lo encontrará en todas las listas de personas verdaderamente importantes.



Tutmosis III murió en 1477 a. C., en el año quincuagésimo cuarto de su reinado, el trigésimo segundo contando a partir de la muerte de Hatshepsut. Ninguno de sus obeliscos, con inscripciones de enormes mentiras sobre sus diecisiete campañas, permaneció en Egipto. Los tomaron como recuerdos y se los llevaron a tierras lejanas. Uno de ellos, conocido como Aguja de Cleopatra, aunque no tiene nada que ver con Cleopatra ni nunca lo ha tenido, se encuentra ahora en Central Park, en la ciudad de Nueva York, donde los paseantes hacen una breve pausa en la frenética actividad del día y se preguntan: «¿Qué demonios es eso?». Se llama Aguja de Cleopatra porque el mundo está lleno de gente que inventa cosas así. Si quiere saber mi opinión, siempre la habrá.<sup>[44]</sup>

**II**

**GRIEGOS ANTIGUOS Y COSAS PEORES**

**\* \* \***

**PERICLES  
ALEJANDRO MAGNO  
ANÍBAL  
CLEOPATRA  
NERÓN**



## PERICLES

Pericles fue el mayor estadista de la antigua Grecia. Gobernó Atenas durante más de treinta años en su período más glorioso, del año 461 a. C. al 429 a. C.; o, mejor dicho, gobernó el pueblo, pues Atenas era una democracia. Al menos, eso es lo que Pericles afirmaba que era. Él sólo les decía lo que tenían que hacer.<sup>[45]</sup>

A Pericles le llamaban el Olímpico por su sabiduría y elocuencia. También le llamaban Cabeza de Escila, o Cabeza de Cono, porque tenía la cabeza parecida a una escila o cebolla albarrana, un vegetal en forma de cono que se encuentra en

aquellos lares. Los comediantes griegos hacían muchas bromas sobre la forma inusual de la cabeza de Pericles. Fue el único estadista al que jamás vieron sin sombrero.

Por parte de su madre Agarista, Pericles pertenecía a los Alcmeónidas, una rica y aristocrática familia que ya había producido varios estadistas. Se sospechaba que los Alcmeónidas vendieron Atenas a los persas, y habían cogido a varios de ellos por soborno y corrupción. Pero se las habían apañado para borrarlo casi todo, ya que los otros atenienses estaban demasiado ocupados borrando sus cosas para prestar atención a los demás.

El tío de Agarista, Clístenes el Reformador, fue famoso por sobornar al Oráculo de Delfos. Incluso intentó reformar las Leyes de Solón, o sea que ya ve lo brillante que era. Solón fue uno de los Siete Sabios de Grecia y un héroe nacional. Había legalizado los burdeles en Atenas.

Xantipas, padre de Pericles, fue uno de los tres principales estadistas de su época. Los otros fueron Aristides el Justo y Temístocles. Todos ellos se ganaron fama duradera acusándose constantemente entre sí de desfalco y fraude<sup>[46]</sup> e insultándose en época de elecciones.<sup>[47]</sup> Al final, fueron desterrados de Atenas por considerarlos estorbos públicos, dejando el campo libre a Pericles, que iba a superarles en las artes del liderazgo.<sup>[48]</sup>

Pericles era el amigo del pueblo.<sup>[49]</sup> Le gustaba tanto el pueblo, que les pagaba para que fueran a la Asamblea a votar, y a ellos les gustaba tanto él que lo elegían año tras año. No se puede decir que Pericles les comprara, pues ¿cómo podía evitar que siempre le votaran a él? Pericles estaba apegado a su dinero en otros aspectos. Raras veces se compraba un traje nuevo, pero nada era demasiado bueno para los ciudadanos de Atenas, a los que pagaba con el Tesoro público.

Como democracia significa el gobierno en manos del pueblo, los atenienses se reunían en el Pnyx y gobernaban. Pericles pronunciaba un discurso y, luego, los atenienses gritaban y apoyaban la moción, y hacían tratados y declaraban la guerra, y Pericles añadía unos toques para hacerlo más vinculante. Si seguía siendo inconstitucional, también lo arreglaba. Redujo el poder del Consejo de los Areópagos, un grupo de débiles ancianos cuyo cargo era vitalicio y cuyo deber consistía en declararlo todo nulo e inválido. Les dejó cuidar de los olivos sagrados de la Acrópolis.<sup>[50]</sup>

Pericles también pagaba a los jurados, que eran elegidos al azar y servidos en grupos de 401, 501 o más. Como el ciudadano ateniense medio no era demasiado brillante, se necesitaba una gran cantidad de ellos en cada jurado.<sup>[51]</sup> Los que deseaban servir sacaban habas blancas y negras de una gran olla, y si sacaban una blanca se ponían a trabajar. No tenían que demostrar que eran

completamente ignorantes antes de ser aceptados como miembros de un jurado. Eso se daba por sentado.

La mayoría de funcionarios atenienses de menor importancia se elegían al azar. Sin embargo, los diez generales y el superintendente de Finanzas se elegían por votación. Era difícil elegirlos al azar, ya que se necesitan habilidades especiales para manejar grandes cantidades de dinero.<sup>[52]</sup> El puesto no parece muy divertido, ya que no puedes quedarte con el dinero.

Otra prueba notable del genio de Pericles fue su manejo de la Liga Delia, o Confederación de Délos, que se había creado en el año 477 a. C. para proteger las ciudades griegas de Asia Menor y el Egeo de los persas,<sup>[53]</sup> y que se llamaba así porque los honorarios que se pagaban por ser miembro, que ascendían a seiscientos talentos anuales, o 750.000 dólares, se guardaban en el santuario de Apolo, en la isla sagrada de Délos. Pericles sabía que suele haber malvados merodeando que robarán cualquier cosa en la que puedan poner las manos, así que, en el año 454 a. C., trasladó el Tesoro de la Liga Delia a Atenas, donde podía vigilarlo personalmente. Pericles sólo encontró 3.750.000 dólares en el Tesoro, cuando deberían haber habido 35.397.500 dólares. Soy incapaz de explicar esta discrepancia.<sup>[54]</sup>

Así, Pericles pudo hacer de Atenas la Ciudad Hermosa construyendo el Partenón y otras cosas en la Acrópolis, y adornándola con una gran cantidad de arte.<sup>[55]</sup> El ciudadano ateniense medio, si así lo deseaba, podía contemplar a diario los más espléndidos ejemplos de la arquitectura, pintura y escultura que el mundo jamás ha visto. El efecto que esto producía en los ciudadanos era el mismo que produce el arte en los ciudadanos de la actualidad.

El Partenón costó setecientos talentos, o unos 875.000 dólares. En su interior se encontraba una estatua de Atenea Parthenos, de Fidias, que valía aproximadamente 1.250.000 dólares. Tenía doce metros de altura e incrustaciones de marfil y oro. Los atenienses acusaron a Fidias de robar parte del oro mientras la hacía. No lo había robado, pero los atenienses así lo creían porque es lo que ellos habrían hecho. Al poco tiempo, no había tanto oro en las vestiduras de Atenea como al principio, y pronto la estatua misma desapareció. No estaba clavada.

Otra forma de arte era el drama griego, que consistía principalmente en tragedias sobre Agamenón y Clitemnestra escritas por Esquilo, Sófocles y Eurípides.<sup>[56]</sup> Los dramas griegos se basaban en historias muy conocidas, de modo que uno siempre sabía lo que iba a continuación, igual que ocurre en la actualidad.<sup>[57]</sup> Como el teatro de piedra de Dionisio no se construyó hasta más adelante, el público se sentaba en bancos de madera en forma de gradas colocados en la ladera de la colina.

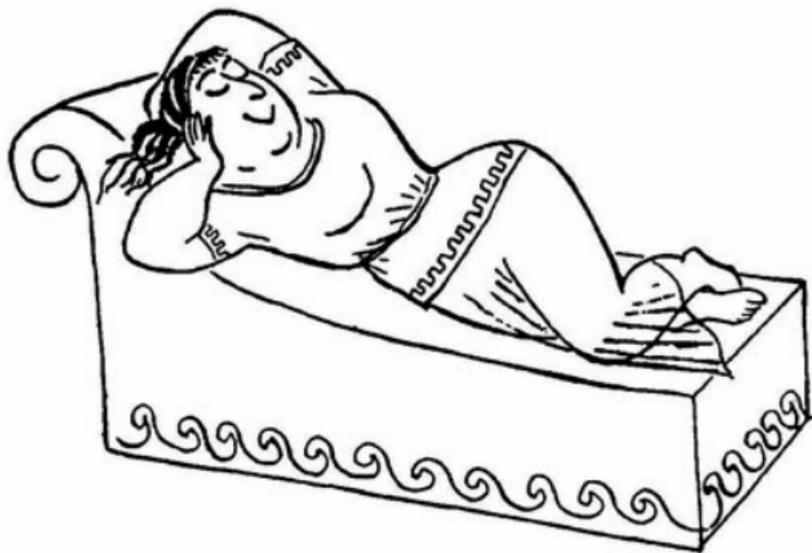
También hubo un hombre llamado Sócrates, que iba de un lado a otro, descalzo, preguntando a la gente que definiera sus términos. Enseñaba que la buena vida consiste en ser bueno y que la virtud es conocimiento y el conocimiento es virtud.[58]

Pericles estaba orgulloso de toda esa cultura griega, pero le interesaba más su vida privada. No era un hombre sociable y raras veces iba a ningún sitio, porque se divertía más en casa. Era muy amigo de Aspasia, una mujer celebrada por su belleza e ingenio, con quien no podía casarse, ya que había nacido en Mileto, y era ilegal casarse con extranjeros. Pericles había promulgado esa ley en el año 451 a. C., antes de conocer a Aspasia. Se divorció de su esposa, Telesipa, por incompatibilidad de caracteres, y Aspasia se fue a vivir con él.[59] Siempre un caballero, Pericles proporcionó otro esposo a Telesipa, el tercero.

Esto convirtió a Aspasia en una *hetaira*, o compañera, como se las llamaba. Muchas *hetairas* griegas eran extremadamente hábiles en la retórica, o el arte de hablar. Por regla general, las que hablaban más deprisa eran las que tenían más probabilidades de tener éxito. Lerne, una *hetaira* popular, también era conocida como Didracmas porque su conversación consistía casi por entero en el griego por dos dracmas, o unos treinta y seis centavos en nuestra moneda.

Las mujeres de Atenas no eran muy felices. Se quedaban en casa y no se les permitía replicar.[60]

Aspasia creía en los derechos de las mujeres. Es decir, creía que las mujeres eran tan buenas como los hombres, idea que siempre está aflorando por todas partes.[61] La posición de las mujeres en Atenas no era perfecta, pero podía haber sido peor. A una mujer casada le estaba permitido comer con su esposo, a menos que tuviera invitados, ocasión en que se esperaba que se quedara en sus aposentos. En las comidas corrientes, ella se sentaba en una silla y él se reclinaba en un sofá, porque estaba cansado de discutir sobre la Verdad, la Belleza, el Bien, la Justicia, la Libertad y la Moderación con sus amigos.[62]



Las esposas griegas no podían salir a pasear por las calles, pero podían mirar por las ventanas y tener hijos. Después de cumplir sesenta años, podían asistir a funerales. Sin embargo, muchas de ellas no estaban satisfechas con su sino.<sup>[63]</sup> Carecemos de estadísticas sobre la población femenina de Atenas, ya que no se consideraba que valiera la pena contarla. Poco sabían los griegos a dónde se llegaría.

Aspasia, como no era respetable y podía hacer lo que quisiera, recibía visitas en casa de Pericles. Allí se reunían las celebridades del día y siempre se podía encontrar un grupo de compinches; nadie especial, sólo viejos amigos y vecinos como Heródoto, Sófocles, Fidias, Tucídides, Eurípides, Anaxágoras y Sócrates. Además de ocuparse de otros intereses, se dice que Aspasia aconsejaba a Pericles sobre problemas políticos y que le ayudaba en la preparación de sus

discursos. La suya se ha denominado una unión de intelectos. A su hijo le llamaban Pericles el Joven, o Pericles hijo.<sup>[64]</sup>

Los últimos años de la vida de Pericles no fueron demasiado felices. En el año 431 a. C., para reanimar su menguada popularidad, atizó la guerra del Peloponeso con Esparta y sus aliados. Duró veintisiete años, hasta que ambos bandos quedaron completamente arruinados. No sabía que la situación era un polvorín. Los ciudadanos se volvieron contra él en el año 430 a. C. y le impusieron una multa de cincuenta talentos, o 61.500 dólares, por robar un poco de dinero. Luego, arrestaron a Aspasia por irreligión e inmoralidad, pero Pericles la sacó de prisión con uno de sus discursos. Una epidemia, consecuencia de la guerra, mató a una cuarta parte de la población, incluidos Xantipas y Paralus, dos hijos legítimos de Pericles con Telesipa, y los del Peloponeso dieron muerte a Pericles hijo. Pericles murió de una epidemia en el año 429 a. C., cuando su guerra estaba cogiendo el ritmo. Naturalmente, el período que duró su gobierno se llama, en su honor, la Era de Pericles.

Durante los últimos días de Pericles, los ciudadanos eliminaron a la mayoría de genios. Expulsaron de la ciudad al inofensivo y viejo Anaxágoras y encarcelaron a Fidias, que murió poco después. Dejaron vivir a Sócrates hasta después de la guerra.<sup>[65]</sup> Supongo que los atenienses no eran más que gente.

Aspasia no llegó lejos con su movimiento en favor de los derechos de la mujer. Sin embargo, con el tiempo se permitió a las mujeres comer a la mesa familiar aunque hubiera invitados. Más adelante aún, se les permitió cocinar la comida y fregar los platos después.

Aspasia probablemente tenía sus defectos, pero amaba mucho a Pericles. No le importaba que tuviera la cabeza en forma de cono. Después de su muerte, fue compañera de Disides, tratante de ovejas. Tampoco parecía importarle.



### ALEJANDRO MAGNO

Alejandro III de Macedonia nació en el año 356 a. C., el sexto día del mes de Lous.<sup>[66]</sup> Se le conoce como Alejandro Magno porque mató a mucha más gente de distintos lugares que ningún otro hombre de su tiempo.<sup>[67]</sup> Lo hizo para grabar en ellos la cultura griega. Alejandro no era griego en sentido estricto y no tenía cultura, pero ésta es su historia, y ¿quién soy yo para negarla?<sup>[68]</sup>

El padre de Alejandro era Filipo II de Macedonia. Filipo era un hombre de visión amplia. Bebía mucho y tuvo ocho esposas. Sometió a los griegos después

de que se dejaran fuera de combate a sí mismos en la guerra del Peloponeso y se nombró capitán general para poder defender los ideales de Helias. El principal ideal de Helias era deshacerse de Filipo, pero eso no contaba. Fue asesinado en el año 336 a. C. por un amigo de su esposa Olimpias.<sup>[69]</sup>

Olimpias, la madre de Alejandro, era ligeramente anormal. Era epirota. Guardaba tantas serpientes sagradas en su dormitorio que Filipo tenía miedo de ir a casa después de sus borracheras.<sup>[70]</sup> Le dijo a Alejandro que su verdadero padre era Zeus Ammon, o Amón, un dios greco-egipcio en forma de serpiente. Alejandro se sintió orgulloso de ello y se pasó la noche levantado alardeando.<sup>[71]</sup> En una ocasión, ejecutó a trece macedonios por afirmar que no era hijo de una serpiente.

De niño, Alejandro era como casi todos los demás niños, si me entiende lo que quiero decir. Tenía los ojos azules, el pelo rojizo rizado y las mejillas sonrosadas, y era muy menudo para su edad. A los doce años domó a Bucéfalo, su caballo favorito. Ese año, mientras jugaba, empujó a Nectanebo, un astrónomo que se hallaba de visita, a un profundo pozo y le rompió el cuello mientras le hablaba de las estrellas. Nunca se demostró por completo que Alejandro diera un empujón al anciano. En realidad es que estaban de pie junto al pozo y, de pronto, Nectanebo y a no estaba allí.

Durante tres años, hasta que tuvo dieciséis, Alejandro fue educado por Aristóteles, quien al parecer evitó los pozos y los bordes de los tejados. Aristóteles era famoso por saberlo todo. Enseñó que el cerebro existía meramente para enfriar la sangre y que no estaba implicado en el proceso del pensamiento. Esto es cierto sólo en determinadas personas. También afirmaba que el siluro es sensible a la insolación porque nada demasiado cerca de la superficie del agua. Lo dudo. Pese a su gran reputación, Aristóteles no era un instructor de jóvenes perfecto. Tenía tendencia a divagar, en el aula y en otras partes. Perdía de vista lo principal del asunto.

Con un profesor así, los valores de uno podían muy bien torcerse. Por otra parte, ni siquiera Aristóteles podía ayudar a algunas personas.<sup>[72]</sup> En cuanto hubo terminado de leer la *Ética nicomaquea*, Alejandro empezó a matar a diestro y siniestro. Exterminó la Banda Sagrada Tebana en la batalla de Queronea mientras su padre aún vivía, y luego practicó un poco la matanza de tracios, ilirios y otros semejantes que encontró cerca de casa.<sup>[73]</sup>

Estaba ya listo para su auténtica carrera, así que decidió ir a Asia, donde había más gente y de mayor variedad. Después de matar a unos cuantos parientes que habrían podido reclamar el trono,<sup>[74]</sup> declaró la guerra a Persia y cruzó el Helesponto para difundir la civilización helénica. Los griegos estaban avergonzados por esto, pero no pudieron detenerle. Tuvieron que limitarse a

sonreír y aguantar.

Asia resultó ser un paraíso regular. En un pispás Alejandro había matado a medos, persas, pisidios, capadocios, paflagonios y varios mesopotamios.<sup>[75]</sup> Un día se embolsaba algunos galateos, y al siguiente tenía que contentarse con algunos armenios. Más adelante, consiguió bactrianos, sogios, aracosios y algún raro uxio. Incluso en aquella época, un uxio, vivo o muerto, era una pieza de coleccionista.<sup>[76]</sup>

Alejandro puso fin al Imperio Persa derrotando a Darío en tres importantes batallas. Este Darío no era *el* Darío, sino sólo Darío Codomano, o Darío III, que había sido puesto en el trono por Bagoas, un eunuco.<sup>[77]</sup> Bagoas había envenenado a Artajerjes III y a su hijo Arsés y, a su vez, había sido envenenado por Darío, sólo por precaución.<sup>[78]</sup> Darío fue fácil de derrotar porque siempre se podía confiar en que estaría haciendo exactamente lo que no debía. Entonces arreaba a sus caballos e intentaba escapar en su lentísimo carro. Lo hizo con demasiada frecuencia.

El ejército persa estaba anticuado. Confiaba principalmente en los Parientes, a los que les estaba permitido besar al rey, y en los Portadores de Manzanas, o guardia real, que llevaban manzanas doradas en los mangos de sus lanzas. Darío creía que si seguía añadiendo Portadores de Manzanas a su ejército el Imperio Persa jamás caería. Pero la vida no es así. Los Portadores de Manzanas están bien, si sabes dónde está el límite. Pasado cierto punto, sin embargo, se instala la ley de rendimiento decreciente y, simplemente, te encuentras con que tienes demasiados Portadores de Manzanas.

Darío también tenía carros armados con guadañas a ambos lados para ir segando a sus enemigos. La cosa no funcionó, ya que Alejandro y sus soldados se negaron a ir y quedarse enfrente de las guadañas. Darío había pasado por alto el hecho de que los carros con guadañas son eficaces sólo contra personas que han perdido el poder de locomoción y que tales personas es más probable que estén en su casa, en la cama, que librando batallas en Asia.

Los mejores hombres de Alejandro eran sus Compañeros, o caballería pesada, y sus Falangitas, u hoplitas mejorados, que componían la falange macedonia. Existían algunas dudas sobre lo que se esperaba que hicieran los hipaspistas. Actuaban a veces como peltastas y siempre podían hacer recados. Alejandro nunca avanzaba sin cubrirse la retaguardia. Los persas jamás se preocuparon por eso, y ya ve lo que les ocurrió.

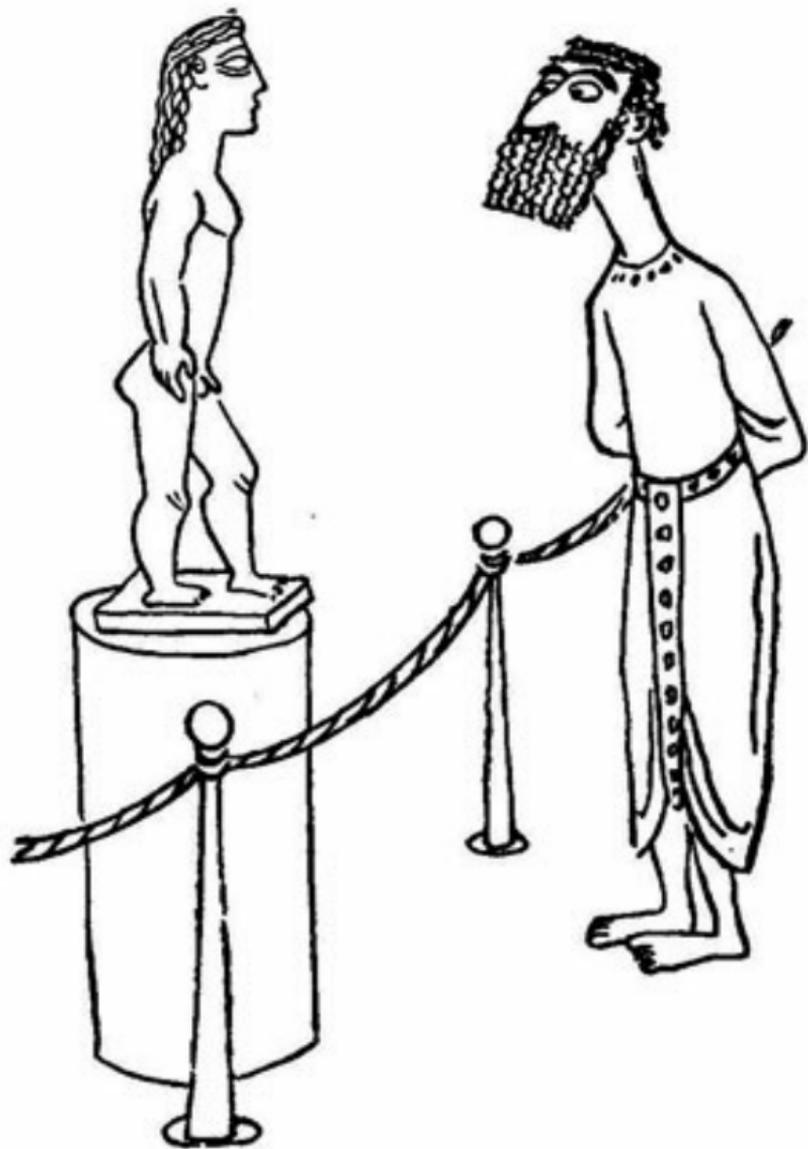
En la batalla de Iso, Alejandro capturó a la esposa de Darío, a dos hijas, al harén real de 360 concubinas<sup>[79]</sup> y a cuatrocientos eunucos. Despreció el harén, como hizo su amigo inseparable y compañero de habitación Hefestión, pero los soldados obtuvieron muchas alfombras hermosas. El proyecto de Alejandro más que se amortizó, pues adquirió objetos por valor de ciento sesenta mil talentos

persas, o 280 millones de dólares, sólo en las ciudades de Susa y Persépolis. Lamentablemente, gran parte de este botín fue robado por Harpalus, un griego culto que hacía las funciones de tesorero imperial.

Alejandro se pasó los siguientes nueve años librando más batallas, marchando y contramarchando, matando gente al azar y robándoles sus viudas y huérfanos.

[80] Pronto se cansó de inculcar la cultura griega en los persas e intentó inculcar la cultura persa en los griegos. En una discusión al respecto, mató a su amigo Clito, que le había salvado la vida dos veces en la batalla. Luego, lloró veinticuatro horas. Alejandro raras veces mataba a sus amigos íntimos a menos que estuviera borracho, y siempre después de hacerlo lloraba mucho.[81]

Siempre estaba llorando por algo.[82]



Bucéfalo murió de vejez y exceso de trabajo en India, y los soldados, que creían

que todo el asunto era una tontería, se negaron a seguir marchando.<sup>[83]</sup> Tres cuartas partes de los soldados murieron de inanición cuando regresaban a través del desierto Gedrosiano, pero algunos consiguieron llegar a Susa y dejaron de entrenarse. Llegados a este punto, Alejandro y Hefestión creyeron que era hora de dejar de hacer el tonto y casarse, y decidieron hacerlo con unas hermanas, para que sus hijos fueran primos. ¿No le parece romántico?

Las muchachas a las que eligieron eran Statira y Dripetis, las hijas de Darío, que habían estado esperando desde la época de la antigua Iso, nueve años atrás. Nunca he sabido cómo salieron estos matrimonios. Todos los biógrafos de Alejandro dicen que era frío por naturaleza, si no completamente frígido.<sup>[84]</sup> Se dice que de vez en cuando pecaba, pero nunca le cogió el tino. No carecía de atractivo, si a uno le gustan los rubios de talla pequeña.<sup>[85]</sup> Se dice que su físico, lo que tenía, estaba bien.<sup>[86]</sup> No he encontrado ninguna descripción del aspecto de Hefestión, pero supongo que era alto, moreno y apuesto.

Después de lo de Susa no ocurrió gran cosa. Hefestión murió unos meses más tarde a causa de la bebida y la fiebre. Alejandro falleció en Babilonia por las mismas causas al año siguiente, en el 324 a. C. No llegó a cumplir los treinta y tres años, y había estado lejos de casa once. Podría haber vivido más tiempo si no hubiera crucificado a su médico por no haber logrado curar a Hefestión. Bueno, fue divertido mientras duró.

La muerte de Alejandro dejó a Macedonia en un estado de confusión. Roxana, la esposa bactriana de Alejandro, hizo asesinar a Statira y a la viuda de Hefestión y arrojar sus cuerpos a un pozo, y Sisigambis se mató de hambre. Olimpias ejecutó al medio hermano ilegítimo y débil mental de Alejandro, Arrideo, y obligó a su esposa a ahorcarse. Casandra ejecutó a Olimpias, otros asesinaron a otros y todo, en conjunto, fue un buen lío.

El imperio de Alejandro se desmoronó enseguida y no quedó nada de su obra, salvo que la gente a la que había matado siguió muerta. No consiguió nada muy constructivo.<sup>[87]</sup> Es cierto que cortó el nudo gordiano en lugar de desatarlo según las reglas. Fue una cosa tonta, pero el nudo gordiano en sí mismo era bastante tonto. También introdujo la berenjena en Europa.

Qué se creía que hacía ese joven desgraciado, y por qué, realmente no lo sé. Dudo que él mismo hubiera podido aclarar el asunto. Tenía la costumbre de fruncir el entrecejo. Y no me extraña.



**ANÍBAL**

Roma y Cartago eran las principales ciudades del mundo hacia el año 300 a. C. Roma se hallaba donde siempre y Cartago estaba en la costa norte de África. Llevaban años siendo vecinos sin haber tenido una buena pelea, así que sólo era cuestión de tiempo. Tenían ganas de hacer la Primera, Segunda y Tercera Guerras Púnicas.

Roma fue fundada en el año 753 a. C. por Rómulo, un niño que fue amamantado por una loba y protegido por un pájaro carpintero negro. Cartago había sido fundada cerca de un centenar de años antes por Elisa, hija de Mutus I,

rey de Tiro. Posteriormente, se la identificó con Dido, la mujer a la que tanto le gustaba Eneas. En qué extraño mundo vivimos.

Los romanos y cartagineses eran muy diferentes de carácter y temperamento. Los cartagineses no tenían ideales. Lo único que querían era dinero, hacer el gamberro y pasárselo bien. Los romanos eran serios y dignos, llevaban una vida dura y frugal, y observaban las virtudes latinas tradicionales: *gravitas, pietas, simplicitas* y el adulterio.<sup>[88]</sup>

Los romanos eran una nación de personas hogareñas. Cuando se movían, sólo era para ir a matar a otros italianos. En los primeros tiempos, acabaron con los sabinos y los etruscos, y desde entonces conquistaron la mayor parte de Italia.

<sup>[89]</sup> Los romanos estaban preparados para cosas mejores, en especial en el aspecto financiero. Aunque eran demasiado educados para decirlo, les pareció que estaría bien poseer también la zona cartaginesa de Sicilia.

Entretanto, los cartagineses se enriquecían cada vez más vendiendo telas, artículos de lana, tintes, artículos de vidrio, porcelanas, piezas en metal, artículos para el hogar, muebles y novedades por todo el Mediterráneo. Al principio empleaban un sistema de trueque, pero pronto descubrieron que no hay nada como el dinero. Habían aprendido casi todos sus trucos de sus padres, los fenicios, que fueron los comerciantes más hábiles de la antigüedad.<sup>[90]</sup> Los marinos fenicios fueron los primeros en crear el intercambio con extranjeros, idea que pronto demostró su valor en todo el mundo. Hasta entonces no se le había ocurrido a nadie.<sup>[91]</sup>

Así que pronto hubo una guerra que duró veinticuatro años, desde 265 a. C. hasta 241 a. C. Se la denominó la Primera Guerra Púnica, porque el adjetivo latino *punicus* deriva del nombre latino *Puni*, o *Poeni*, «fenicios». Cuando aquella terminó, los romanos poseían la parte cartaginesa de Sicilia y daños por valor de cuatro millones de dólares. Poco después, tomaron Cerdeña y Córcega, sólo por divertirse, y entonces hubo una paz que duró veintidós años.

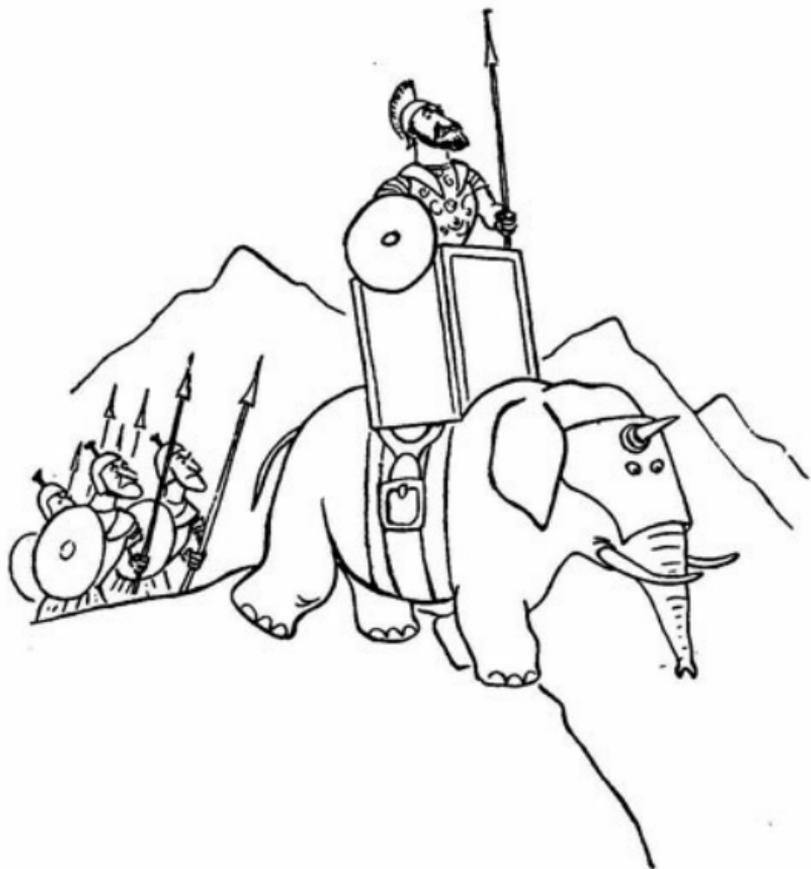
Esto nos lleva a Amílcar, el gran general cartaginés que tanto hizo para perder la Primera Guerra Púnica.<sup>[92]</sup> Odiaba a muerte a los romanos, ya que le habían dejado aislado en lo alto de una montaña, en Sicilia, durante varios años y le habían obligado a hacer el ridículo. De nuevo en Cartago, reunió a su familia y odiaron a los romanos hasta casi explotar. Fue una tontería por su parte, pues el odio se refleja en la cara y la gente a la que odias sigue siendo tan horrible como siempre. Les importa un bledo. Son demasiado mezquinos para que les importe.

Amílcar tuvo tres hijos, Aníbal, Asdrúbal y Magón, y dos hijas, una de las cuales se casó con Asdrúbal Pulcher, o Asdrúbal el Hermoso, nada que ver. Hay ocho generales llamados Asdrúbal en la historia cartaginesa. Era un pobre cartaginés quien no tenía como mínimo un Asdrúbal en la familia. Al parecer,

creían que era una buena manera de conservar las cosas. No sé qué habrían hecho respecto a llamar Pullman a los coches.

Cuando su hijo Aníbal tenía nueve años, Amílcar lo llevó hasta el templo de Baal y le hizo jurar odio eterno a los romanos, además de a sus deberes.<sup>[93]</sup> El chiquillo ya tenía dos arruguitas justo entre los ojos de tanto odiar a los romanos. Al final se convirtió en el odiador más destacado de la historia y en una masa de arrugas.

Amílcar también habló a Aníbal de los elefantes y le dijo que había que tener muchos de estos animales para asustar al enemigo. Atribuía gran parte de su propio éxito a los elefantes y creía que habrían ganado la Primera Guerra Púnica si las cosas no se hubieran liado un poco; porque la guerra se había convertido en un asunto naval. Pero aun cuando la lucha fuera en tierra, los romanos no se asustaban tanto como se esperaba.<sup>[94]</sup>



Los romanos habían aprendido algo sobre los elefantes durante la contienda con Pirro, cuyos elefantes le derrotaron en el año 275 a. C., e incluso anteriormente, en época de Alejandro, el rey Poro había sido derrotado por sus propios elefantes.

Así pues, si la historia había enseñado algo en aquella época era que nunca había que utilizar elefantes en la guerra. No me pregunte por qué Amílcar no lo vio. Los elefantes cartagineses estaban entrenados para precipitarse hacia delante y pisotear a los romanos, pero con demasiada frecuencia se precipitaban hacia atrás y pisoteaban a los cartagineses. Si esto le ocurriera a usted, ¿no se daría cuenta? ¿Y no haría nada al respecto?

Entonces Amílcar se dirigió a España, donde pasó ocho años perfeccionando

sus planes y se ahogó en el año 228 a. C., al cruzar un río con una horda de elefantes. Asdrúbal el Hermoso, que ocupó su lugar, fue asesinado unos años más tarde, con lo que el mando pasó a Aníbal, que a la sazón tenía veintiséis años y estaba muy versado en la rutina de su padre. Aníbal dejó España en el año 218 a. C. y cruzó los Alpes para entrar en Italia, en trece días, con un gran ejército formado por treinta y siete elefantes, batiendo el récord de cruzar los Alpes con elefantes e iniciando la Segunda Guerra Púnica. Cruzar los Alpes con elefantes no es tan divertido como parece. Los Alpes ya son difíciles de por sí, y los elefantes están extrañamente preparados para no cruzarlos. Si quiere pasar algo al otro lado de los Alpes, pruebe con las gamuzas; están hechas para ello.<sup>[95]</sup>

Créanlo o no, todos los elefantes sobrevivieron al viaje, aunque casi la mitad de los soldados perecieron. Los historiadores señalan que Aníbal parecía insensible a la fatiga durante la horrible prueba.<sup>[96]</sup> Tampoco cedió a la desesperación. Cada vez que un millar o así de sus hombres caía de un Alpe, él decía al resto que se animara, que los elefantes estaban perfectamente. Si alguien le hubiera dado un empujón en el momento oportuno, una gran cantidad de dolorosa historia se habría podido evitar. Lo que cuenta son las pequeñas cosas.<sup>[97]</sup>

El número de elefantes de Aníbal, treinta y siete, dice Polibio que fue inscrito por el propio Aníbal de puño y letra en una placa de bronce en Italia. El mismo Polibio la leyó. Sin embargo, un historiador moderno ha dado la cifra de cuarenta, quizá por una tendencia natural a tratar con números redondos. Los elefantes no vienen en números redondos. Se tiene un elefante, o tres o treinta y siete, ¿está claro, profesor?

Aníbal esperaba conseguir más elefantes, que había dejado en España con su hermano Asdrúbal, pero los romanos le cortaron la línea de suministro.<sup>[98]</sup> Durante los quince años que pasó en Italia, Aníbal nunca tuvo suficientes elefantes para sus necesidades. La mayor parte del grupo original sucumbió al clima, y siempre estaba pidiendo a Cartago que le enviaran más, pero en casa eran un poco tacaños. Preguntaban si creía que estaban hechos de elefantes y qué había hecho con los que ya le habían mandado. A veces, cuando no tenía ni un elefante, se las apañaba para conseguir unos cuantos en alguna parte, hazaña que me sorprende y me llama la atención sobremediana.

Igual que su padre antes que él, Aníbal no se daba cuenta de que avanzaba mucho más sin elefantes. No se nos ha dicho nada de ellos en la batalla del Tesino, y en Trebia sólo había unos cuantos. El último murió antes de la batalla de Trasimeno, donde Aníbal liquidó a los romanos. Aníbal volvía a estar sin elefantes en Cannas, la mayor de sus victorias en los tres primeros años de su campaña italiana. ¿Qué estaba yo diciendo?<sup>[99]</sup>

Tengo una teoría acerca del fracaso de Aníbal en la conquista de Roma,

cuando tuvo la oportunidad después de Cannas y de su extraña inactividad durante los siguientes doce años, en los que se limitó a resistir y nada más. Esperaba algo. Su hermano Asdrúbal llegó a Italia con diez elefantes en el año 207 a. C., pero se comportaron tan mal que tuvieron que matarlos ellos mismos y Aníbal nunca llegó a verlos. Al cabo de un tiempo, Cartago envió otros cuarenta. Fueron enviados por error a Cerdeña.

Así que Aníbal volvió a casa, donde podía coger lo que quería. En Zama, llevado a cabo el enfrentamiento final de la Segunda Guerra Púnica cerca de Cartago en el año 203 a. C., al fin consiguió lo que quería. Colocó ochenta elefantes en primera línea de batalla. Se volvieron hacia los cartagineses y Escipión el Africano hizo el resto.

Aníbal jamás tuvo éxito en sus esfuerzos por provocar otra guerra. Los cartagineses estaban hartos. Intentó interesar a Antíoco el Grande de Siria en un plan que incluía elefantes y fue obligado a huir de Cartago cuando los romanos exigían su persona. Entonces vagó por Asia durante años, hasta que por fin se refugió con Prusias, rey de Bitinia, el único amigo de verdad que tenía en el mundo. Un día descubrió que Prusias había avisado a los romanos para que fueran a cogerle. Tomó algo de veneno y murió a la edad de sesenta y cuatro años, diecinueve después de Zama.

Si Aníbal fue o no verdaderamente un gran hombre o sólo regular, que es mi opinión, debe decidirlo cada cual. Los romanos le acusaron de traición, de fe púnica, por arrastrarles constantemente a trampas y matarles. Ellos esperaban que actuara de acuerdo con las reglas de la guerra clásicas y les parecía que no podían confiar en él. No he tratado con mucho detalle sus virtudes militares, ya que resulta evidente que eran suficientes. Me he limitado a señalar lo que creo que fue una de sus debilidades como estrategia y táctico. Pero supongo que no servirá de nada. Algunas personas nunca aprenden.

Aníbal no era un hombre detallista con las mujeres. Algunos dicen que tuvo una esposa en España. Si fue así, la mujer se perdió en la confusión y nadie ocupó su lugar. Al parecer, la muchacha adecuada nunca llegó. Esto es todo lo que sabemos de su vida privada. Sosilo, un historiador griego que lo acompañó durante toda su carrera militar, que comía y bebía con él y era compinche suyo, lo escribió todo para la posteridad, pero no tenía predisposición literaria y se permitió que su libro pereciera. Polibio dice que no era más que una colección de anécdotas de corral, sólo hechos íntimos y vulgares que no merecían molestar a nadie con ellos. ¡Ah, bien! Podemos estar seguros, al menos, de que odió a los romanos hasta el día de su muerte, porque había prometido a su padre que lo haría. Y, probablemente, creía a pies juntillas que todo aún podría salir bien si tuviera unos cuantos usted y a sabe qué.

Cuando Cartago volvió a ser próspera, los romanos la asediaron desde el año 149 a. C. hasta el 146 a. C. Finalmente, rompieron el asedio, asesinaron a los

habitantes, saquearon la ciudad, la arrasaron con fuego y plantaron hierba en su lugar. Me ha parecido que le gustaría saber cómo acabó todo.



## CLEOPATRA

Cleopatra VII, reina de Egipto, era hija de Ptolomeo XIII. El nombre de su madre se desconoce y no importa, pues nadie con un mínimo de sentido común se preocuparía por Ptolomeo XIII. Le llamaban Ptolomeo el Flautista porque andaba todo el día sentado por ahí tocando la flauta. Los egipcios lo expulsaron del país, pero, naturalmente, él regresó. Murió en el año 51 a. C. y dejó Egipto a Cleopatra y a su hermano de diez años, Ptolomeo XIV.<sup>[100]</sup>

Cleopatra y Ptolomeo XIV siempre discutían y ella no parecía caer bien a los

políticos adecuados.<sup>[101]</sup> Echaron a Cleopatra de su mitad del trono y ésta huyó a Siria para salvar la vida. Tenía veintiún años y era muy infeliz. Tenía la sensación de que no iba a ninguna parte.

Entonces, Julio César, el mayor de los romanos, se acercó hasta Egipto en viaje de negocios y Cleopatra regresó a su país para verle y hablar con él.<sup>[102]</sup> Cleopatra se hizo llevar a su presencia envuelta en una pieza de tela y se pasó el resto de la noche hablándole de su viaje. Y él la devolvió al trono con Ptolomeo XV, otro de sus hermanos menores, pues Ptolomeo XIV había muerto ahogado. Ptolomeo XV no vivió mucho tiempo. Cleopatra le envenenó, pero no hay que guardarle rencor por ello, ya que formaba parte de la etiqueta real envenenar a tantos miembros de la familia como uno pudiera. Cleopatra no envenenó a su hermana Arsinoé. Encargó a otro que lo hiciera.<sup>[103]</sup>

César tenía cincuenta y cuatro años y Cleopatra veintiuno, pero aún era atractivo: delgado, fuerte y más bien de escasa estatura. Permaneció en Egipto desde principios de octubre hasta finales de junio, arreglando asuntos de estado. Fue un chico y le llamaron Cesarión, o Pequeño César, o sea que ahora Cleopatra se consideraba prácticamente comprometida. César tal vez se habría casado con ella, pero tenía una esposa en casa. Siempre hay algo.<sup>[104]</sup>

Al igual que Alejandro Magno, al que admiraba mucho, César creía en la divinidad de su persona. Cuando conoció a Cleopatra era calvo y tenía las sienes grises como una rata.<sup>[105]</sup> También tenía arrebatos. Entre sus logros pueden mencionarse un libro sobre sus asesinatos en Galia y la destrucción total de la Biblioteca de Alejandría, que ardió a causa de las chispas que saltaron cuando él estaba quemando unos barcos en el puerto. Durante la visita de Cleopatra a Roma en el año 44 a. C., algunos de sus mejores amigos lo asesinaron en la Casa del Senado. Cleopatra abandonó la ciudad a toda prisa.<sup>[106]</sup>

Tres años más tarde, Cleopatra conoció a Marco Antonio, un hombre grueso con barba. Deseaban conquistar Asia y, a la larga, gobernar el mundo, tal como ella había planeado hacer con César.<sup>[107]</sup> Fue sobre todo un arreglo comercial, ya que Cleopatra necesitaba protección para conservar el trono y a Antonio siempre le iba bien disponer de dinero en efectivo. Puede estar seguro de que las habladurías al respecto no se acababan nunca. Antonio y Cleopatra ni siquiera pudieron tener gemelos sin que se hablara de ello.<sup>[108]</sup> Deberíamos recordar que Antonio y Cleopatra se casaron en secreto cuando los gemelos sólo tenían cuatro años.

Aunque no era un prodigio intelectual, Antonio era una compañía deliciosa para Cleopatra. Uno nunca sabía qué haría a continuación; ni él tampoco. El hecho de que les gustara el mismo tipo de diversión ayudó mucho. Se disfrazaban con ropas antiguas y, de noche, corrían por las calles, llamando a las puertas,

rompiendo cristales y riendo como locos.<sup>[109]</sup> Estaban hechos el uno para el otro.<sup>[110]</sup>



Poco después del nacimiento de los gemelos, Antonio partió hacia alguna parte para ser derrotado y permaneció fuera tres años. Fulvia, su tercera esposa, murió entonces y él se casó con Octavia, medio hermana de Octavio, uno de sus compañeros de triunvirato. Luego, volvió con Cleo. De nuevo estaba sin blanca. Lo que es más, se casó con ella sin molestarse en notificárselo a Octavia y se quedó con ella el resto de sus días con intervalos. Tuvieron otro hijo y Antonio realizó algunos intentos de conquistar Asia, pero eso era más fácil de decir que de hacer.<sup>[111]</sup>

Cuando era cincuentón, Antonio engordó, se hizo más perezoso y bebía más, y Cleopatra creía que tal vez todo había sido un terrible error. Los romanos también estaban hartos de los sucesos de Alejandría, y no pasó mucho tiempo hasta que Octavio, el sobrino en tiempos eliminado e hijo adoptivo de Julio César, derrotó a Antonio en Actium. Algunos dicen que Cleopatra aceleró el fin de Antonio traicionando a Octavio, abandonándole durante la batalla y enviándole un mensaje falso que lo llevó al suicidio. Fuera lo que fuere lo ocurrido realmente, ella sólo intentaba seguir adelante.<sup>[112]</sup>

Después de eso, Cleopatra tal vez se habría puesto de acuerdo con Octavio, pero él no lo veía de ese modo. Octavio era un tipo desagradable, con los ojos como de pez, ropa interior larga de lana y pautas morales elevadas. Quería llevarse a Cleopatra a Roma y exhibirla como cautiva, y ella acabó con su vida a la edad de treinta y nueve años.<sup>[113]</sup> Fue la última reina de Egipto que llegó a formar parte del proyecto extremadamente aburrido de Octavio, el Imperio Romano.<sup>[114]</sup>

Cleopatra ha sido muy envidiada por su pecaminosa carrera, tal como la cuentan canciones e historias, pero no hay prueba alguna de que jamás hiciera manitas con ningún hombre excepto el flaco Julio y el alocado Marco. Si aún cree que su vida fue una larga orgía de placeres amorosos, está usted en su derecho. Las opiniones sobre su físico difieren, incluso sobre el color de su cabello y el tamaño de su nariz. Yo digo que era una espléndida morena y que su nariz era perfecta. Sin duda, nunca asustó a nadie cuando iba un poco arreglada.

Sólo para que quede constancia, los tres hijos de Antonio y Cleopatra fueron criados por Octavia, la sufrida viuda de Marco.<sup>[115]</sup> Cleopatra Selene se casó con Juba, rey de Numidia. Alejandro Helios probablemente no hizo nada bueno, y al parecer he perdido la pista de Ptolomeo Filadelfo. Octavio ejecutó a Cesarión. Era capaz.

Octavio, como puede que usted y a sepa, llegó a ser el Emperador Augusto y, en general, se le considera una de las figuras destacadas de la historia. Gobernó el Imperio Romano durante cuarenta y tantos años pese a numerosas dolencias crónicas que, al parecer, desconcertaron a los médicos de la época.<sup>[116]</sup> Cada

primavera sufría dilatación del diafragma. También sufrió un caso grave de tiña.  
[117] Este estado empeoró con los años y él temía agravarlo si tomaba un baño.  
Menos mal que no se enamoró de Cleopatra. Ella ya tenía suficientes problemas.



## NERÓN

Nerón era hijo de Agripina la Menor y Cnaeo Domicio Aenobarbo, y reunía en su persona las peores características de ambos. Su padre era aficionado a atropellar niños pequeños con su carro y arrancar los ojos a la gente, y corrían rumores que prefiero no mencionar.<sup>[118]</sup> Agripina era hermana de Calígula. Una cosa así no se supera.<sup>[119]</sup>

Nerón nació en Antium, el 15 de diciembre del año 37. Le llamaron Lucio Domicio Aenobarbo, por lo que se le conoce como Nerón Claudio César Druso

Germánico. Cualquier relación con Germánico abría todas las puertas en esa época. En la actualidad, no serviría para nada.<sup>[120]</sup>

En algunos aspectos, Nerón se adelantaba a su tiempo. Hacía hervir el agua que bebía para eliminar las impurezas y la enfriaba con hielo insalubre para volver a ponérselas. Cambió el nombre del mes de abril y lo llamó Neroneus, en su propio honor, pero la idea no tuvo éxito porque abril no es Neroneus y no sirve de nada fingir que lo es. Se dice que durante su reinado, que duró catorce años, prosperaron las provincias remotas. Estaban más lejos.

Como el carácter de Nerón deja mucho que desear, podemos olvidar su lado bueno. Deberíamos tratar de recordar que no asesinó a su madre hasta que cumplió veintiún años. Además, sólo lo hizo para complacer a su novia, Popea Sabina, con quien por fin se casó y luego mató a patadas cuando estaba embarazada.<sup>[121]</sup> En cierto modo fue culpa de ella, ya que no paraba de pincharle por volver tarde a casa después de las carreras.

Octavia, la primera esposa de Nerón, hija del Emperador Claudio, no le satisfacía. Era de las que guardan rencor. Nerón le caía mal porque había envenenado a su hermano menor Británico. Habría muerto de todos modos, tarde o temprano, pero Octavia trataba de hacer algo con él. Nerón la desterró, luego la asfixió en un baño de vapor y se casó con Popea, pues el amor encuentra el modo de aparecer.

Su siguiente esposa fue Stabilia Mesalina, que no era la Mesalina en la que está usted pensando. Aquella fue Valeria Mesalina, prima de Nerón y tercera esposa del Emperador Claudio. Fue la peor mujer de Roma, y le encantaba serlo. Era tan perversa que odiaba por principios a todas las personas que se portaban bien. Decía que la fatigaban.<sup>[122]</sup> Stabilia no era tan inteligente como Valeria. Al poco tiempo se aficionó a meditar. Había estado casada cuatro veces, pero no se podía comparar.

Desde un punto de vista intelectual, Nerón era mediocre. Hablaba latín con fluidez. Su tutor, Lucio Anneo Séneca, era un estoico, o farsante. Séneca enseñaba la vanidad de la riqueza mundana y era inmensamente rico. Cuando se le sugirió que dejara de prestar dinero con intereses ruinosos si aquello era lo que creía, dijo que iría contra todos los principios de la filosofía estoica y él, que gozaba de buena reputación, se rebajaría si prestara mucha atención a un asunto tan indiferente cuando su mente debería estar ocupada en cosas más elevadas. Esto le creó su fama de pensador.<sup>[123]</sup>

Nerón finalmente se hartó de los pensamientos de Séneca y le dijo que se fuera y se cayera muerto, y esto fue lo que hizo. Dio la misma orden a un senador llamado P. Clodio Paetas Trasea sólo porque parecía un pensador. El senador P. Clodio Trasea no tenía un solo pensamiento en todo su sistema, pero por alguna razón daba la impresión de que sí, al menos cuando no hablaba.

Agripina fue una madre maravillosa para Nerón, salvo que tenía tendencia a ser mandona. Matrona de la vieja escuela, era jefa del partido reformista de Roma y se encargaba de sus asesinatos así como de los suyos propios.<sup>[124]</sup> No asesinó a su primer marido, el padre de Nerón. Sólo le empujó a la bebida. El segundo, Crispo Pasieno, murió de repente tras testar en su favor, y a menudo se le acusó de dar setas envenenadas con arsénico a su tercer marido, el Emperador Claudio, para que Nerón pudiera sucederle, cuanto antes mejor. No estemos muy seguros de esto. Es posible que el metabolismo basal del Emperador estuviera fastidiado y que los síntomas se confundieran con los del arsénico. O Claudio quizá estropeó su propia comida en uno de sus despistes.

Claudio era un viejo tipo al que habían encontrado escondido detrás de una cortina tras la muerte de Calígula, y le nombraron emperador por error.<sup>[125]</sup> En una ocasión, Calígula le arrojó al río para deshacerse de él y alguien lo sacó.<sup>[126]</sup> Desde entonces, fue objeto de tics nerviosos.<sup>[127]</sup> La mayoría de la gente consideraba a Claudio débil mental porque escribió una colección, ligeramente poco interesante, de hechos históricos y cuando tenía compañía intentaba ser divertido. Sólo le interesaba el pasado. Cuando sus amigos le preguntaban, como siempre hacían, por qué no escribía sobre acontecimientos del momento, él volvía a tener tics nerviosos. Ninguno de sus cuatro matrimonios salió muy bien. Siempre estaba leyendo libros.<sup>[128]</sup>

Sin embargo, Claudio realizó alguna obra constructiva. Construyó la Via Claudia, una espléndida carretera que conducía al valle del Danubio, por la que los bárbaros, posteriormente, viajaron para conquistar Italia. También inventó tres o cuatro letras; una de ellas representaba la consonante *v*, que se distinguía de la vocal *u*; otra para un sonido entre la *i* la *u* y la tercera para *bs* o *ps*. Tuvieron que dejarlo correr, y a que nadie podía pronunciarlas.<sup>[129]</sup>

Durante mucho tiempo, Agripina había sido un problema para Nerón, pues siempre interfería y discutía sobre quién debía ser asesinado y quién no. Como él se lo debía todo por haber asesinado a Claudio, esperaba matarla de la manera más suave posible. No quería que sufriera, y fue bastante lejos para impedirlo. Le dio veneno de efecto rápido tres veces sin obtener resultado; luego, arregló el techo de su dormitorio para que se cayera y la aplastara mientras dormía. Por supuesto, eso no funcionó. No funciona nunca. O el techo no cae, o aquella noche la víctima duerme en el sofá.

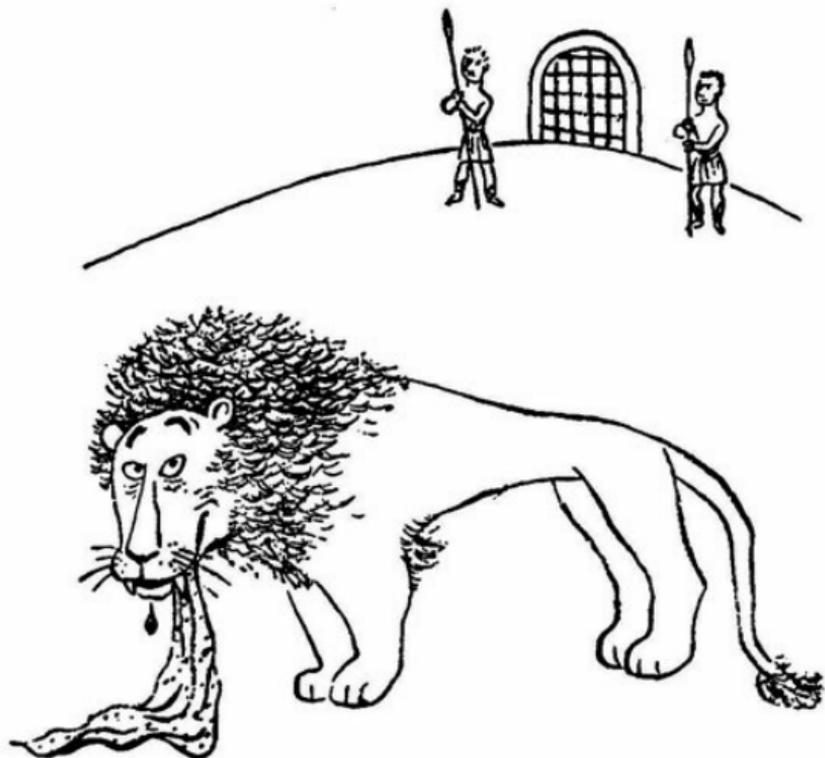
Después, intentó ahogarla durante una travesía en un bote con fondo plegable, pero la embarcación se hundió demasiado despacio y ella se alejó nadando. Nerón entonces perdió por completo la cabeza, y quién no, y dijo a su liberto, Aniceto, que intentara cualquier cosa. Aniceto, un tipo rudo pero sensible, fue a coger una porra y la mató a golpes. Quizá los hombres de las cavernas sabían

más.

No podemos estar seguros de a cuántas personas más asesinó Nerón, puesto que algunas de las historias que se cuentan probablemente no son más que habladurías, ya sabe cómo son esas cosas. Cuando matas a unos cuantos, te creas mala fama. Te acusan de todos los cadáveres que aparecen en kilómetros a la redonda y de todo lo que va mal.

Piense en el terrible incendio que destruyó gran parte de Roma en el año 64. Dicen que él lo provocó. Pero sea como fuere, él no tocaba el violín durante la conflagración, porque aún no se había inventado el violín. Tocaba la lira y cantaba la Caída de Troya. ¿Qué hay de malo en eso? Claro que no debería haber torturado a tantos cristianos para demostrar que lo habían hecho ellos. Con unos cuantos habría sido suficiente. [130]

De todos modos, reconstruyó la ciudad sobre un plano más moderno. La principal mejora fue su Casa Dorada, como él la llamó, una residencia imperial de un kilómetro de longitud, equipada con un salón de banquetes giratorio, paredes de oro y piedras preciosas, máquinas para lanzar chorros de perfume en todas direcciones, un apartamento dúplex para su simio domesticado, y una estatua de sí mismo de treinta y seis metros de altura. Cuando fue a vivir allí, dijo que al fin empezaba a vivir como un ser humano. No se me ha ocurrido ninguna réplica adecuada a este comentario. Inténtelo usted.



Los cantos de Nerón han ocasionado comentarios desfavorables, aparte del episodio del incendio. No paraba de cantar, en privado y en público, acompañado de su lira, cinco mil personas para aplaudir elegidas por su resistencia y un regimiento de soldados con la espada desenvainada. Se acercaba al borde del escenario con su guardaespaldas personal y preguntaba al público si alguna vez habían oído a un cantante mejor. Siempre respondían que no.<sup>[131]</sup> Si se ha estado preguntando por qué cantaba Nerón, la respuesta es evidente. La gente canta porque cree que sabe cantar.<sup>[132]</sup>

Hizo su debut profesional en Nápoles, cinco años después de la muerte de su madre. Al menos, esto se ahorró la mujer. El teatro fue sacudido por un terremoto durante el espectáculo y se derrumbó después de la selección final. Nerón se salvó. Con frecuencia caían rayos cerca del escenario de sus conciertos. Nunca le caían encima.

También viajó a Grecia y cantó durante un año y medio, tras lo cual regresó

a Italia y cantó. Cuarenta y un ciudadanos conspiraron para asesinarle, pero algo salió mal.<sup>[133]</sup> Luego, anunció un recital en que tocaría el órgano, la flauta y la gaita, y cantaría una tragedia cuya música él mismo había compuesto. Las legiones se levantaron en Galia y el Senado lo declaró enemigo público. Cuando las tropas entraron en Roma, Nerón propuso ir a reunirse con ellos y conquistar sus corazones cantando algunas canciones. Alguien tenía que explicárselo. Ayudado por Epafrodito, su secretario particular, se cortó la garganta el 9 de junio del año 68, aniversario del asesinato de su primera esposa. Bueno, nadie es perfecto.

**III**  
**EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CAMA**

**\* \* \***

**ATILA, REY DE LOS HUNOS**  
**CARLOMAGNO**  
**LADY GODIVA**  
**LUCRECIA BORGIA**  
**FELIPE EL BOBO**



### ATILA, REY DE LOS HUNOS

Atila, rey de los hunos, era la peste, pero hay muchos. No hay que acusarle de todos los problemas que usted tiene, porque la mayoría son culpa suya, y cuando antes se dé cuenta de ello mejor. Incluso le han echado la culpa de la caída de Roma, aunque no se hallaba cerca cuando ocurrió. No recuerdo exactamente por qué cayó Roma. Probablemente fue una de esas cosas que pasan.<sup>[134]</sup>

Los hunos eran nómadas asiáticos que se precipitaron a Europa montando roñosos y pequeños ponis en el siglo IV e iniciaron una ola de crímenes.<sup>[135]</sup> Se les ha identificado con los hiung-nu, una tribu extranjera que ocupó Mongolia en

el reinado de Shi-Hwang-ti, pero empiezo a dudarlo.<sup>[136]</sup> No dejaban de cabalgar de un lugar a otro en busca de pastos, rapiña y pillaje, y llegó un punto en que no podían parar.

Los hunos eran criaturas de aspecto horrible. Se aplastaban la nariz con tablillas y vendas, y se hacían cicatrices en la cara, cuando eran jóvenes, para no tener que afeitarse. En el tiempo que se ahorraban al no tener que afeitarse se aplastaban la nariz. A veces, los hunos masculinos y femeninos se enamoraban y se casaban, y todo el mundo se preguntaba qué veían el uno en el otro.

Vivían de carne y leche de yegua, y se vestían con pieles de ratones de campo. Los hunos eran de menor talla que la mayoría de la gente y los ratones de campo eran mayores que en la actualidad.<sup>[137]</sup> Cuando se les preguntaba quiénes eran, respondían algo que sonaba como el relincho de un caballo, y se creía que trataban de decir que eran hunos, o posiblemente hiung-nu. Los romanos decían que los hunos no eran humanos, lo cual sólo era cierto en parte. Como en cualquier otro grupo de personas, algunos eran humanos y otros no.<sup>[138]</sup>

Cuando los hunos llegaron a Europa por primera vez, sometieron a los alanos y a los hérulos, luego escogieron a los ostrogodos y los visigodos, simples y palurdos teutones que habían tenido una vida fácil. Un día empujaban a los ostrogodos hacia la otra orilla del Danubio y al otro, los hacían volver atrás. Luego, iban a su campamento a aplanarse la nariz. Los ostrogodos y los visigodos se parecían tanto que era imposible que cualquier lego los distinguiera, y, si pudiera, ¿qué haría usted con los asdingos, los silingos y los gépidos, por no mencionar los anglos, los sajones, los jutos y los lituanos? Nombre tres artículos de exportación de los gépidos. Nombre uno.

Atila era hijo de Mudnzuk el Feo, rey de los hunos. Nació en algún lugar de los Balcanes hacia el año 395.<sup>[139]</sup> Atila pronto tuvo a los rugios, a los ostrogodos y a los gépidos donde quería que estuvieran.<sup>[140]</sup> Su Imperio Huno se extendía desde aquí hasta allí y las cosas fueron bien durante casi veinte años. Es decir, para los hunos. Cada vez que Atila miraba con malicia a las tribus, ellas lo dejaban todo y echaban a correr.<sup>[141]</sup> Entonces, Atila cogía todo lo que podía.

Una de las principales fuentes de ingresos de Atila fue Teodosio II, Emperador romano de Oriente.<sup>[142]</sup> Teodosio, un alma tímida, había oído hablar tanto de los hunos que les pagó bien para que permanecieran lejos de Constantinopla. Al ver por primera vez a Atila, dobló el pago anual, que ascendió a setecientas libras de oro. Unos años más tarde, cuando Atila volvió a hacerle muecas, Teodosio accedió a darle el triple y una bonificación de seis mil libras más si no volvía jamás. El sucesor de Teodosio se negó a hacerlo, pero el amor siempre encuentra el camino.

Al parecer, Atila había recibido una carta de Honoria, hermana de Valentiniano III, Emperador romano de Occidente, en la que le pedía que fuera a Italia y la sacara de un apuro. La habían sorprendido haciendo manitas con Eugenio, su camarero, y sus parientes estaban decididos a que jamás volviera a divertirse y la habían condenado a casarse con Flavio Basso Herculano, un senador mayor con un espléndido carácter y parálisis.<sup>[143]</sup>

Aunque era algo retona por naturaleza, Honoria era fea y sufría de histeria provocada por una visita forzada a Constantinopla con la piadosa hermana de Teodosio II y algunas otras muchachas interesadas en la plegaria, el ayuno y las vigiliyas, entregadas todas ellas a la virginidad perpetua.<sup>[144]</sup> Imaginaba que el matrimonio con Flavio sería algo parecido y no era capaz de afrontarlo.<sup>[145]</sup>

Atila ya tenía trescientas esposas, pero decidió que podía muy bien chantajear a la familia de Honoria y hacer limpieza en Occidente, ahora que Oriente ya no servía para nada. Como ella le había enviado un anillo con su nota, supuso que se trataba de una proposición y reclamó a Honoria como novia suya, junto con la mitad del territorio gobernado por Valentiniano como dote. Le rechazaron, tal como él esperaba.

Así que Atila invadió Galia en el año 451 con un ejército de rugios, scirios, ostrogodos y demás, haciendo pillaje, violando y asolando el territorio.<sup>[146]</sup> Fue derrotado en Chálons por Aédus, un general romano, y Teodorico, rey de los visigodos.<sup>[147]</sup> Atila volvió al año siguiente, farfullando aún que estaba comprometido con Honoria y no permitiría que la maltrataran. El Papa León el Grande se reunió con él a las puertas de Roma y le dio un buen sermón, y Atila se volvió derecho a casa en el país de Drácula y aquí se acabó todo. El intento de Honoria de dirigir su propia vida no prosperó.<sup>[148]</sup> La encerraron para el resto de sus días.



Lo que León el Grande dijo a Atila que le hizo recoger sus cosas y marcharse tan precipitadamente no se anunció. Yo tengo la teoría de que un tercero, quizá Valentiniano, le pasó bajo mano todo el oro que podía llevarse, una cantidad tan grande que se podría llamar la dote de Honoria. Debo añadir que en esta opinión me apoya el señor Gibbon. Claro que sólo son suposiciones.<sup>[149]</sup>

Atila era ya sesentón.<sup>[150]</sup> Su mente se estaba debilitando y decidió volver a casarse, ya que las primeras trescientas veces no le habían comprendido. Así que se casó con Ildico, o Hilda, una bella damisela rubia cuyos padres él había matado hacía poco en Galia. A la mañana siguiente, lo encontraron muerto en la cama. Ildico estaba allí sentada, mirando fijamente el cadáver y farfullando en una lengua extraña. Cuando le preguntaron si había asesinado a su esposo, ella siguió balbuciendo cosas incomprensibles. Lo dejaron correr y nadie sabe aún qué ocurrió aquella noche de junio. Podía haber sido un ataque de corazón.<sup>[151]</sup>

Le enterraron en tres féretros, de oro, plata y hierro y en su funeral dijeron cosas bonitas. Los hunos siguieron existiendo unos cuantos años bajo el mando de sus seis hijos: Ellak, Dengehizik, Emnedzar, Uzindar, Geisen y Ernak, o Ernie. No paraban de cometer errores y fueron eliminados por los iguros.<sup>[152]</sup>

Como conquistador, Atila sólo era pura fachada. Para empezar, su aspecto no hablaba en su favor, y su acercamiento a los problemas del mundo era extremadamente crudo.<sup>[153]</sup> Jamás pretendió ser otra cosa más que una rata, actitud que difícilmente beneficia a un gran personaje de la historia. Le gustaba que le llamaran el Azote de Dios, pero para mí no es más que el Viejo Carachata. También decía que por donde pasaba su caballo la hierba no volvía a crecer. Creció.<sup>[154]</sup> La carrera de Atila nos enseña que puedes apañártelas durante un tiempo, pero no para siempre.



## CARLOMAGNO

Carlos el Magno, o Carlomagno, vivió en la primera parte de la Edad Media, cuando la gente no era muy brillante. Desde entonces ha sido cada vez más brillante, hasta que por fin es como es ahora.

Carlitos, como le llamaban en casa, nació hacia el año 742, hijo de Pipino el Breve y Berta de los Pies Grandes, una muchacha destacada de la época, y no tenemos datos de su infancia y adolescencia.

Pipino era el mayor de palacio, o mayordomo, para Childerico el Descerebrado, uno de los reyes de los francos que no hacían nada más que pasar

el día sentados jugando con sus amantes y bebiendo hidromiel. A veces, para variar, se levantaban y asesinaban a su abuela de manera pintoresca, como atándola a la cola de un caballo salvaje y gritando: « ¡Arre, arre!» . Cualquier cosa con tal de reírse.[155]

Como estaba harto de estas tonterías, Pipino echó del palacio a Childerico y se nombró a sí mismo rey de los francos en el año 752.[156] Pipino el Breve murió en el año 768, dejando su título conjuntamente a Carlos y a Carlomán, un hijo más joven que pronto murió súbitamente, aunque nunca había estado enfermo.

Por esa época Carlos tenía veintinueve años y parecía demasiado bueno para este mundo, fama que ha persistido hasta nuestros días y es seguro que durará siempre. Era tan maravilloso como soldado, estadista, moralista, reformador, etcétera, que sería espantoso sugerir que hubo algo raro en la muerte de Carlomán. Lo mismo se puede decir del triste fallecimiento de los dos hijitos de Carlomán cuando su madre intentó causar problemas. Al parecer era cosa de familia.[157]

Así que allí estaba, único rey de los francos, tribu germánica extensa y poderosa que subsistía básicamente de salchichas y cerveza.[158] En un principio, los francos habían sido todos germanos, pero algunos de ellos se aficionaron a comer ranas y caracoles, y poco a poco se fueron convirtiendo en franceses, hecho que no era conocido en la época ya que todavía no había franceses. La mayoría de historiadores dicen que Carlomagno no era ni alemán ni francés, sino fránico. En realidad era alemán.

El punto fuerte de Carlomagno era la moral. Era tan moral que algunas personas creían que sólo era un embaucador. Estas personas acabaron mal. Naturalmente, él quería mejorar a los demás, principalmente a los paganos sajones, que habían guardado un inmenso tesoro en un árbol hueco llamado Irminsul en honor de Woden, o Irmin para abreviar. Así que les fue a visitar, les bautizó a todos y taló el Irminsul, con lo que el contenido fue a parar directamente a la falda de Carlomagno. ¡Y se sorprendió! Bueno, ellos se lo habían buscado.

Después, mejoró a los avaros, que habían estado atesorando montones de oro dentro de una fortaleza absolutamente inexpugnable, o eso es lo que ellos creían. [159] También echó un vistazo a los sorbos y a los wiltzes, pero resultó que con ellos no había nada que hacer. Estaban pelados como ratas.[160] Cada vez que decidía ayudar a la moral de alguien, la gente enterraba sus monedas y se escondía en los pantanos y bosques. Carlomagno tenía un buen dominio de los fundamentos. Por ello se le ha llamado el primero de los modernos.

Carlos era tan evidentemente bueno y grande que fue coronado emperador

de los romanos por el Papa León III el día de Navidad del año 800, con lo que se convirtió, al menos sobre el papel, en el sucesor de los Césares, lo más alto que se podía llegar en política. Entonces anunció que él nunca había buscado los honores y todo el asunto le sorprendía mucho. Dijo que no tenía la menor idea hasta que le colocaron la corona en la cabeza cuando no miraba. Notó que algo le hacía cosquillas en la frente y, maldita sea, era la corona imperial.

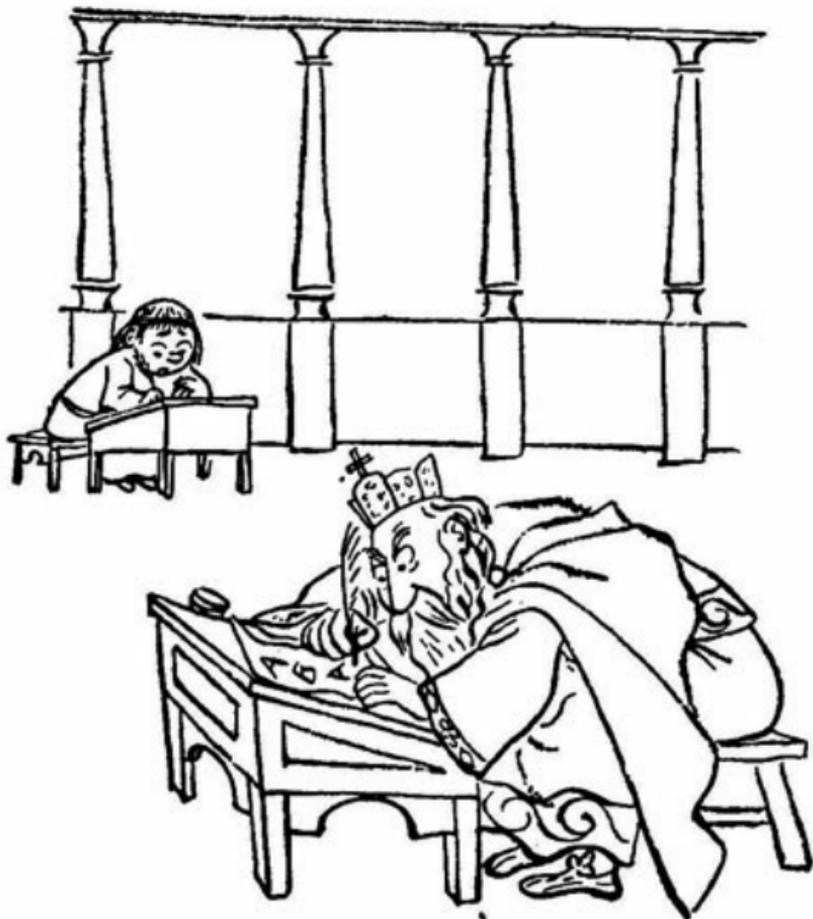
¿Y quién es usted, si se me permite preguntarlo, para llamar a Carlomagno viejo mentiroso y caradura,<sup>[161]</sup> aunque hubiera llevado la corbata adecuada a la ceremonia y arreglado de antemano algunos otros pequeños detalles? Supongo que toda palabra que se ha pronunciado alguna vez es sagrado evangelio.

El Emperador tenía un aspecto magnífico con su nueva vestimenta, y Harun al-Rasid, califa de Bagdad, le envió un elefante llamado Abu-l-Abbas. Éste es el problema del éxito. La gente te envía elefantes en señal de su estima.<sup>[162]</sup>

Como legislador, Carlos era incansable. Celebraba dos asambleas de nobles anualmente, una en otoño para promulgar más leyes y una en primavera para revocarlas. También emitió una serie de edictos, o capitularios, referentes a cualquier cosa que se le ocurriera, y nombraba visitantes reales, o entrometidos, para que informaran de la moral de los obispos. Contaron algunas historias muy buenas.<sup>[163]</sup>

Carlos deseaba que la justicia y el bien prevalecieran sobre todas las clases. Hablaba a menudo de la viuda y el huérfano, del pobre y de que no había que castigar a las personas equivocadas, como ocurría a menudo. Era acérrimo defensor del juicio por ordalía, según el cual los acusados de cualquier cosa tenían que sumergir los brazos en brea hirviendo para ver si les gustaba. Si se entrevistaban con los oficiales debidos, la brea sólo estaba tibia, pero las órdenes inferiores nunca caían en la cuenta. No se puede hacer mucho por los pobres, y a que no están en contacto con las personas adecuadas.

Entre los logros de Carlomagno se halla su contribución al saber. Trajo profesores de Irlanda, Inglaterra e Italia. Vivían en palacio, comían a diario y enseñaban las materias incluidas tradicionalmente en el trivium y el quadrivium, que se consideraban sensatos. Esto estaba bien para los profesores. A veces el Emperador proponía adivinanzas, y ellos las respondían en hexámetros latinos, o, en caso necesario, en pentámetros.<sup>[164]</sup>



Uno de los admiradores de Carlomagno le ha llamado el mayor intelecto de la Edad Media. No lo era, pero intentó aprender a leer y escribir. Aunque dominaba la lectura elemental, nunca fue capaz de escribir más que su nombre, y prefería firmar con su inicial. Dormía con papel y lápiz bajo la almohada por si le venía la inspiración durante la noche, pero por alguna razón esto no ocurrió nunca. Decía que no podía acostumbrar a sus dedos, endurecidos por el uso de la espada, a dar forma a las letras. El problema no estaba en sus dedos. [165]

Como todos sabemos, la altura de Carlomagno es siete veces la longitud de su pie, pero no estamos muy seguros de cuál era ésta. Si era como Berta de los Pies

Grandes en ese aspecto, debería ser de una altura de unos dos metros y medio, lo cual resulta dudoso.<sup>[166]</sup> Era un hombre con una figura espléndida a pesar de su nariz larga, cuello corto y abdomen prominente, y creo que el señor Gibbon se sale por la tangente para estropear la imagen cuando observa: « De sus virtudes morales, la castidad no es la que más llama la atención» . ¿A qué viene eso?

La cuestión es que Carlos era un esposo y padre innato, como Gibbon sin duda no fue. Tuvo cuatro o cinco esposas, nunca más de dos a la vez, y cinco o seis concubinas por añadidura.<sup>[167]</sup> Si una cosa le gustaba eran las lunas de miel. Imagino que Desiderata, Hildegarda, Fastrada y Luitgarda eran legítimas, y Maltegarda, Gerswinda, Regina y Adelinda, no. No cuento a Ermintruda, su primera unión. En aquella época sólo estaba practicando.

Entre los hijos se encontraban varias hijas que permanecían en casa y a las que no se les permitió casarse, ya que Carlos no quería herederos por la línea femenina. Una de ellas entabló una bella amistad con el poeta Angilberto, y el hijo de ambos, Nitardo, llegó a ser crítico literario. A las otras también les fue bien, pero hubo muchas habladurías.<sup>[168]</sup>

Me temo que no es cierta la historia de que Emma, o Imma, se casó con Eginhard, o Eginardo, el biógrafo de su padre, después de sacarle de palacio sobre sus espaldas para que no dejara huellas en la nieve. Eginhard, o Eginardo, se casó con Emma la Vil, una chica completamente distinta.<sup>[169]</sup> Además, Carlomagno no tuvo ninguna hija que se llamara Emma, o Imma.

Al menos, ocho hijos e hijas de Carlomagno eran legítimos. Reconoció otros diez, hecho que habla bien de su generosidad y espíritu de justicia. Creo que las personas que confiesan tener diez hijos ilegítimos probablemente tienen más.

Carlomagno participó en cincuenta y cuatro guerras durante los cuarenta y tres años de su reinado. Su imperio creció con cada una hasta que llegó a tener un tamaño realmente ridículo, extendiéndose desde el mar del Norte al Mediterráneo y del océano Atlántico hasta Dios sabe dónde.<sup>[170]</sup> Murió de un grave enfriamiento en el año 814 y fue enterrado en su capital, Aquisgrán. No es cierto que la barba le creciera tanto que llenaba el sarcófago y sobresalía por las rendijas.

Tal como se nos dice en los libros, Carlomagno rehizo Europa prácticamente sin ayuda, transformando una simple confusión de tribus y gobiernos hostiles en un todo organizado y unificado. Los historiadores están de acuerdo en que, en general, aportó cultura, religión y civilización a todos y cada uno, y puso los cimientos de una paz justa y duradera entre todas las naciones. ¡Qué no se les ocurrirá después!

El elefante Abu-l-Abbas murió varios años antes que su dueño. En el año 810, Carlomagno se lo llevó a la otra orilla del Rin, en una campaña contra Guthfrith el Danés, tratando de utilizarlo al estilo Aníbal. Pero no fue así. Abu-l-Abbas se

tumbó y murió en Lippenheim, en Westfalia, y allí fue enterrado. Debió de ser algo que comió.



### LADY GODIVA

Érase una vez, en la Inglaterra anglosajona, una niña llamada Godiva.<sup>[171]</sup> Tenía los ojos azules y el cabello rubio, tan largo y adorable que la gente a menudo le decía: « ¡Vaya, qué pelo tan bonito, Godiva! ¡Y qué cantidad!», « Sí —decía la pequeña Godiva—, me llega casi hasta los pies, ¿lo ve?» . Entonces echaba a correr y presumía de cabellera.<sup>[172]</sup>

Era una niña buena salvo por este pesado orgullo por su cabello y la costumbre de levantarse demasiado las faldas mientras iba y venía por la casa

cantando y bailando, defecto que sus padres nunca le mencionaban por miedo a inhibirla y estropearle la vida entera. « Sólo es una niña y no sabe lo que hace — decía su madre—. Y hemos decidido que ha de desarrollar su personalidad» .

Esto estaba bien, hasta que, un día, Godiva se quitó toda la ropa y se puso a bailar un adagio en el jardín delantero, balanceando los brazos, echando la cabeza de acá para allá y levantando las piernas todo lo que podía, gesto ante el que uno de los vecinos comentó a otro que sus piernas tenían un gran futuro, como así fue en realidad.<sup>[173]</sup> Lo que ocurrió un poco más tarde en la leñera hizo que Godiva estuviera dolorida durante días. Entonces y allí mismo decidió casarse a la primera oportunidad que tuviera y abandonar a sus horribles y brutales padres.

Así que se comió todas las verduras y pronto se convirtió en una bella joven, con una figura esbelta en parte causada por sus tendencias atléticas. Le gustaba montar a caballo y se la veía con frecuencia galopando por Lincolnshire montada en su vieja yegua Aethelnoth, su montura favorita, aguzando los ojos para ver el distante horizonte por si aparecía alguien, preferiblemente un apuesto caballero de brillante armadura. Con la cabellera dorada que le caía a ambos lados de Aethelnoth, o flotando en la brisa, era la imagen más bella de toda la campiña. Y quizá ella no lo sabía.<sup>[174]</sup>

Entonces, una mañana de primavera, quiso la suerte que un extranjero a caballo, vestido con cota de malla, procedente de una guerra, viera aquella visión y se enamorara locamente de ella. Y quién era sino Leofrico, conde de Mercia, uno de los tres nobles principales de Inglaterra e inmensamente rico. Así que se casaron y fueron a vivir al castillo de Leofrico, cerca de Coventry, en Warwickshire. Pero esto es sólo una parte de la historia.

Leofrico no era exactamente lo que Godiva quería, ya que era un simple anciano viudo con barba rala que se quejaba continuamente.<sup>[175]</sup> Pero tenía lo necesario, pues había ahorrado casi toda la riqueza que había adquirido despojando a sus enemigos de todas sus posesiones, desviando tierras de la Iglesia y ayudando a cualquier rey o grupo político que le pagara lo suficiente. Era una de las personas más poderosas y respetadas del reino, uno de los pocos que hacía todo lo que podía para provocar la conquista normanda.

Al principio, lady Godiva era tan feliz como cabía esperar. Leofrico pasaba mucho tiempo fuera, impulsando el trabajo sucio para Eduardo el Confesor, y eso ayudaba. Cuando estaba en casa, pasaba todo el tiempo contando su dinero y quejándose de su espalda. Se había cansado de la cabellera de Godiva al cabo de pocas semanas y ya no sonreía con cariño cuando ella se sentaba a peinársela durante horas, o se la echaba atrás y la lanzaba alegremente al rostro de su esposo.

El nunca volvió a decir: «Nena, tienes un cabello fantástico». Una vez,

cuando ella estaba haciendo una de las suyas con el pelo, él le dijo: «Oye, Godiva, para mí el cabello sólo es cabello, así que ahórratelo, por favor». En otra ocasión, cuando ella había hecho algunas modestas piruetas con las cortinas y los pies descalzos, con intención de hacer algo más espectacular poco a poco, él se limitó a gruñir: «Por el amor de Dios, Godiva, compórtate como una mujer de tu edad, ¿quieres?». La pobre Godiva esperaba al menos alguna alusión a la escultura griega, pues opinaba que sus extremidades inferiores eran bastante especiales.

Con una pena considerable, dejó a un lado sus sueños infantiles, decidida a complacer a su leal esposo o morir en el intento, pues así era la vida en los tiempos antiguos. Se ató los rizos superabundantes en lo alto de la cabeza con un ingenioso, aunque impropio, entrecruzado de cintas y trozos de tela, empezó a llevar vestidos feos y pesados que le hacían aparentar quince años más y ominó cualquier otra revelación anatómica. Nunca mostraba ni un tobillo al conde, que no sabía apreciarla. Había decidido probar la aproximación mental.

El arte de la conversación, en sus aspectos más sencillos, no era un ámbito completamente nuevo para nuestra heroína, a la que la naturaleza había dotado con unas resistentes cuerdas vocales, un notable control de la respiración y lo que parecía ser un sistema amplificador interior. Desde el día de su boda, su animada charla sobre temas variados más bien triviales se oía resonar por todas las salas del castillo desde la mañana hasta la noche y a veces hasta altas horas. Leofrico nunca sabía de qué hablaba.<sup>[176]</sup> Estuvo más complacido que otra cosa cuando de pronto Godiva se pasó a la expresión social, que entonces empezó a estar de moda, e insistía en escuchar sus opiniones sobre los problemas, como ella lo llamaba.

Lamentablemente, esto no salió demasiado bien, ya que nunca estaban de acuerdo en nada, y Godiva no era de las que se quedaban quietas y calladas. Por ejemplo, ella creía que había que ser amable con los pobres, y Leofrico no quería ni hablarles si podía evitarlo. Ella estaba segura de que los pobres serían tan agradables como cualquier otro si se lavaran y de alguna manera se les diera la oportunidad de vestirse y de tener algún dinero, pero Leofrico decía que si se les daba una moneda lo único que harían sería malgastarla viviendo con desenfreno, así que ¿para qué dársela? Entonces, ella decía que era un reaccionario y él decía: «¡Oh! Bla, bla, bla, bla».

Un día, a la hora de la cena,<sup>[177]</sup> le hizo enfadar mucho al pedirle, una y otra vez, que anulara el fuerte impuesto que debían pagar los desfavorecidos de Coventry. Desde luego, él se negó cada vez, afirmando que si mandara ella en el castillo, pronto tendrían que ir a vivir a un asilo —lo cual era absolutamente falso, ya que no podía ni empezar a calcular sus ingresos anuales, tan elevados eran— y que si no cerraba la boca un rato para variar, él se volvería completamente

loco.<sup>[178]</sup> Lady Godiva prorrumpió en llanto, otro de sus trucos que a él le desagradaban cordialmente, y se lo pidió una vez más.

Entonces Leofrico, agotada su paciencia, dio un puñetazo en la mesa, se levantó, lanzó un fuerte juramento y gritó:

—De acuerdo, que sea como tú quieres. Anularé el impuesto, pero con una condición, y fijate bien, porque soy un hombre de palabra. Anularé el impuesto si tú montas completamente desnuda tu vieja yegua y cruzas el mercado de Coventry en pleno día. Que tenga un buen día, señora. Puedes comerte mi postre, yo no lo quiero.

Bueno, cabría pensar que Godiva lloró y lloró después de que Leofrico saliera de la habitación, pero sería erróneo. Sus ásperas palabras la habían dañado, en cierto modo, pero cuando él ofreció esas condiciones imposibles, destinadas a avergonzarla para siempre, algo no desagradable había ocurrido en el interior de ella. Algo chasqueó. Algo se agitó, como un recuerdo delicioso. Godiva levantó de encima del mantel su masa de cabello atado y sonrió. Una débil y extraña sonrisa que hablaba de amor, de caridad y de varias cosas.

Jamás adivinará lo que ocurrió al día siguiente a las doce en punto. A esa hora, lady Godiva cruzó las puertas del castillo montada en su vieja Aethelnoth, completamente desnuda, con la cabellera rubia cayéndole alrededor como un velo, brillante y reluciente por las trescientas cepilladas que le había dado la noche anterior y adornado con zafiros. No podía ser casualidad el que sus hermosas piernas blancas, fácilmente el punto focal de la composición, colgaran de la silla sin ninguna clase de cobertura, desnudas como el día en que nació.  
<sup>[179]</sup>

Así se dirigió hacia Coventry, alegre y feliz por mor de la piedad, y sus frustraciones desaparecieron como si nunca hubieran existido. Experimentaba una sensación de bienestar como hacía años que no lo hacía. Era encantador.

—Vaya —se dijo mientras el sol le daba en las piernas<sup>[180]</sup> y en otras varias zonas del cuerpo que, inevitablemente, quedaban expuestas—, esto es la vida con mayúscula de la que tanto he oído hablar. Siempre había creído que estábamos aquí para ayudar a los demás, y ahora estoy absolutamente segura. Es divertido.

Puede que lo racionalizara un poquito. Digamos que toda su vida, sin ser consciente de ello, inocente del profundo deseo salvo en lo más profundo de su ser, lo que Godiva realmente ansiaba eran los rayos ultravioletas.

Y así llegó a Coventry, que, para su gran sorpresa y algo de irritación, parecía estar completamente dormida en pleno día. No había ni un alma en las calles, ni siquiera en la plaza del mercado donde se congregaban multitudes. Porque el conde Leofrico, asustado por lo que había iniciado, se había apresurado a comunicar al pueblo de Coventry que se mantuviera en sus casas y cerrara las persianas bajo pena de muerte, y ellos obraron con cautela. Debería habérselo

dicho a Godiva, pero no lo hizo. Estaba demasiado preocupado y se había encerrado en el sótano.

Intranquila por si su parte del trato no servía por falta de testigos, y su sacrificio resultaba vano, Godiva se entretuvo un rato frente al almacén general; luego, recorrió todas las calles de la ciudad, sin dejarse ningún callejón que pudiera ser considerado vía pública. Luego volvió a hacerlo y lo habría hecho por tercera vez de no ser porque Aethelnoth, sabiendo que las cosas no eran como deberían ser, se negó firmemente a ir a ninguna parte salvo a casa.



—Bueno, lo he hecho —murmuró lady Godiva mientras se ponía un poco de crema en las rodillas— y no ha sido culpa mía si nadie me ha visto.

No obstante, había sido una representación y, por un momento, acarició la

idea de llevarla de gira. Leofrico poseía centenares de ciudades, que probablemente necesitaban un ajuste de impuestos, y estaba segura de que su recepción sería diferente si se anunciaba un poco, quizá poner un breve aviso en las paredes y en los caminos: « ¡Lady Godiva cabalga de nuevo! ». Pero entonces oyó pasos en el vestíbulo y se apresuró a vestirse.

Y quién entró precipitadamente sino el propio conde, tan cambiado que ella al principio no le reconoció. Se había afeitado la barba, revelando una barbilla fuerte, y estaba espléndido con su mejor túnica roja bordada en verde y amarillo por su segunda esposa, una jovencita de cincuenta y cinco años.

— ¡Ven a mis brazos, Godiva! —exclamó—. Y no te preocupes más por ese impuesto tan tonto. Ya lo he anulado. Sólo tienes que decirlo y los pobres tendrán mi camisa si la quieren. No te molestes en recogerte tu magnífico pelo, cariño. Me gusta así. Y ponte algo menos formal que ese espantoso vestido viejo que llevas.<sup>[181]</sup> ¡Sólo se es joven una vez! ¡Yujuuu!

El conde Leofrico no había estado bebiendo. Es decir, no más de lo usual. Simplemente, había sentado la cabeza por un afortunado accidente. Cuando estaba cerrando con llave el sótano para esconder su aflicción por el mundo, vio por casualidad a Godiva que emprendía su viaje, y decir que lo que vio le complació sería decirlo suavemente. Cuando la hubo observado bien, se dio cuenta plenamente de lo que tenía, y se pasó la siguiente hora preparándose para una alegre reunión. Tal vez Godiva tenía una cabeza ligeramente débil, reflexionó, pero ¿y qué?

Me complace informar de que todo salió bien. Leofrico a veces era demasiado atento, pero eso era mejor que su antigua indiferencia. ¿O no?, se preguntaba Godiva. De cualquier modo, él la animó a reanudar su danza y le construyó un gran solario donde ella se tostaba la piel cada día que hacía sol. Allí hizo algunos bonitos solos, en especial uno que representaba los últimos pasos inseguros de una avutarda moribunda, un pájaro que en aquella época era popular, y en ocasiones Leofrico se quitaba la capa<sup>[182]</sup> y se unía a ella en un animado *pas á deux* de aficionados. Y tuvieron un hijo al que pusieron por nombre Aelfgar.

Poco queda por contar. Leofrico murió en el año 1057 y fue enterrado en la espléndida iglesia que él y lady Godiva regalaron a Coventry.<sup>[183]</sup> Godiva le sobrevivió hasta 1080, durante el reinado de Guillermo el Conquistador, y vivió honrada y amada entre sus amigos y nietos, los vástagos del conde Aelfgar.<sup>[184]</sup> Godiva se hizo famosa por sus obras de caridad, que incluían muchos regalos de oro y joyas a instituciones que lo merecían. Era muy rica, pues se casó con Leofrico teniendo ya propiedades, como sus tierras en Leicestershire y Warwickshire y su espléndida casa de campo de Newark<sup>[185]</sup> Siempre, hasta el final, se comportó como debía, en privado y en público. Al menos, no existen

documentos de ninguna conducta desordenada.

La hija de Aelfgar, Ealdgyth, a veces llamada Edita la Justa en los libros de historia, fue esposa de dos reyes.<sup>[186]</sup> Primero se casó con Gruffydd ap Llywelyn, rey de Gales del Norte, conocido por derrotar a Gruffydd ap Rhydderch, rey de Gales del Sur. Cuando murió, se casó con Harold II, el último de los sajones.<sup>[187]</sup> Edita la Justa llevó una vida de perros debido a la amiga íntima de Harold, Eadgyth Swannehals, o Edita Cuello de Cisne, que encontró el cadáver de Harold después de la batalla de Hastings. Reconoció al rey por ciertas marcas en su persona que sólo ella conocía. Muy poco escapaba a Edita Cuello de Cisne.

Olvidaba mencionar que un tipo llamado Torn, un sastre que vivía en el King's Head Hotel, hizo un agujero en su persiana y vio a lady Godiva cuando pasaba por Hertford Street y que inmediatamente se le cayeron los ojos, o algunos dicen que fue alcanzado por un rayo. La existencia de este notorio mirón ha sido negada, principalmente por el difunto M. H. Bloxam, que declaró, en su discurso presidencial al Warwickshire Naturalists' and Archaeologists' Field Club, en 1886, que en aquella época no había ni ventanas ni puertas en Coventry y que, por lo tanto, no existió ningún mirón. Las personas como el señor Bloxam son las que hacen que la vida sea lo que es.



LUCRECIA BORGIA

Lucrecia Borgia era hija natural de Rodrigo Borgia y una señora llamada Giovannoza, o Gran Jenny.<sup>[188]</sup> Según los que debieron de conocerla, no era más que una chica corriente, ni mejor ni peor que una hija natural corriente, pero se ha hablado tanto que ninguna historia sería completa sin ella. Parecería que faltaba algo.

Lucrecia nació en 1480, cuatro años después que César, hijo natural de los mismos padres. Puestos a hacer, Rodrigo y Vanozza tuvieron un par más de hijos

naturales, Juan y Gofredo, que nunca fueron gran cosa.<sup>[189]</sup> Rodrigo tuvo algunas amigas más a las que no he podido seguir la pista con exactitud. Probablemente él tampoco pudo.

Todos los hijos son naturales, pero algunos lo son más que otros y se les conoce como hijos naturales. Estos aparecieron en grandes cantidades durante el Renacimiento italiano, el gran florecimiento de esto y lo otro, cuando los hombres empezaron a despertar a las posibilidades de la vida si te lanzabas de cabeza y la vivías. Como era inevitable, pronto empezaron a aparecer hijos naturales por todas partes. Esta tendencia entre los italianos de aquel período puede muy bien llamarse el Espíritu del Renacimiento.

Rodrigo Borgia fue uno de los hombres clave del movimiento. Era un tipo alegre y le gustaba rodearse de mujeres, cuantas más mejor.<sup>[190]</sup> Incluso salía con las que no le habían sido presentadas como era debido, y las estadísticas vitales volvían a subir. Esto estaba muy mal por parte de Rodrigo, pero al parecer no podía evitarlo. Quizá no lo intentaba. Le gustaban las rubias.<sup>[191]</sup>

César fue el verdaderamente malo. Era un auténtico pesado, siempre hablando de política y de condiciones sociales. Estaba intentando crear un reino borgiano en la Italia central o alguna tontería así, un plan que no llegó a nada debido a los métodos absurdos que empleó en el intento. También usted puede hacerlo si lee *El príncipe* de Maquiavelo, uno de los admiradores de César, un volumen aún recomendado por los principales pensadores por razones en las que, de momento, no debemos entrar. Es uno de los Cien Grandes Libros.<sup>[192]</sup>

Esto nos lleva a los envenenamientos. Todos sabemos que los Borgia, en especial Lucrecia, tenían la costumbre de envenenar a todo el mundo siempre que se les presentara la ocasión; pero esto no parece ser estrictamente cierto. Si profundizamos en el asunto, existen muchas razones para creer que Lucrecia no mató una mosca en toda su vida. Puede ser que Rodrigo y César a veces metieran algo en el vino a escondidas cuando bebían con personas adineradas o con alguna propiedad para confiscar o que eran indeseables por otras razones, pero nunca se ha demostrado. Al parecer, había víctimas ocasionales durante y después de los banquetes de los Borgia. ¿Y qué? ¿Podían ellos evitar que algunos de sus invitados cayeran muertos de puro viejo?

Mucho se ha escrito acerca del tipo de veneno empleado por César y Rodrigo. Algunos lo llamaban La Cantarella y se decía que lo elaboraban mediante un proceso secreto en el que intervenía un cerdo muerto o, posiblemente, un oso muerto.<sup>[193]</sup> También decían que era capaz de causar la muerte al cabo de cualquier intervalo deseado por la primera parte. Si se quería que la víctima muriera tres semanas después del siguiente viernes por la tarde, se le daba un poco de La Cantarella para que hiciera efecto durante ese período

concreto. He encontrado que sólo hay un veneno de este tipo y no funciona.<sup>[194]</sup> No estemos demasiado seguros de que César y su padre envenenaran a nadie con el veneno de los Borgia. Además, probablemente no era más que arsénico.

En cuanto a Lucrecia, en su época ni siquiera corrían rumores de que las fresas de sus almuerzos de los miércoles estuvieran recubiertas de polvo de plomo y los otros platos deliciosamente espolvoreados con antimonio, eléboro, sublimado corrosivo y belladona, sabores todos ellos populares durante el Renacimiento. No hay noticia de que jamás la sorprendieran echando cierto polvo blanco con la etiqueta « La Cantarella - Sólo para uso externo» sobre todo lo que veía, ni de que siempre estuviera acorralando a la gente y susurrando: « Toma un poco de este delicioso beleño que preparo yo misma» . Todo esto se lo inventó después alguien que no tenía nada mejor que hacer.



También parece injusto que los periódicos publiquen grandes titulares diciendo: «¡Borgia confiesa!» y «¡La bomba Borgia!» cada vez que alguna envenenadora en masa lo ha contado todo o ha cumplido el castigo por sus crímenes. Y no se refieren a Rodrigo y a César. Se refieren a Lucrecia. Pero intente convencer a cualquier conocido elegido al azar de que no pasaba nada con Lucrecia. Sólo preguntará: «¿Y qué me dices de todos esos funerales?» . Ha de haber una respuesta a eso, pero no se le ocurre a nadie.

Me temo que también debemos renunciar a la leyenda del temperamento

demasiado romántico de Lucrecia; quiero decir, la extendida creencia de que era un poco demasiado afable con Fulano, Mengano y Zutano. Nunca la acusaron de nada tan espantoso como una aventura amorosa cuando era una muchacha hogareña en Roma, y puede estar usted seguro de que los vecinos vigilaban. No parecía estar siquiera normalmente loca por los chicos, y menos aún ser ninfómana desde la cuna. En verdad, en ese aspecto era casi extraña. Estaba desfasada con la época, se podría decir.

Tampoco era fea, aunque no era la espléndida belleza de la que hablan las canciones y la historia. Era bastante guapa, con una nariz grande, la barbilla huidiza y los ojos de un color indeterminado. Pero tenía una bonita figura, y los hombres del Renacimiento se fijaban en esas cosas. También tenía un cabello rubio y brillante, que se lavaba una vez a la semana con una mezcla de azafrán, virutas de boj, paja de cebada, raíz de rubia, semilla de comino y varias cosas más para hacer resaltar los destellos ocultos y recuperar el color natural. La mezcla se dejaba en la cabeza durante veinticuatro horas y luego el cabello se lavaba con una lejía hecha con tallos de col, cuyo único peligro era sufrir quemaduras de segundo grado. Si el cabello seguía en su sitio, era rubio.

Algunas personas aún prefieren pensar que era morena. Si esto les hace felices, están en su derecho.

Por supuesto, Lucrecia se casó unas cuantas veces. Como hija y hermana sumisa, se casaba cada vez que Rodrigo y César le decían que lo hiciera. Ellos encontraban que su conducta en este aspecto era muy útil para su trabajo diplomático, y al parecer a ella no le importaba ni una cosa ni la otra. Cuando los varones Borgia se hartaban de cualquier unión, le decían que se había acabado y que debía casarse con otra persona. Ella hacía lo que le decían; le daba igual. [195]

El primero de sus esposos fue Giovanni Sforza, hijo natural de Costanzo de Pesaro, un tipo con una poblada barba y la línea compartida adecuada en aquella época. Se casaron en junio de 1493 y ella le dejó plantado cuatro años más tarde con la excusa, ideada por Rodrigo y César, de que era incompetente, insignificante e inmaterial, y muy aburrido. Giovanni se puso como loco y lo que dijo de los Borgia suele estar impreso en latín.<sup>[196]</sup> Este fue el año en que César asesinó a su hermano mayor Juan, un caso de apuñalamiento. Siempre estaba haciendo algo, ése.

Las declaraciones de Sforza sobre la vida hogareña de los Borgia, incluidos cargos que no me molestaré en repetir, realmente empezaron algo de lo que la fama de los Borgia jamás se recuperó. Ojalá pudiera asegurar que las alegaciones eran completamente falsas y que no hubo más ocasiones de habladurías, pero entonces uno topa con el misterioso infante nacido en el dormitorio de Lucrecia cerca de un año después de que hubieran echado a su esposo. Personalmente, no estoy del todo seguro de que este hijo natural fuera de

Lucrecia, o de que... Quiero decir, me sorprende haberlo mencionado. Además, era muy pequeño.

El siguiente en la línea fue Alfonso de Aragón, hijo natural de Alfonso II de Nápoles, que era nieto natural de Alfonso el Magnánimo. Esto le convertía en un mirlo blanco.<sup>[197]</sup> Era un joven imberbe de diecisiete años, extremadamente tímido y dado a huir de Lucrecia de vez en cuando. Siempre le cogían y lo devolvían. No estaba acostumbrado a estar casado, y César siempre le estaba empujando. Pronto Lucrecia dio a luz un hijo que, como todo el mundo se apresuró a observar, no se parecía en nada a Alfonso. Pero Lucrecia estaba bastante encariñada con su joven esposo, y el matrimonio habría podido prosperar y llegar a ser permanente si César no le hubiera estrangulado al cabo de un par de años.<sup>[198]</sup>

El tercer hombre afortunado fue Alfonso d'Este, hijo y heredero de Ercole d'Este, duque de Ferrara. Este Alfonso era legítimo, para variar, e inclinado a mirar por encima del hombro debido a ello. Al principio se negaba a casarse con ninguna familia Juke, pero cuando los Borgia elevaron la dote de Lucrecia a tres millones de dólares y añadieron un poco de tierra, decidió aceptar, ¿quién no lo haría? Los Este se sorprendieron un poco al encontrarse en semejante compañía, y a que se hallaban entre las mejores personas y su casa se remontaba a Welf IV, o Güelfo IV, y no se puede tener a nadie más respetable en el árbol genealógico de la familia.<sup>[199]</sup> La hermana de Alfonso, Isabel, marquesa de Mantua, estaba loca de atar. Era tan legítima que dolía.

El padre de Alfonso, el duque Ercole, se ocupó de que se acabara el asunto y no causó problemas con el punto más delicado. Era un hombre de mundo. Antes de casarse con Leonor de Aragón, madre de Alfonso e Isabella, le envió un retrato de sí mismo y una de sus hijas naturales pintado por Cosimo Tura. Leonor se quedó extasiada ante el regalo.

Así, se casaron por poderes el 30 de diciembre de 1501, y Lucrecia realizó el largo viaje hasta Ferrara. Hizo una parada justo fuera de la ciudad, en el palacio de Alberto d'Este, el hermano natural del duque Ercole, y durante toda la noche la agasajó Lucrecia Bentivoglia, hija natural de Ercole, la del retrato. Al día siguiente, llegó Alfonso y se la llevó a su palacio donde, con un toque de historia, fue saludada en la puerta principal por la condesa de Carrara, la condesa de Uguzoni y Bianca Sanseverino, las tres hijas naturales de Sigismundo d'Este, hermano legítimo de Ercole. Desde el primer momento se sintió como en casa.

Nuestra heroína pasó los últimos diecisiete años de su vida en Ferrara como sumisa, aunque poco devota, esposa de Alfonso, y casi todo el mundo está de acuerdo en que fue todo lo buena que se podía ser en aquella época. Una vez lejos de su horrible familia, Lucrecia fue muy diferente y se dedicó al hogar, a bordar, a obras de caridad, a la piedad y cosas así. Su padre murió en 1503,

algunos dijeron que envenenado, y se informó con autoridad de que en el momento de morir se vieron siete demonios en su aposento. Habían ido a por él, supongo. Después, todo le fue mal a César, quien murió unos años más tarde en España. Hacía mucho tiempo que no estaba bien. Tenía algo que se coge cuando se pasan las noches fuera de casa.

Lucrecia se convirtió en duquesa de Ferrara y fue un absoluto éxito social en 1505, cuando el viejo Ercole murió y Alfonso ascendió al trono.<sup>[200]</sup> Incluso Isabella cooperó, ¿no lo sabía? Habría sido demasiado maravilloso si Alfonso hubiera sido un poco más animado. Era un tipo sobrio, siempre ocupado en su forja de cañones o lejos, en la guerra, sin tiempo para locuras. Sin embargo, tuvieron cinco hijos, cuatro chicos y una chica.

Y ¿qué cree que hacía Lucrecia en su tiempo libre? Le dio por la cultura del Renacimiento, de la que Ferrara era semillero regular, no el mejor, pero bastante bueno, y ella se sentía a gusto en medio de ello, quisiera o no.<sup>[201]</sup>

Fue muy admirada por muchos poetas que frecuentaban el palacio, en especial a las horas de comer, y a menudo les inspiraba poemas de cierta extensión. Si conozco a los poetas, éstos debían de leerle sus obras hora tras hora, día tras día, semana tras semana, año sí y año no, todos exactamente iguales, todos alabando su belleza, inteligencia, castidad y modestia, un poco como si estos asuntos se pusieran en considerable duda, y todos ellos un poquito demasiado largos. Vale la pena observar aquí que ninguna de estas personas murió envenenada. Si alguien lo preguntara alguna vez... bueno, ahí queda.

Entre los que dieron fe de las verdaderas cualidades de Lucrecia se encontraba el gran Ludovico Ariosto, cuyo *Orlando furioso* ocupará un lugar de honor entre los logros poéticos del mundo mientras haya suficiente gente a la que le guste este tipo de cosas. Recordará usted que en la estrofa ochenta y tres del canto cuarenta y dos de su poema épico el maestro sitúa a Lucrecia, por sus virtudes femeninas, incluso por encima de la Lucrecia de la antigüedad.<sup>[202]</sup> Como ni una brizna de escándalo enturbió jamás sus relaciones, se deduce que la amistad fue más bien del tipo aburrido.

Es cierto que Lucrecia vio mucho a Pietro Bembo, el poeta más guapo de su época y el cortesano más culto de Ferrara, un hombre que destacaba sobre Alfonso en todos los aspectos y que, al parecer, despertó el desagrado del duque en cierto modo. También es un hecho que Bembo abandonó la ciudad apresuradamente, lo que no demuestra nada contra él o la duquesa. Quizá se iba a Urbino. El incidente no justifica que creamos, como hace mucha gente, que cada vez que Alfonso se hallaba lejos de casa Lucrecia se pusiera ropa cómoda y se acurrucara con un buen autor.

Por supuesto, Lucrecia también sentía simpatía por Ercole Strozzi. Éste había escrito un epigrama latino en el que la comparaba con una rosa, cumplido que

muy bien podría hacer volver la cabeza de cualquier muchacha sin provocar necesariamente un loco enamoramiento. En cuanto a Ercole, estoy convencido por un estudio de la composición en cuestión, con su cuidada dicción y la alusión acostumbrada a Venus exactamente en el lugar apropiado, de que cualquier pasión que sentía por ella se hallaba en su cabeza nada más.

Así que un día Ercole y Lucrecia paseaban cogidos del brazo por los jardines y senderos del recinto ducal, como llevaban haciendo desde hacía algún tiempo. A la mañana siguiente, temprano, hallaron a Ercole asesinado cerca de palacio —si iba o venía no estaba claro— y algunos creen que fue apuñalado por Alfonso, pues el duque volvía a estar celoso. Alfonso no podía escribir un epigrama en italiano, y mucho menos en latín. Bueno, yo sigo creyendo que Lucrecia y Ercole no habían hecho nada malo. Y sé lo que va usted a preguntarme: «Entonces, ¿qué hacían tanto tiempo en los bosques? ¿Coger flores?» .



### FELIPE ELBOBO

A Felipe II de España se le ha llamado el primer rey moderno porque sufría de arterioesclerosis. Se hizo famoso por no divertirse nunca. Él creía que divertirse era una pérdida de tiempo, así que se pasaba doce horas diarias en su despacho, escribiendo memorándums en trocitos de papel.<sup>[203]</sup>

Felipe II era hijo del emperador Carlos V e Isabel de Portugal. A Carlos V le gustaba mucho el pescado. Abdicó en 1556 y se retiró a Extremadura, donde comía cantidades enormes de anchoas en conserva, tartas de anguila, tortillas de

sardina y pescado fresco.

En su época, Carlos V era el gobernante más poderoso de la tierra. Poseía casi toda Europa y gran parte de América; sin embargo, nadie ha podido entusiasmarse nunca por él. Para la mayoría no es más que un anciano al que le gustaba mucho el pescado.

Murió en 1558, dejando veinte relojes, catorce cojines de plumas, treinta y siete almohadas, una cajita para llevar piel de limón en conserva o calabaza confitada, cuatro piedras de bezoar para curar la peste, seis mulas, un pequeño caballo tuerto, veintisiete pares de gafas, algunos botones viejos y a Felipe II.

Felipe fue un niño serio y silencioso, con la piel sonrosada, el pelo rubio y los ojos azules, demasiado juntos. Le gustaba estudiar, en especial matemáticas.

De adulto, Felipe era un hombre menudo con el labio de los Habsburgo y una barba rubia clara. Tiziano pintó su retrato tres veces, pero los resultados sólo fueron regulares.<sup>[204]</sup>

Felipe se vestía con bastante discreción para la época, prefiriendo el sencillo terciopelo negro o blanco y diamantes, quizá con unos broches en forma de sol en las muñecas, algunas cadenas de oro en el cuello y varias ristas de perlas aquí y allá, y en puntos estratégicos. También conocía las plumas de avestruz.<sup>[205]</sup>

En los últimos años de su vida, Felipe se cansó de engalanarse y se limitó a vestir terciopelo negro con canutillos de azabache, cordoncillo dorado y franjas plateadas. Promulgó entonces algunas leyes para impedir que otras personas se vistieran bien. Decía que no debían llevar respuntes ornamentales, trencilla o trabajos con retales. La consecuencia de estas leyes fue que se hicieron más trabajos con retales.

Felipe era de los que hacen presupuestos. Llenaba páginas con cifras que mostraban los ingresos esperados para el año siguiente y qué cantidad ya había gastado. Naturalmente, no servía para nada.

Luego, se quedaba levantado toda la noche escribiendo más memorándums. Decía que quería llegar al fondo de las cosas.<sup>[206]</sup> También comentaba que las cosas habían llegado a una situación crítica. En eso tenía razón.<sup>[207]</sup>

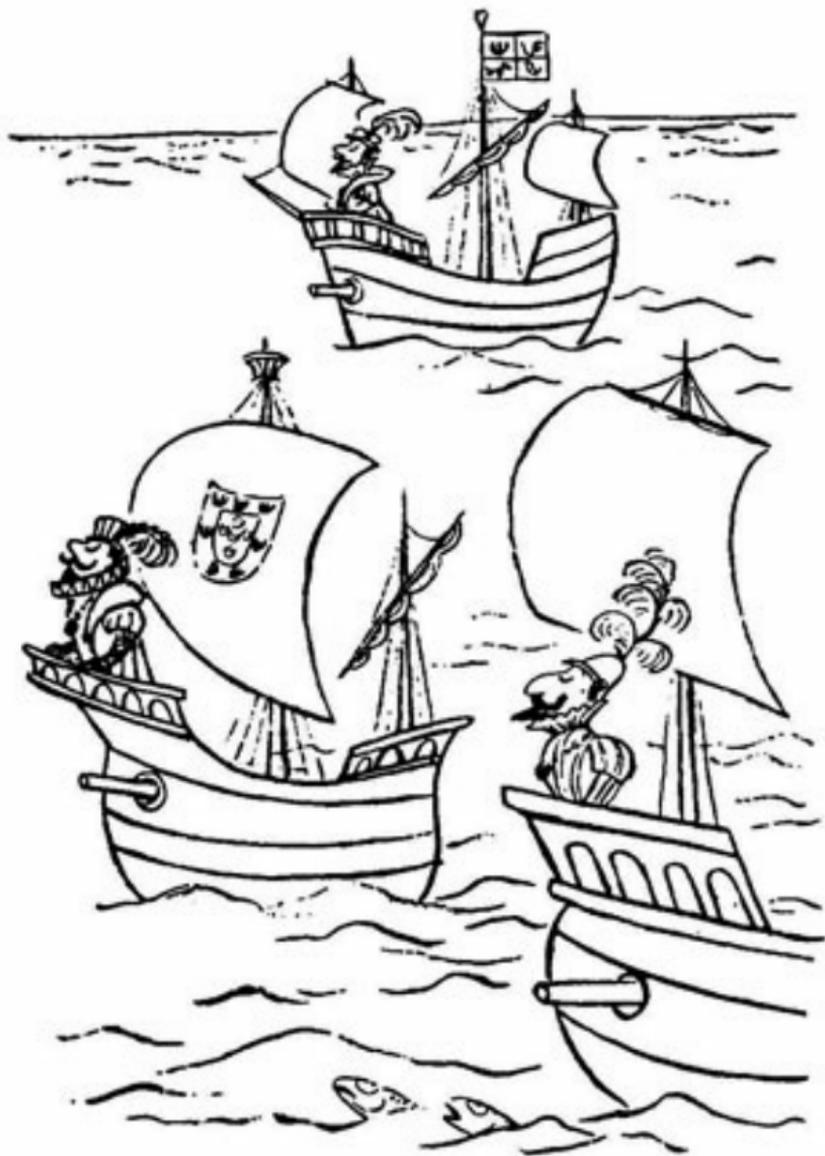
Felipe tenía tendencia a ser arrogante. Hacía que cualquiera que quisiera hablar con él tuviera que hincarse de rodillas. Como respuesta, Felipe hablaba con frases sin terminar, con lo que sus súbditos tenían que adivinar el resto.<sup>[208]</sup>

Además de gobernar España y los Países Bajos, Felipe lo pasó fatal con los moriscos, o moros conversos, que insistían en bañarse, una vieja costumbre mahometana.<sup>[209]</sup> Felipe odiaba bañarse más que el trabajo con retales, así que dio a cada morisco treinta días y amenazó con una fuerte multa por la primera infracción y el doble por la siguiente.

Por un tercer baño el morisco era desterrado para siempre, pero en general

regresaba a escondidas y tomaba otro. ¿Qué se puede hacer con gente así?[210]  
Los moriscos finalmente fueron expulsados por Felipe III. No servía de nada conservarlos.

Aunque no lo deseaba especialmente, Felipe II se casó cuatro veces por un sentido del deber. Su primera esposa fue María de Portugal, que murió joven. Tuvieron un horrible hijito llamado Don Carlos, que siempre estaba torturando conejos y no hizo nada bueno.[211] La siguiente esposa de Felipe fue la reina María de Inglaterra. No entendía los chistes, pero Felipe tampoco.[212]



Las otras afortunadas muchachas fueron Isabel de Valois y una de sus sobrinas

llamada Ana.<sup>[213]</sup> Se dice que Felipe fue un buen esposo. Dormía después de cenar, y eso ayudaba.

En 1588 algo había que hacer con la reina Isabel. Había hecho una incursión en el mar de las Antillas, robado una gran cantidad de oro de Felipe y decapitado a algunos de sus amigos, y se rió cuando se lo mencionó. Esto, al final, le dolió a Felipe y se puso a escribir memorándums como un loco.

Felipe no sabía nada de barcos, así que construyó la Armada Invencible y la puso a cargo del duque de Medina-Sidonia, que sabía aún menos.<sup>[214]</sup> El duque de Medina-Sidonia nunca había tripulado un barco, pero dijo que lo intentaría.

La Armada Invencible fue la obra maestra de Felipe. La envió a Inglaterra, donde fue destruida casi por completo por los ingleses y un viento huracanado.

<sup>[215]</sup> El duque de Medina-Sidonia estaba muy irritado y muy, muy mareado.

<sup>[216]</sup> A su regreso, la gente le arrojaba cosas. A él le importaba un comino.

Felipe era un gran defensor de la diplomacia o el arte de mentir.<sup>[217]</sup> Engañó a algunas personas algún tiempo.

**IV**

**ALGUNOS GRANDES**

**\* \* \***

**LUIS XIV**

**MADAME DU BARRY**

**PEDRO EL GRANDE**

**CATALINA LA GRANDE**

**FEDERICO EL GRANDE**



### LUIS XIV

Luis XIV nació bastante inesperadamente en 1638. Sus padres, Luis XIII y Ana de Austria, estuvieron casados veintidós años sin tener ningún hijo.<sup>[218]</sup> Debido al largo retraso, al niño le llamaron Luis Dieu-Donné, o Luis Diosdado. Después fue conocido como Luis el Rey Sol o Luis el Fantasmón. Extremadamente soso de niño, poco a poco fue convirtiendo esta característica en algo permanente. Posteriormente, poseyó muchos conocimientos generales sobre una amplia serie de cuestiones pero sin saber nada concreto sobre ninguna.

Algunos estudiosos explican la sosez de Luis por su posición real, pues los reyes están más o menos fuera de contacto, pero esto no explicaría los síntomas. Otros dicen que sus profesores le mantuvieron deliberadamente en un estado de ignorancia cuando era niño. Sin embargo, ningún profesor habría podido realizar un trabajo tan perfecto a menos que el alumno mostrara una aptitud natural de poca magnitud. En algún punto habrían resbalado.<sup>[219]</sup> A veces Luis mostraba un breve destello de inteligencia. Luego, todo volvía a la normalidad.

Luis XIV fue, decididamente, *el* Luis. Es difícil escribir sobre él, ya que vivió mucho y siempre estaba haciendo algo. Entre sus aficiones se encontraban las mujeres, invadir los Países Bajos, anexionarse Alsacia y Lorena, entregar Alsacia y Lorena, y revocar el Edicto de Nantes. Todo el mundo quería Alsacia y Lorena porque estaban llenas de patos de Estrasburgo.

Durante su reinado, Luis XIV trabajaba ocho horas al día. Otros reyes dejaban que sus ministros cometieran los errores por ellos, pero Luis insistía en cometer personalmente los errores importantes. Fue el primer hombre de las decisiones rápidas. Lo hacía casi automáticamente, pero había tantos detalles por estropear que tuvo que coger expertos para que le ayudaran. Jean-Baptiste Colbert, una autoridad en industria, agricultura y finanzas, trabajaba dieciséis horas al día y, por lo tanto, hizo el doble por el país. Abolió el impuesto tan impopular sobre la sal y puso impuestos sobre todo lo demás; después, por alguna razón, el impuesto sobre la sal volvió. Estableció entonces códigos estrictos para todos los negocios, de modo que los fabricantes se fueran a la bancarrota y los campesinos vivían de hierba, ortigas y pan hecho de barro. Algunos campesinos llegaron a vestirse con harapos.

Como Colbert no creía en la oferta y la demanda, las hizo ilegales y sustituyó la Ley de Gimmick, que después desembocó en la Burbuja de Misisipi. Ordenó que cada familia tuviera diez hijos para que crecieran y cayesen abatidos por un disparo en los Países Bajos. Como consecuencia de ello, los franceses tuvieron tantos hijos que actualmente casi no tienen ninguno. Tras la muerte de Colbert, Luis XIV coronó sus obras revocando el Edicto de Nantes, con lo que echó a todos los expertos artesanos de Francia y colocó los cimientos de la Revolución Francesa.

La larga serie de guerras llevadas a cabo por Luis XIV también contribuyeron a arruinar el país. A esto se le llamó *la gloire*?<sup>[220]</sup> Luis tenía diez años cuando finalizó la guerra de los Treinta Años y nunca pudo conseguir una de igual duración, por mucho que lo intentó. Empezando con la invasión de Flandes, pronto tuvo una extensa guerra contra los holandeses, en la que se ganó el título de Luis el Grande, o Luis el Imbécil, por no lograr derrotar a Guillermo de Orange. La guerra con la Gran Alianza duró diez años. Luego, todos los bandos devolvieron lo que habían ganado y las cosas se quedaron más o menos como

antes salvo porque todo el mundo tenía diez años más.<sup>[221]</sup> Uno de los problemas complicados había sido algo referente a un arancel sobre los arenques. Los arenques han tenido más protagonismo en la historia de lo que algunos creen.<sup>[222]</sup>

La guerra de Sucesión española<sup>[223]</sup> duró trece años y habría sido maravillosa de no ser por el duque de Marlborough. Las cosas fueron de mal en peor hasta que cualquiera podía derrotar a los franceses. En una ocasión, el regimiento favorito de Luis fue derrotado por un hombre llamado Lumley.<sup>[224]</sup> Aunque Luis no peleaba personalmente,<sup>[225]</sup> se tomaba un gran interés por todo lo que ocurría a sus ejércitos, incluso por el bienestar de los soldados rasos. Dio órdenes de que los heridos recibieran los mejores cuidados. Podía ser que se les necesitara de nuevo. A veces, se batía en su carruaje con un par de amantes y una enorme bolsa del almuerzo, manteniendo una distancia prudente con las mujeres. Por esta razón, en algunos lugares se le conocía como Luis el Fulano de Tal.<sup>[226]</sup>

Como es posible que ya usted sepa, Luis XIV construyó Versalles, un lugar grande y con corrientes de aire lleno de muebles estilo Luis XIV y Madame de Montespan. Como Madame de Montespan fue engordando, Luis le construyó un palacio para ella sola donde tendría más espacio. Versalles contenía cientos de pequeños aposentos y algunas cosas que ocurrieron en ellos no aparecen en los libros. Cuando hacía un tiempo lo bastante cálido, había grupitos en los jardines, en especial en ciertos lugares llamados los Arbustos del Rey y los Arbustos de la Reina.

Luis XIV también inventó la etiqueta. Cada mañana, a las ocho, le despertaba el *valet de chambre* de guardia, que dormía en un rincón de la habitación y ya estaba completamente vestido a esa hora no terrenal.<sup>[227]</sup> Luego, se permitía a los mejores que contemplaran al rey mientras se vestía, y así durante todo el día. En verdad, había tanta etiqueta en Versalles que habría sido imposible llevar a cabo ningún asunto serio, si lo hubiera habido.

Para ser justos, Luis XIV llevó la técnica de vestirse y desvestirse en público a una perfección jamás alcanzada ni antes ni después. Por qué esa clase de acción se incluye en la etiqueta queda fuera del alcance de esta obra. De cualquier modo, los lectores que crean que la vida social de hoy en día es bastante exigente deberían considerar que, al menos, no tienen que levantarse a las siete y media para ir a ver a Luis XIV ponerse los pantalones.<sup>[228]</sup>

A los veintinueve años de edad, cuando se casó con María Teresa, princesa de España, Luis ya había visto bastante de otras varias señoras, empezando por la vieja tuerta Madame de Beauvais, que le sedujo a los dieciocho. Ella fue la Primera Dama del Dormitorio de la madre de Luis y, presumiblemente,

posgraduada en el departamento de ciencia doméstica, pero me pregunto si Luis no empezó con el pie izquierdo. Pronto empezó a entrar en los Arbustos del Rey con Olympe Mancini, una de las jóvenes sobrinas del cardenal Mazarin, y dicen que la hija de uno de los jardineros le dio un hijo. Luis nunca descuidaba su paseo diario por los jardines.

Supongo que, llegados a este punto, debería mencionar a Mademoiselle de la Mothe-Houdancourt, aunque no dispongo de datos fiables sobre ella. Quizá todo eran habladurías. También hubo un asunto idílico con Marie Mancini,<sup>[229]</sup> la hermanita fea de Olympe, que esperaba llegar a ser reina de Francia y le hacía portarse bien.<sup>[230]</sup> Tal vez le gustaba a Luis, pero tuvo que casarse con esta María Teresa por razones políticas.<sup>[231]</sup> Fue añadida a la Paz de los Pirineos. Era robusta, con las mandíbulas fuertes, un cutis poco agraciado y los dientes oscuros. Bueno, no se puede tener todo.<sup>[232]</sup>



Poco después Luis estuvo muy unido a Henrietta de Inglaterra, esposa de Felipe, duque de Orleans, su afeminado hermano, pero pronto cambió a Luisa de la Vallière, otro tipo lacrimoso, con la que tuvo algunos hijos, y luego pasó a Madame de Montespan, con quien tuvo nueve.<sup>[233]</sup> Madame de Montespan no aceptaba un no por respuesta. Era una gran belleza, con espléndidas relaciones y

tendencia a intimidar.<sup>[234]</sup> Además de volverse un poco voluminosa con el transcurrir de los años, ponía cosas en el vino de Luis para mejorar su *joie de vivre*. Como último recurso, probó una mezcla de sangre de murciélago y miel. Sólo consiguió que Luis se mareara.<sup>[235]</sup>

María Teresa murió en 1683, justo cuando La Montespan se iba. A menudo se acusa a Luis de maltratar a su esposa; sin embargo, visitaba sus aposentos todas las noches, aunque sólo fuera para saludar, y una vez la dejó montar en el mismo carruaje con él y dos de sus amantes. Le prometió reformarse a los treinta, pero siguió aplazándolo, como haría cualquiera, hasta que tuviera cuarenta y cinco, el año en que ella murió. Luis había empezado a temer ser un pecador, lo cual siempre es el principio del fin en las personas de temperamento romántico. Se dio cuenta de que había llegado el momento de dar un paso drástico. En lugar de pegarse un tiro, se casó con Madame de Maintenon, una piadosa viuda de cuarenta y nueve años.<sup>[236]</sup>

Madame de Maintenon era un cúmulo incansable de problemas. Nació en la cárcel, pues su padre había sido encarcelado por robo, acuñación de monedas falsas y asesinato, y había estado casada con un humorista. Scarron, su primer marido, no era muy divertido, pero era más divertido que Luis XIV. Después, fue institutriz de los cinco hijos ilegítimos supervivientes de Madame de Montespan. Poco a poco se ganó la atención del rey mediante engaños, arruinando a su benefactora y dándole sermones a Luis sobre su alma, pues era extremadamente religiosa y sólo le interesaban las cosas más elevadas. Como consideraba que los hugonotes eran unos perversos, indujo a Luis a revocar el Edicto de Nantes, acción que provocó persecuciones, torturas, asesinatos en masa e inanición en gran parte del reino. No podía dejar de hacer el bien.

Debido al lamentable pasado de la novia, Luis nunca reconoció abiertamente esta unión. Se había convertido en un hombre honrado y eso era suficiente. Además, debía pensar en su posición y en el futuro de los bastardos reales.<sup>[237]</sup> Lo que Madame de Maintenon pensara de ello no tenía nada que ver, aunque eso la dejara sin ser esposa ni reina. Como era una mujer con una inteligencia superior a la media, con talento para los comentarios cáusticos, parece una vergüenza que sus comentarios sobre este asunto en particular no hayan llegado hasta nosotros. Aunque la etiqueta dicte lo contrario, siempre creeré que le dijo un par de cosas; era humana, ¿no?

Me temo que, para empezar, no formaban la pareja ideal. Madame de Maintenon solía ir envuelta en una serie de chales para aliviar su reumatismo y evitar resfriarse. Tenía un miedo mortal a las corrientes de aire, y Luis era adicto al aire fresco, siempre abriendo las ventanas y explicando lo bueno que era para uno, aunque uno se estuviera congelando. Con el tiempo se volvió malhumorado. Su gota empeoró y le dolían los dientes, y tenía la costumbre de hablar durante

horas sobre nimiedades.[238] Madame de Maintenon se quedaba sentada, temblando ante su labor de bordado, preguntándose a menudo, supongo, por qué las había pasado moradas para conseguir al hombre de sus sueños. Esto duró treinta años, pero parecieron más. Se le llamó *l'ancien régime*.

Luis XIV murió en 1715, en el año septuagésimo segundo de su reinado y al cabo de pocos días de su septuagésimo séptimo cumpleaños, dejando el mundo no mejor de como lo había encontrado y mucho peor en algunos aspectos. No puedo afirmar con veracidad que fuera llorado por un enjambre de amigos. No tenía amigos. Nunca había querido tener ninguno. La gente se alegraba. A él tampoco le había gustado nunca. Le sucedió su bisnieto, Luis XV, que no hizo nada bueno.[239]

La vida de este monarca muestra lo que puede hacer cualquiera con mucho tiempo, dinero y poca sensatez. Sería un placer recordar alguna hazaña suya, o algún pensamiento que valiera la pena y nos sirviera de guía. (Lo usaríamos, sin duda). En un período en que *l'esprit* hacía grandes progresos, Luis no hizo nada por razones evidentes. Odiaba *l'esprit*. Cada vez que oía una de las perlas del ingenio clásico que destellaban por Versalles, él tenía la espantosa sensación de detrás había algo.

En verdad, sólo por desgracia logró Luis XIV pronunciar alguna de las frases famosas de la historia, cuyos criterios, Dios lo sabe, no son demasiado elevados. Una laboriosa investigación ha revelado que no exclamó: *L'Etat, c'est moi!* o « ¡El Estado soy yo! » al presidente del Parlamento de París en 1655. Nunca se le ocurrían esas cosas hasta el día siguiente.

Sin embargo, estoy convencido de que dijo: *Il n'y a plus de Pyrénées* o « Ya no hay Pirineos », después de declarar al duque de Anjou rey de España en 1700. Suena propio de él. La frase no ha resistido la prueba del tiempo. Lo único que hizo fue provocar una guerra que duró trece años y, al final de ese período, los Pirineos seguían exactamente en el mismo sitio que antes. A decir verdad, aún están allí.



### MADAME DU BARRY

Jeanne du Barry fue una buena amiga de Luis XV durante unos seis años, desde 1768 hasta la muerte de éste en 1774. A simple vista, cabría pensar que esto no es asunto de nadie, salvo posiblemente de Jeanne y Luis; sin embargo, forma parte de la historia y debería escribirse de vez en cuando para mostrar lo necia que era la gente en aquella época. Creían que veníamos aquí para divertirnos.

Jeanne era hija de Anne Bécu, modista de considerable laboriosidad y habilidad. Bueno, poseía un par de abrigos de pieles. Por cuestiones de trabajo conoció a un tal Jean-Baptiste Gomard, que resultó ser como todos los hombres,

y el 19 de agosto de 1743 nació la pequeña Jeanne. Esto la convirtió en una Leo con un toque de Virgo.<sup>[240]</sup>

De joven, Jeanne no era holgazana. Probó varios empleos como señora de compañía y empleada doméstica, pero le costaba conservarlos. Siempre la echaba la señora de la casa tirándole de la oreja. Como era pobre, nunca le habían enseñado a comportarse como es debido, como se comportan las clases superiores.<sup>[241]</sup> Y la verdad es que no deberíamos reprocharle que tuviera rizos rubio ceniza, unos enormes ojos azules y una perfecta disposición.

A veces la partida era bastante animada. Cuando tenía quince años, un joven peluquero pasó tanto tiempo enseñándole los trucos del oficio que su madre montó un escándalo llamando algunas cosas feas a la madre de Jeanne. Anne Bécu llevó a la mujer a los tribunales por difamación y el juez le aconsejó que lo dejara correr. Los archivos policiales no respaldan la historia de que Jeanne también trabajaba para Madame Gourdan, la peor vieja dama de París. El tipo que lo empezó, después de que Jeanne fuera un éxito, dijo que la había visto con sus propios ojos en casa de Madame Gourdan. Por cierto, ¿qué hacía él allí?

A los diecisiete, Jeanne trabajaba en la Maison Labille, una tienda de sombreros frecuentada por alegres mirones de todas las edades.<sup>[242]</sup> Uno de sus conocidos en esta época era Monsieur Duval, oficinista en la Marine,<sup>[243]</sup> al que pronto dejó por Monsieur Radix de Sainte-Foix, tesorero de la Marine.<sup>[244]</sup> A partir de entonces, los encaprichamientos más profundos de Jeanne siempre parecían estar relacionados con caballeros de cierta edad y posición en el mundo financiero. Los hombres de más edad dicen cosas muy interesantes, y Jeanne siempre había sabido escuchar. Cualquier cosa que se dijera para ella era interesante.

En esa época también conoció al falso conde Jean du Barry, un libertino que dirigía una casa de apuestas para nobles y ciudadanos acaudalados. Me temo que Jeanne se trasladó a ese establecimiento y se quedó allí varios años. Sin embargo, incluso sus detractores están de acuerdo en que sólo era amiga del conde, ya que él no gozaba de muy buena salud. Entre otras cosas, sufría de inflamación ocular, y por este motivo en general llevaba dos manzanas cocidas sobre la cabeza, manteniéndolas allí con el sombrero. Nunca he oído decir cómo le fue el tratamiento.

Du Barry quería simplemente que Jeanne adornara el lugar, conociera a sus invitados más importantes y les hiciera sentirse cómodos. Era la muchacha adecuada para la tarea, pues por naturaleza era amable y simpática. No soportaba ver a un viejo millonario en un rincón, con aspecto solitario y triste, y siempre hacía lo que podía para animar a semejantes personas. En poco tiempo aprendió exactamente cómo tratar a los viejos caballeros, logro que no tardaría en serle útil. Entretanto, estableció algunas relaciones espléndidas.

No estoy seguro de cómo se conocieron Jeanne y Luis. Sólo sabemos que fue durante el mes de junio de 1768, que ella tenía veinticinco años y que él estaba de juerga. Junio fue maravilloso aquel año. La reina murió el veinticuatro.<sup>[245]</sup> Poco antes, Luis había entrevistado a Jeanne, como él lo llamaba, y pronto ella se trasladó a unos aposentos de Versalles situados directamente encima de los de él, para horror de varias duquesas que esperaban ocuparlos y habían estado acosando a Luis desde el fallecimiento de Madame de Pompadour en 1764. La Pompadour había estado veinte años con él, todo un récord para este monarca.<sup>[246]</sup> La muerte de la Pompadour había dejado la vida de Luis completamente vacía, sin nadie más que su esposa y sus hijos.

Desde entonces, desde luego, había entrevistado a docenas de mujeres jóvenes, incluida una tal Miss Smith, que no tuvo suerte.<sup>[247]</sup> Pero durante los últimos cuatro años no había tenido amante oficial, situación que no se podía permitir que continuara, hay que admitirlo.<sup>[248]</sup> Como Jeanne no podía ser presentada en la corte sin realizar alguna mejora en su posición social, Luis la casó con Guillaume du Barry, hermano de Jean.<sup>[249]</sup> Aunque su título era falso, los Du Barry eran caballeros, ya que, hasta donde se remontan los documentos, ninguno de sus antepasados había trabajado un solo día en toda su vida. Por lo tanto, la boda convertía a Jeanne en una mujer respetable con la que Luis se podía relacionar en público o en privado o ambas cosas.

Así, Jeanne se convirtió en Madame du Barry y ocupó su lugar en la historia. Guillaume se marchó de la ciudad con Madeleine Lemoine, y todo iba bien salvo para las decepcionadas damas y algunas otras cuya moral no podía aceptarlo. Muchas personas creían entonces, como lo creen en la actualidad, que es más inmoral tener una amante de baja cuna. No lo es, realmente.<sup>[250]</sup> La duquesa de Gramont, que había estado intentando ganarse a Luis, estaba loca de atar, y María Antonieta, que fue a Versalles como esposa del nieto de Luis, el Delfín, se escandalizaba con solo pensarlo. El cónyuge de María Antonieta, el futuro Luis XVI, era muy diferente de su abuelo en algunos aspectos, y ella tenía mucho tiempo para chismorrear.<sup>[251]</sup> En la corte se formó un grupo anti Du Barry, y un buen número de cortesanos jamás perdonó a la feliz pareja.

Algunos historiadores se han preguntado por qué Luis XV alternaría con una persona joven de origen humilde como Jeanne cuando podía haber tenido a una de esas duquesas con cara de caballo y modales correctos. Una razón era que Luis, aunque contaba cincuenta y ocho años, aún tenía vista. En un esfuerzo por clarificar toda la situación y parar las discusiones sobre por qué lo hizo, Luis escribió a su primer ministro, el duque de Choiseul: «Es muy bonita, me complace y eso debería ser suficiente». Esta afirmación desconcertó totalmente a todos los que la leyeron o la oyeron.<sup>[252]</sup>

La perspectiva general de Luis era, para ser sincero, extremadamente limitada. Era un hombre de una sola idea. Creía que lo que vale la pena hacer vale la pena hacerlo con tanta frecuencia como sea humanamente posible. Lo había hecho durante cuarenta años, de vez en cuando, y se preguntaba por qué veía defectos. Dirá usted que debería haberse aficionado a los pájaros y las flores. Lo intentó. Guardaba algunas jaulas con pájaros en la habitación trasera, junto con algunos libros, varios mapas antiguos y una enorme colección de caramelos variados. Durante un tiempo estudió botánica en los jardines de Versalles. Pero por alguna razón no era lo mismo.<sup>[253]</sup>

Así pues, se pasaban días y noches fantásticos en los aposentos de Jeanne, en lo alto de la escalera, un piso más arriba. Sin embargo, en mi opinión, la naturaleza pecaminosa de estas sesiones se ha exagerado. No cabe duda de que Luis fue todo un tipo en su época, pero estos poderes conversacionales habían empezado a desaparecer y corrían rumores de que el tónico de apio ya no servía de mucho.<sup>[254]</sup> Quizá la verdad sea que, cuando estaba con Jeanne, Luis podía relajarse. Dudo que intentara siquiera vivir de acuerdo con su reputación de gran bruto.

Jeanne siempre estaba alegre y animada, y a Luis le gustaba la alegría, aunque sus propios intentos en ese sentido nunca habían tenido demasiado éxito. En un esfuerzo por ser un tipo divertido una vez pisó a un cortesano que sufría de gota, pero nadie se rió y él se retiró del campo del ingenio y el humor.<sup>[255]</sup> Jeanne era alegre por ambos. Le arrojaba una caja de polvos a la cara y le llamaba Juan el Molinero y él estallaba en carcajadas. O empleaba palabras sumamente poco convencionales en una conversación informal, con lo que él se partía de risa. Bueno, ese tipo de cosas pueden ser muy divertidas.

También estaba el café. No cabe duda de que ha oído usted contar que el propio Luis lo preparaba en la pequeña cocina de Jeanne, que ella bromeaba cuando se le desbordaba al hervir y que lo bebían juntos en aquellas agradables habitaciones. Con el tiempo, Luis se hizo más adicto a la bebida y las cosas llegaron a tal punto que tomaba una copa a cualquier hora del día o de la noche si sentía esa necesidad. Su médico le previno contra ese hábito, pues al llegar a los sesenta Luis empezó a padecer mareos. No era el café. Era aquella maldita escalera.

Aparte de su belleza y su espíritu alegre, ¿cuál era el secreto del encanto de la Du Barry? ¿Cómo consiguió retener a una persona tan redomadamente aficionada a la variedad hasta el final, frente al escándalo, las intrigas y los apuestos extraños, e incluso que le fuera bastante fiel?<sup>[256]</sup> La respuesta probablemente es que a veces le dejaba en paz. Si él quería tener una tarde libre, a ella le estaba bien.<sup>[257]</sup> Si él le comentaba que quizá se quedaría hasta tarde en la oficina, ella le deseaba que se lo pasara bien y que ya se verían. No le decía

que le había entregado los mejores años de su vida y suponía que podía quedarse toda la velada sola, y a quién le importaba, y por qué habría de pensar nadie en ella. Esto sólo lo supongo.



Supongo también que debo mencionar la pasión de Jeanne por la ropa y las joyas. Ya está, pero ¿es justo suponer que amaba a Luis por su dinero? Sea lo que fuere, cada día se compraba vestidos nuevos y diamantes nuevos, y podía renovar todo el lugar tan a menudo como deseara sin que hubiera un terremoto en el cuartel central. Luis era un alma generosa, y esto en un hombre es algo, ¿no? Nunca vacilaba ni un instante en gastar uno o dos millones de los fondos del Estado para pagar los caprichos de ella, aun cuando las condiciones fueran

espantosas.[258]

Al cabo de un tiempo, Luis le permitió enviar sus propias órdenes de pago al interventor general. Ello ahorra tiempo y molestias en un campo que a él le desagradaba mucho.[259] Jeanne nunca cogía más de lo que necesitaba para gastos generales urgentes; es decir, la cantidad que hubiera en el tesoro. Según un cálculo, justificó algo así como 62.409.015 dólares en cinco años y, naturalmente, cualquier dama sentiría una profunda gratitud por semejante suma. Pero si esa cantidad de dinero servirá para comprar amor real y sincero no lo sé. Dicen que no, y supongo que es bastante mezquino plantear siquiera la cuestión.

Bueno, nada es para siempre, ya se sabe. Luis XV murió de viruela en mayo de 1774. Cinco días antes del fin, despidió a Jeanne para demostrar que estaba verdaderamente arrepentido. La había apoyado contra viento y marea, y sólo la echó por miedo a ir a donde nadie quiere ir si no lo hacía. La amaba, pero él se resistía. De haberse recuperado, casi con toda seguridad la habría hecho volver. Al menos, eso espero. Ciertas duquesas se mostraron encantadas y María Antonieta escribió a su madre, María Teresa: «La criatura ha ingresado en un convento y todos los que se vieron implicados en el escándalo han sido expulsados de la corte».

Cuando pasó su cortejo fúnebre, nadie gritó: «¡Ahí viene Luis el Bienamado!» como había hecho la multitud muchos años antes, tras su enfermedad en Metz, cuando creían que había ganado una guerra prácticamente solo y había perdido la salud por ellos. Sólo se había puesto enfermo yendo de parranda con la duquesa de Châteauroux, pero ellos no lo sabían. Ahora la gente se reía y gritaba: « ¡Ahí va el Placer de las Damas!» , lo cual es más de lo que se puede decir de algunas personas.[260]

Jeanne vivió casi veinte años más, rica, activa en buenas obras, no sin algunos amorcitos, un poco más rolliza pero bonita aún a los cincuenta. Fue una de las víctimas de la Revolución Francesa, una cosa inventada por algunos filósofos que deseaban hacer del mundo un lugar mejor donde vivir. Querían que todos los franceses fueran libres, iguales y felices, e intentaron hacerlo decapitando a tantos como pudieron. Jeanne fue a la guillotina por sus simpatías monárquicas en 1793.[261] La acusación era cierta. A Jeanne no le gustaba la gente corriente. La conocía demasiado bien.[262]

Nada podría ser más erróneo que la extendida idea de que Madame du Barry fue la causante de la Revolución Francesa. Eso era lo último que tenía en la cabeza. Ella sólo quería montones de hermoso dinero para gastar en frivolidades. No había hecho daño a nadie en sus días de gloria, a menos que fuera el duque de Choiseul, quien la ponía de mal humor con demasiada frecuencia por la cuenta bancaria. Hizo que le despidieran y que Luis le pagara una asombrosa pensión

para que al pobre hombre no le importara demasiado.<sup>[263]</sup> Fue la última reina de Francia de la mano izquierda.

Nunca me entretengo con la escena de la guillotina cuando pienso en Madame du Barry. Prefiero verla en su escenario de Versalles, en los pequeños aposentos un piso más arriba de los de Luis. También veo a Luis jadeando al subir la escalera trasera a medianoche, vestido con el camisón real, el rostro ligeramente enrojecido, casi a punto de explotar de anticipación y arteriosclerosis. Abre la puerta y allí está Jeanne, ataviada con un atractivo *negligée*, con más aspecto de ángel que nunca. Bueno, no hay nada como una buena taza de café.



**PEDRO ELGRANDE**

Pedro el Grande era hijo del zar Alexis Mikhaylovich Romanoff y Natalia Kirilovna Naryshkin, su segunda esposa. Estuvieron muy orgullosos de su hijo durante un tiempo.

Durante los primeros años de su infancia, Pedro prometía una futura inteligencia.<sup>[264]</sup> Su profesor, Nikita Moiseivitch Zotoff, le permitía desarrollar su propia individualidad, y si ha conocido usted a algún niño así no tengo que decirle nada. Posteriormente, Zotoff fue nombrado bufón de la corte.<sup>[265]</sup>

Pedro fue coronado zar en 1682, cuando contaba sólo diez años. Pasó los siguientes años gastando bromas pesadas a Feodor Kirilovny, Gavriilo Golovkin, Iván Ivanovitch Golotzin e Iván Ivanovitch Ivanoff. Era muy aficionado al ingenio y al humor, y hacía cosas como por ejemplo arrancar los dientes a la gente con un pico y la cabeza con fuegos artificiales. Sabía qué era lo que el público quería.

Entretanto, Rusia era gobernada por la medio hermana de Pedro, Sofía. Sofía era hogareña y creía en el movimiento pro derechos de la mujer. Trató de que asesinaran a Pedro y él la metió en prisión para que lo meditara.<sup>[266]</sup>

Un jueves por la mañana, súbitamente, Pedro decidió reformar Rusia y darle todas las ventajas de la civilización occidental. Luego, se bautizó como Jueves Negro. Él creía que con cuantos más tontos hablara, más sabría, así que se marchó al extranjero.

Pedro viajaba como Pedro Michailov, carpintero, cuando iba de incógnito. Lo hacía porque así arrastraba más multitudes.<sup>[267]</sup> Es bastante difícil ir de incógnito cuando eres un zar ruso que mide cerca de dos metros.

En un momento dado, fue a Inglaterra a averiguar cómo había que hacer las cosas.<sup>[268]</sup> En Inglaterra, se alojó en casa de John Evelyn, alquilada por el almirante Benbow, que se la subarrendó a Pedro. Pedro rompió trescientos cristales y destrozó los lechos de plumas. La casa estaba hecha una pena.<sup>[269]</sup>

Pero lo primero que hizo fue ir a Holanda a aprender a construir barcos. En Zaandam, trabajó una semana entera como carpintero corriente, salvo que llegaba tarde, se tomaba tres horas para almorzar, se marchaba temprano y no era el mejor.<sup>[270]</sup> La casita de madera donde vivía durante la semana, cuando no aprendía prácticamente nada, en la actualidad es visitada cada año por centenares de turistas.<sup>[271]</sup>

Pedro quería aprender lo suficiente para tener algo de lo que hablar. Después de conocer a Pedro, Sofía, la viuda de Electress de Hanover, escribió: « Pedro tomó las ballenas de nuestros corsés por nuestros huesos. Dijo que las mujeres alemanas tienen unos huesos endiabladamente duros». En Francia, hizo saltar sobre las rodillas a Luis XV y vio a Madame de Maintenon en la cama. Escribió a un miembro de su familia de París: « Sólo queda una botella de vodka. No sé qué hacer». Con el tiempo, la gente empezó a preguntar a Pedro por qué no regresaba a Rusia.

Por fin captó la indirecta. Después de estudiar de cerca la civilización occidental, conociendo al arzobispo de Canterbury y recibiendo el título honorario de doctor en Leyes por la Universidad de Oxford, Pedro regresó a Rusia y reformó la Streltsi, o Guardia Nacional de Moscú, decapitando a algunos, colgando a otros, asando a otros a fuego lento y enterrando vivos al resto.<sup>[272]</sup>

Cerca de un centenar de miembros de la Guardia fueron decapitados y sus cadáveres se abandonaron en lugares públicos todo el invierno.<sup>[273]</sup>

Los parientes de los Streltsi se enfadaron mucho y empezaron a contar algunas historias horribles sobre Pedro, algunas de las cuales no eran ciertas.

A continuación, forzó a los boyardos, o viejos conservadores, a que se cortaran la larga barba gris, pues era un nido de gérmenes. Los boyardos estaban muy apegados a estos gérmenes, y estas cosas en general son recíprocas. Se puede afeitar a un boyardo, pero es una pérdida de tiempo.<sup>[274]</sup>



Durante muchos años, nadie pudo descubrir la razón de la ley que promulgó Pedro contra las barbas.<sup>[275]</sup> A veces, cuando Pedro cortaba una barba, el propietario la recogía y se la ponía bajo el abrigo, y todo el mundo estaba

contento.[276]

Las condiciones económicas en aquella época eran terribles, ya que no existía Estados Unidos para echar una mano.[277] Por lo tanto, Pedro acuñó nuevos kopeks cuarenta y cinco veces mayores que los antiguos; así eran mucho mayores. También introdujo otras muchas mejoras fiscales y un presupuesto que mostraba el número de kopeks perdidos con cada mejora.[278] Los sobornos y la corrupción estaban prohibidos, salvo a las autoridades debidamente constituidas.

Pedro odiaba todo lo anticuado, como Moscú. Así que construyó una ciudad nueva en las insalubres marismas del mar Báltico y le puso el nombre de a ver si lo adivina. Cuarenta mil campesinos trabajaron durante años para construir San Petersburgo. Pedro creó un museo de historia natural en San Petersburgo, y para inducir a ir allí a los súbditos amantes del whisky ordenó que sirvieran un vaso de brandy a cada visitante. Funcionó.

Pedro es especialmente famoso por derrotar a Carlos XII y matar un número inmenso de suecos. En la gran batalla de Poltava, Carlos recibió un disparo en el talón y Pedro en el sombrero. Carlos escapó cruzando el río Bug y se quedó allí cinco años.

Pedro adquirió entonces Livonia y Estonia, y otros lugares que pocos querriamos. Livonia era entonces una parte de lo que actualmente es una zona de Latvia, o lo era. Latvia está habitada principalmente por letones, que son algo así como lituanos.[279]

Esto nos lleva a Iván Stepanovitch Mazeppa. Había sido paje en la corte del rey Jan Casimir de Polonia. En su tiempo libre estudiaba botánica con una tal señora Falbowski. Poco tiempo después fue atado a un caballo salvaje por el señor Falbowski, quien después condujo el caballo hacia las estepas.

Mazeppa fue rescatado por los cosacos.[280] Mazeppa trabajó duramente y llegó a jefe, o atamán. Los cosacos eran célibes.[281] Se distinguió en la guerra de Crimea, en la batalla por Azov. Luego, juró lealtad a Carlos XIII.[282] Pedro le hizo castigar en efígie.[283]

Pedro repudió a su primera esposa, Eudoxia Lopukhina, y la hizo encerrar para el resto de sus días. La quería todo el mundo, excepto su esposo.[284] Luego, Pedro se dedicó a ir de juerga con Menshikov, su general en jefe, un muchacho pastelero. Una noche, durante una cena, Pedro se fijó en una campesina lituana llamada Marta, que frecuentaba a Menshikov.[285] Era hija de un granjero y estaba a punto de casarse con un subalterno sueco, manco, que estaba en Lituania. Pero se acercaron algunos soldados rusos, la sacaron del horno, donde se había escondido, y se la llevaron.[286] Bueno, Pedro y Menshikov más o menos fueron socios en el asunto. Por fin, Pedro se casó con

Marta en una ceremonia secreta celebrada en 1707 y ella se cambió el nombre por el de Catalina. Cuatro o cinco años más tarde, volvieron a casarse, en una ceremonia pública, y dos de sus hijitas hicieron de damas de honor. Pedro vistió su uniforme de almirante y Catalina fue entregada por el vicealmirante y contralmirante de la Flota.<sup>[287]</sup> Después, Pedro dijo: «Creo que ésta será una boda fructífera. Como ves, sólo hace tres horas que nos hemos casado y ya tenemos cinco hijos».

Pedro mantenía a Catalina descalza y embarazada casi todo el tiempo.<sup>[288]</sup> Tuvieron doce hijos, y uno de ellos, Isabel, llegó a ser emperatriz.

Pedro emancipó a las mujeres rusas, salvo a las de su propia familia. A éstas las metió en conventos. Cuando descubrió que su esposa Catalina tenía un amante, hizo que decapitaran a éste para darle una lección. Luego, Pedro puso su cabeza dentro de una botella de alcohol y la dejó en la ventana de Catalina. Ella nunca lo mencionó.

El hijo de Pedro, el zarevitch Alexis, no servía para nada.<sup>[289]</sup> Todo le aburría y tenía una curiosa sensación en lo alto de la cabeza. Vestía un viejo batín al que le faltaban botones y se pasaba todo el día sentado junto a la estufa comiendo setas escabechadas y pepinos en salazón.

Pedro pegaba a menudo a Alexis. Esto a Alexis le dolía más que otra cosa. Algunas personas dicen que Pedro mató a Alexis de una paliza. Bueno, sólo lo hizo una vez. Y, además, estaba borracho.<sup>[290]</sup>

En 1721, después de la paz con Suecia, el senado ruso concedió a Pedro el título de Pedro el Grande, Padre de Su Patria, y Emperador de todas las Rusias. Pedro no se pudo negar, porque él lo había montado.

Todo el mundo dice que Pedro era un hombre maravilloso, o sea que debe de ser cierto. La realidad es que Pedro estaba bien, cuando no estaba borracho ni tenía ningún ataque. Ordenó que nadie se quitara el sombrero cuando pasara por delante del palacio en invierno. Y dijo a todo el mundo que podía volver a fumar.<sup>[291]</sup>

Organizó la Armada rusa y creó un sistema escolar maravilloso.<sup>[292]</sup> Algunos de sus logros menos importantes fueron hacer un candelabro con dientes de morsa y un cohete de dos kilos y medio, que no llegó a explotar, cayó sobre la cabeza de un caballero amigo y lo fulminó al instante.

Pedro también quería que Rusia estuviera en contacto con el mundo exterior, no como en los viejos tiempos.<sup>[293]</sup>

En 1710, Pedro convocó a todos los enanos y duendes de todas las partes de Rusia en San Petersburgo, donde les construyó una aldea de nieve en la helada Neva. Dos enanos se casaron allí en una lujosa boda, conmemorada en el cuadro de Verestchagin titulado *La boda de los enanos*. A Pedro le gustaban mucho los

enanos y los duendes. Él era tan grande en comparación... [294]

Pedro realizó sus reformas con gran apresuramiento, a veces bastante lleno de vodka. No seguía ningún sistema.

Murió de una hernia en la vejiga. Poco antes del fin, dijo: « Lo dejo todo a...» y no llegó a terminar la frase.

En sus últimos años, Pedro parecía tener la sensación de que todo lo que había sucedido hasta entonces estaba mal. Puede que en eso tuviera razón.



### CATALINA LA GRANDE

Catalina la Grande no era rusa, como mucha gente cree. Era alemana. De joven, sólo tenía tres vestidos y doce camisas; sin embargo, llegó a ser emperatriz de Rusia y mandó sobre millones y millones de súbditos durante un período de treinta y cuatro años. Esto demuestra lo que se puede hacer si se pone empeño.

En realidad, no se llamaba Catalina sino Sofía Augusta Federica, o Figchen, para abreviar. Era hija del príncipe August Christian de Anhalt-Zerbst y su esposa, la princesa Johanna Elizabeth de Holstein-Gottorp,<sup>[295]</sup> y nació en

Stettin, Pomerania, el 2 de mayo de 1729.<sup>[296]</sup> Sus primeros años fueron muy infelices, y decidió que, si tenía oportunidad, se lo pasaría muy bien. Más adelante, se pasó un poco.

A los catorce años de edad, Figchen fue invitada por la emperatriz Elizabeth a ir a Rusia y casarse con el gran duque Pedro, heredero del trono. Así que empaquetó sus tres vestidos y doce camisas, se despidió del viejo hogar con todos sus recuerdos y se fue a vivir la vida. ¿Cuáles eran los pensamientos de la pobre muchacha cuando abandonó a su padre, al que jamás volvería a ver, besó a sus muchos parientes y partió hacia tierras extrañas? Bueno, sencillamente, estaba encantada.<sup>[297]</sup>

Cuando llegó a Rusia, Figchen tiró sus viejos vestidos y se vistió con espléndidas sedas, pieles y joyas que le regaló la emperatriz Elizabeth.<sup>[298]</sup> A Figchen le cambiaron el nombre por el de Catalina Alexeievna, y al año siguiente se casó con Pedro en la mayor boda jamás vista. Lucía una corona de diamantes y un vestido de oro y plata, y todo era demasiado maravilloso salvo que no le gustaba mucho el novio. Siempre hay algo.<sup>[299]</sup>

Como aprendió Catalina aquella misma noche, Rusia tiene extraños compañeros de cama. Pedro se acostó con las botas puestas, jugó con su colección de muñecas durante casi una hora y le habló a la gran duquesa de sus nuevas amantes.<sup>[300]</sup> Luego, se dio media vuelta y se puso a roncar.<sup>[301]</sup> Esta rutina prosiguió durante nueve años, hasta que Pedro tuvo su propia cama; no se le había ocurrido antes, supongo. Unos años más tarde, cuando le encontraron muerto, con síntomas de haber sido asesinado, Catalina fue sospechosa de ser responsable en parte. ¡Vaya, qué idea!<sup>[302]</sup>

Entretanto, no había niños en la casa y Rusia necesitaba más herederos al trono. Pedro seguía jugando con muñecas, pero en 1754, Catalina trajo al mundo a un niño que se parecía mucho a Sergei Saltykov, un joven con quien Catalina charlaba a menudo sobre los sucesos del momento. Algunos historiadores creen que Pedro podría haber sido el padre, porque el niño llegó a parecerse a él en carácter e inutilidad general. Ambos eran bobos, pero ¿eso qué demuestra?<sup>[303]</sup>

Entonces, Saltykov se marchó y Catalina se interesó por Polonia, o, más bien, por el conde Stanislaus Poniatowski. A su siguiente hijo, una niña, le puso el nombre de Anna.<sup>[304]</sup> Sus otros hijos fueron un niño llamado Bobrinsky y un par de niñas nacidas después de que conociera a Gregory Orlov, un apuesto gigante de la Guardia. No sé si tuvo otros hijos o no, y considero que no es asunto mío. « Uno va más lejos de lo que desearía », dice Catalina en sus *Memorias*. Además, tenía miedo a la oscuridad.

En 1762, Catalina llevaba dieciocho años en Rusia y estaba entrando en una rutina. Pero mire lo que pasó. La emperatriz Elizabeth murió a causa de su licor

de cerezas y Pedro la sucedió en el trono como Pedro III. Seis meses después, Catalina le destronó, le metió en la cárcel y se hizo proclamar emperatriz, con ayuda de Gregory Orlov y sus hermanos.<sup>[305]</sup> Con la excitación, los rusos se olvidaron de que era extranjera y no tenía derecho a la corona, así que les gobernaba una alemana, un poco para sorpresa de todos.

Lo de Pedro fue bastante triste. Unos días después de ser arrestado, murió de repente en Ropsha mientras Alexis Orlov y algunos otros amigos de la emperatriz se encontraban con él. Catalina anunció que había muerto de un cólico hemorroidal, y los que fueron al funeral se preguntaban por qué, en ese caso, llevaba el cuello vendado. Y eso, amable lector, es lo que pasa cuando se juega con muñecas cuando no es el momento. A primera vista, este pasatiempo puede parecer tan inofensivo como cualquier otro. Sólo es que en la práctica no funciona.

El resto de la vida de Catalina habría podido ser diferente si hubieran permitido que se casara con Gregory Orlov. O puede que no. Ella se mantuvo en contacto con él durante diez años, hasta que su cuerpo hercúleo empezó a debilitarse aquí y allí, lo que le incapacitaba para asuntos de Estado.<sup>[306]</sup> Gregory Potemkin, su siguiente amigo del alma, se quedó con ella cerca de dieciséis años, pero al poco tiempo descansó y presentó a la emperatriz una serie de tipos más jóvenes, recibiendo en cada ocasión una buena comisión de los implicados. Su fortuna llegó a cincuenta millones de rublos. (¿Está seguro de que lo va comprendiendo todo?).

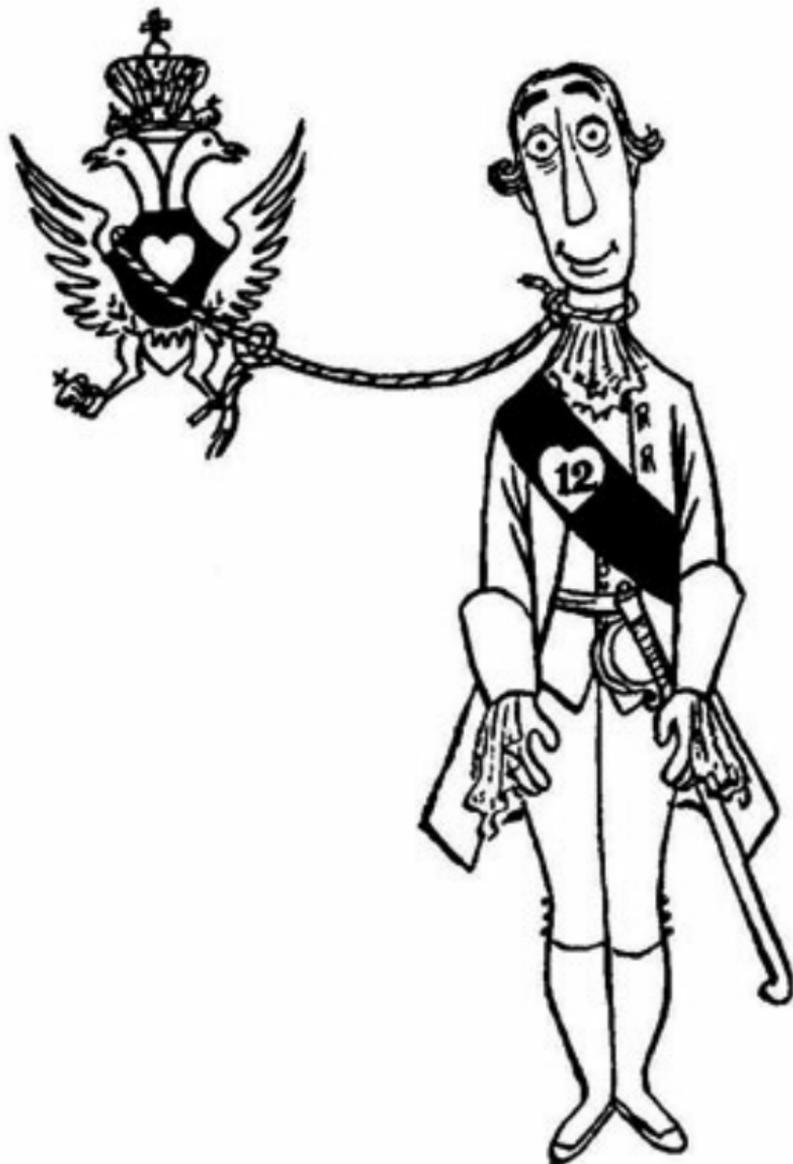
Potemkin fue el único de los hombres de Catalina que no era asombrosamente apuesto. Era tuerto, tenía la nariz aguileña, las piernas arqueadas y casi siempre iba borracho. Vivía durante días a base de kvass y cebollas crudas, y se paseaba por el palacio descalzo y ataviado con un sucio y viejo batín, mordiéndose las uñas. Nadie entendía qué le veía Catalina. Bueno, cuando estaba solo, sabía imitar a la perfección la voz del perro, del gato y del gallo, la única forma de arte que gustaba sinceramente a Catalina. Ella sabía imitar al gato, pero no como para alardear de ello.<sup>[307]</sup>

Ojalá pudiera decir que después de eso Catalina sentó la cabeza, pero sólo tenía cuarenta y siete años, y aún estaba ansiosa de nuevas ideas. En 1776, apareció Pedro Zavadovsky, de veinte años. De él comentó el Chevalier de Corberon, agudo observador: « En cuanto a lo básico de su puesto, lo posee en grado eminente ».<sup>[308]</sup> Al año siguiente llegó el teniente Zoritch, y también el primer nieto de Catalina, para el que inventó un vestido de una pieza que podía ponerse y quitarse en un santiamén. Se ponían los brazos y piernas del niño al mismo tiempo y se abrochaba en la espalda. No lo entiendo muy bien, pero funcionaba.<sup>[309]</sup>

Estos fueron todos los hombres de Catalina, salvo Korsakov, un tipo que sólo

duró quince meses;<sup>[310]</sup> Lanskoj, que murió con las botas puestas después de tomar demasiadas píldoras; Yermolov y Mamonov,<sup>[311]</sup> ambos corrientes y molientes, y Platón Zubov, que la sobrevivió. Zubov sólo tenía veintidós años cuando se puso manos a la obra. Su hermano Valerian, que también rondaba por allí, tenía dieciocho. Catalina tenía más de sesenta, pero se tiene la edad que se siente. Murió de apoplejía el 10 de noviembre de 1796, a la edad de sesenta y siete años.

Hubo muchas habladurías sobre los amigos de Catalina, la mayoría simples chismes. Lamentablemente, este mundo está lleno de gente dispuesta a pensar lo peor cuando ven a un hombre que sale a hurtadillas de un dormitorio que no es el suyo en plena noche. Solía decirse que Catalina tuvo trescientos amantes. Sólo tuvo diez o doce, oficialmente, y otros pocos, según los mejores relatos, y algunos sólo durante unos días, una semana a lo sumo. Tampoco los tuvo todos al mismo tiempo. Los tuvo uno detrás de otro.



Todo fue bastante abierto también. Desde el primer día hasta el último de

cada colaboración, la ciudad entera lo sabía, pues Catalina era una persona metódica y tenía un sistema. Si un nuevo candidato sobrevivía al escrutinio del doctor Rogerson y cierta sesión misteriosa con la condesa Protasov o la condesa Bruce,<sup>[312]</sup> era nombrado Responsable General de la Administración y se le asignaba unos aposentos inmediatamente debajo de los de la emperatriz, con los que se comunicaba mediante una escalera interior, para que estuviera cerca de su trabajo. Era entonces un *Vremienchik* de pleno derecho, o el Hombre del Momento. También se le llamaban otras cosas que suenan muy divertidas en ruso.

Las veladas en palacio estaban lejos de ser la orgía que tal vez imagina usted; hoy en día parecerían espantosamente lentas. Catalina siempre se retiraba a las diez, después de jugar a las cartas. Hacia las nueve y media empezaba a echar miradas al reloj, y, cuando llegaba la hora, se ponía en pie y se dirigía a sus aposentos privados, acompañada por el Responsable General de la Administración de turno. Catalina bebía entonces un gran vaso de agua hervida, se envolvía la cabeza con varios chales de lana, como precaución contra los resfriados, y se metía en la cama. Lo que sucedía a continuación no estoy seguro de poder decirlo. No me encontraba allí.

Catalina era generosa casi hasta el exceso. Incluso pagaba por adelantado, rasgo del *Vremienchik* que prácticamente ha desaparecido en nuestros días.<sup>[313]</sup> Cuando un *Vremienchik* entraba en servicio, encontraba cien mil rublos en un cajón, y doce mil más el primero de cada mes. Por supuesto, esas cosas afectan al dinero, y la emperatriz a menudo se hallaba sin blanca. El coste total de su pasatiempo, incluidos salarios, habitación y manutención, ropa y gastos diversos se ha calculado en 92.820.000 rublos. No sé a cuánto ascendería esta cantidad, pero un rublo son cien kopeks y un kopek debe de valer algo.<sup>[314]</sup>

La historia apenas sabe qué pensar de la vida hogareña de Catalina. ¿Sentía afecto por sus Responsables Generales de la Administración como era debido? ¿Era simple instinto animal, o era lo que los poetas llaman amor? Fuera lo que fuere, ¿por qué tantos?<sup>[315]</sup> Para empezar, deberíamos recordar que ella no pretendía batir ningún récord. Las primeras veces simplemente ocurrió, y hacia el final probablemente imaginaba que tres o cuatro más no podían importar. Además, por lo que sabemos, lo único que ella quería era una palabra amable.<sup>[316]</sup>

Diga usted lo que diga, Catalina al parecer era muy divertida cuando estaba de humor, y siempre lo estaba. Era emperatriz de Rusia, pero fundamentalmente era un alma democrática. En cuanto al verdadero amor y todo eso, me inclino a darle el beneficio de la duda, aunque la mayoría de los expertos dice que no. Aquel viejo, el conde de Malmesbury, escribió a casa para decir que Catalina había muerto extraña a la tierna pasión. Y un biógrafo moderno señala, con

muchas palabras, que Catalina jamás aprendió a amar. Bueno, de todos modos, lo intentó.



### FEDERICO ELGRANDE

Reinaban la paz y la tranquilidad en Berlín la mañana del 24 de enero de 1712. Las cosas iban como de costumbre. Y hacia mediodía nació Federico el Grande.

Federico II, o Federico el Grande, era el tercer rey de Prusia. Era hijo de Federico Guillermo I, hijo a su vez de Federico I, al que su niñera dejó caer de cabeza y después se tragó una hebilla de zapato y llegó a ser el primer rey de Prusia.<sup>[317]</sup>

Han existido también otros muchos Federico, pero algunos de ellos no eran

Hohenzollerns, como *nuestros* Federicos. Federico Barbarroja y su nieto, Federico II (pero no *nuestro* Federico II), eran Hohenstaufens. Los historiadores nunca han decidido cuál fue la mejor familia, la Hohenstaufen o la Hohenzollern. Hay mucho que decir en ambos casos.<sup>[318]</sup>

Y antes de eso, hubo muchos Ottos y Rodolfos. Todos ellos fueron una especie de emperadores de Alemania, aunque en aquella época no había Imperio alemán. Para entenderlo realmente habría de ser usted alemán. Puede que no lo entendiera, pero tendría una buena oportunidad.

Al acceder al trono en 1713, Federico Guillermo I se ganó el amor de su pueblo anunciando un régimen de economía rígida. Desde entonces, unos cuantos más han pensado lo mismo. A veces, nunca piensan en otra cosa.<sup>[319]</sup>

También resolvió el problema del desempleo. Salía a buscar personas desempleadas y, cuando encontraba una, le daba un golpe detrás de la oreja con una caña de bambú. No era un sistema científico, pero funcionaba.<sup>[320]</sup>

Federico Guillermo I era muy anticuado. Tuvo catorce hijos y esperaba que se portaran bien.<sup>[321]</sup> Fue el primer padre tipo «ve a ver lo que hacen y diles que paren». Alimentaba a la familia real con insalubres coles, ya que creía que un céntimo ahorrado era un céntimo ahorrado. Así que siempre estaba diciendo: «¡Vamos, vamos, toma un poco más de esta deliciosa col!».

Con el dinero ganado de este modo, compró gigantes para la Guardia de Granaderos de Potsdam y le quedó suficiente para comprar la mayoría de suecos de Pomerania.<sup>[322]</sup> Aunque los gigantes veían mejor al enemigo que los soldados más bajitos, al enemigo siempre le era más fácil verles a ellos. Pero Federico Guillermo siempre lo negaba. Decía que eso no era más que pura sutileza.

Federico Guillermo comprendía la economía nacional. Metía su dinero en barriletes y guardaba los barriletes en el sótano. Si se encontraba con alguien en la calle, le preguntaba amenazador: «¿Quién es usted?» . Federico Guillermo también creía que demasiado sueño embrutecía.<sup>[323]</sup> Le desagradaba todo lo francés y tenía muy mal gusto con las pelucas.

El futuro Federico el Grande no se parecía mucho a su padre. A pesar de todo lo que se pudo hacer, resultó ser culto. De niño aprendió a hablar, a leer, a escribir y a pensar en francés. Al menos, él creía que pensaba en francés. Probablemente da lo mismo.<sup>[324]</sup>

Después se aficionó a la flauta, y el siguiente paso fue... adivínelo. Se hizo poeta. Sus poemas eran muy tontos, incluso para ser poemas. Su padre le puso a pan y agua, le metió en prisión, le echó a patadas escaleras abajo e intentó estrangularle con un cordón de cortina, pero Fritz siempre sobrevivía. Parecía gozar de una vida encantada.

Federico Guillermo también instruía a Federico para que no fuera tan sucio. « Nicht so schmutzig » , le gritaba. No servía de nada.

Por fin, Federico Guillermo alzó las manos y exclamó: « Fritz toca la flauta y es poeta ». En general, éste ha sido el veredicto de la historia.<sup>[325]</sup> Monsieur Voltaire, al que se pidió opinión, escribió a Federico el Grande: « El poema entero es digno de vos ». Mejore eso, ¿quiere?

Federico quería casarse con la princesa Amelia Sofía Leonor de Inglaterra, pero su padre le hizo casarse con la princesa Elizabeth Cristina de Brunswick-Bevern, que no le gustaba. Era una Welf. Federico iba a visitarla una vez al año y le preguntaba cómo se encontraba. Ella decía que muy mal.

La princesa Amelia Sofía Leonor de Inglaterra nunca lo superó. Murió con el corazón destrozado a la edad de sesenta años. Ella era la peor enemiga de sí misma. La hermana favorita de Federico, Guillermina, se casó a la fuerza con el príncipe heredero de Bayreuth, que ceceaba.<sup>[326]</sup>

En 1740, Federico fue coronado rey y escribió un libro para demostrar que mentir, engañar y asaltar caminos estaba mal, y que la verdadera felicidad sólo procede de hacer el bien a los demás. Entonces arrebató Silesia a María Teresa de Austria, a quien había prometido proteger, y fue llamado Federico el Grande.<sup>[327]</sup>

Durante las tres guerras silesianas, Federico recibió heridas de bala centenares de veces. Siempre fallaban. Medio millón de prusianos murieron, pero quedaron muchos.

Entre guerra y guerra Federico recibía a Voltaire. En una ocasión, Voltaire se quedó casi tres años, y Federico le redujo su asignación de azúcar y chocolate para enseñarle cuál era su lugar.

Luego, Voltaire robó unos cabos de vela de la antecámara de Federico y éste le llamó ladrón de caballos y él acusó a Federico de dividir los infinitivos y ahí acabó todo.

En realidad, Federico sí había dividido uno o dos infinitivos, pero ¿quién somos nosotros para juzgar?<sup>[328]</sup>

Federico también hizo algo por lo que entonces se creía era saber. Nombró a Monsieur Maupertuis presidente de la Academia de las Ciencias de Berlín. Monsieur Maupertuis había visitado Laponia en una ocasión para medir la longitud de un grado del meridiano con el fin de demostrar el achatamiento de la tierra en los polos. Como consecuencia de este viaje, por alguna razón se le fijó la idea de que él, personalmente, había achatado la tierra en los polos.<sup>[329]</sup>



En Mollwitz, Maupertuis se subió a un árbol para ver la batalla con más claridad, y fue capturado y llevado a Viena. Sólo doce mentes superiores pudieron entender a Maupertuis. Y no estaban seguros.<sup>[330]</sup>

Federico el Grande fue el fundador de lo que antes era la Alemania moderna. Cuando era un anciano tenía la nariz aguileña. Vestía viejos uniformes cubiertos de rapé y decía cosas muy divertidas pero repugnantes a los vecinos.<sup>[331]</sup>

Federico había sido educado con mucha severidad. Su padre esperaba que fuera un buen soldado y resultó ahorrativo y frugal. Se equivocó. La madre de Federico y su institutriz le incitaban a seguir sus gustos por la literatura y la

música. En secreto aprendió latín, se burlaba de la religión, se negaba a montar a caballo o disparar, le gustaba la lengua francesa, la literatura y el vestir, y despreciaba las costumbres alemanas. Y, por supuesto, le gustaba tocar la flauta, que le reconfortaba. Pero no reconfortaba a los demás.

Federico siempre estaba criticando Polonia, o insultando a la Pompadour, a Catalina II o a Elizabeth de Rusia.<sup>[332]</sup>

La cuestión polaca era: ¿Qué cantidad podía cogerse? Federico ideó un plan para dividir Polonia, con un poco de ayuda de Rusia y Austria. María Teresa no quería hacerlo, o sea que sólo se quedó unos ciento sesenta mil kilómetros cuadrados.

Cuanto más rapé tomaba Federico, más memorias escribía. Le gustaba la literatura, pero no tanto como para dejarla en paz y dejar de intentar mejorarla.

Federico el Grande murió en 1786, a la edad de setenta y cuatro años, en soledad salvo por un único criado y sus fieles perros, a los que amaba más que a los seres humanos, porque, como decía, «nunca eran desagradecidos y permanecían leales a sus amigos». Además, no le tenían calado.

V

LA ALEGRE INGLATERRA

\* \* \*

GUILLERMO EL CONQUISTADOR  
ENRIQUE VIII  
ISABEL  
JORGE III



### GUILLERMO EL CONQUISTADOR

Guillermo el Conquistador tuvo algunos antepasados muy interesantes. Descendía de Rollo el Andador, o Rolf el Capataz, o Raúl el Intrépido, un jefe vikingo que conquistó algo de tierra a Carlos el Simple hacia el año 911. Rollo, o Rolf, o Raúl, era rudo y grosero, pero pronto se convirtió en duque de Normandía y entonces ya no importaba.<sup>[333]</sup> Este tataranieta de Rollo fue Roberto el Demonio o Roberto el Magnífico, padre de Guillermo el Conquistador.

Guillermo nació en 1027 o 1028 y pronto dio muestras de futura grandeza.

Era un hombrecillo viril, que siempre peleaba, reñía y pegaba a los otros niños. Tras la muerte de su padre, cerca de Jerusalén, se hizo más independiente y se aficionó a arrancar los ojos a la gente. También esparcía veneno por donde hiciera más falta.

Como duque de Normandía, Guillermo restauró el orden poniendo en vigor la Tregua de Dios, con la que se prohibían los actos de violencia los lunes, martes, jueves y viernes.<sup>[334]</sup>

En una ocasión, cortó las manos y los pies a treinta y dos burgueses que se habían burlado de él. No soportaba que se burlaran de él. Durante esos tiempos tormentosos, Guillermo salvó la vida gracias a Gallet el Necio, o Golet el Idiota.

Luego, Guillermo se enamoró perdidamente de Matilde de Flandes, la hija de Balduino el Gentil, porque era muy rica y descendía de Alfredo el Grande; al menos, eso decía ella.<sup>[335]</sup> O sea que no se puede decir que fuera una cualquiera.

Además, fue la primera mujer que llamó ilegítimo a Guillermo el Conquistador.<sup>[336]</sup> Con ello inició una de las grandes aventuras amorosas de la historia. Parece una manera peculiar de hacerlo, pero el amor en sí es muy peculiar y no le iría mal un poco más de estudio.<sup>[337]</sup>

Matilde dio su famoso golpe cuando Guillermo, a la sazón joven duque de Normandía, pidió su mano en matrimonio. Matilde se hallaba en el mercado matrimonial en busca de esposo, pero decía que moriría antes que casarse con un tal y cual. Como Guillermo era en verdad bastardo, pues era hijo del duque Roberto el Demonio y Herleva, la hija del curtidor de Falaise, esto dolía.<sup>[338]</sup> Guillermo saltó a su caballo, encontró a Matilde en su casa, la derribó, la arrastró cogiéndola por el cabello, le propinó unos latigazos y se alejó a caballo, sin darse cuenta, al parecer, de que todo esto confirmaba lo que Matilde había dicho de él.



Matilde no sintió afecto realmente por Guillermo hasta que él la hubo azotado en Brujas. Luego, decidió que había ido un poquito demasiado lejos y por eso se casó con él y tuvieron cuatro hijos y seis hijas y, además, se divertieron mucho.

El repentino cambio en el corazón de Matilde ha desconcertado a muchos expertos. Ella debía de saber que se casaba con un hombre que le pegaría, pero debía de gustarle esa clase de cosas. También es posible que se casara con él para ajustar cuentas, o quizá le parecía que si iba a darle latigazos de todos modos era mejor estar casada con él. La mayoría de historiadores niega que Guillermo finalmente la matara de una paliza con una brida por dejar parálitica a una de sus queridas. Es sumamente improbable que Guillermo tuviera una querida cuando Matilde murió en 1083, ya que entonces era lo bastante viejo para saber lo que le

convenía.

Guillermo era un hombre de buena figura, alto y esbelto, pero, realmente, no era el tipo de Matilde. Cuando se produjeron los latigazos, ella acababa de perder una discusión con Brihtric, un noble inglés que se hallaba de visita, que había despreciado las insinuaciones de Matilde y regresado a Gloucestershire presa del pánico. Brihtric era uno de esos rubios ingleses, con el pelo tan rubio y la tez tan sonrosada que era conocido como Brihtric Miao o Nieve, o Blanquito, como se le llama hoy en día. Era exactamente lo que Matilde buscaba, y eso le dijo, esperando que él diera un paso, pero lo que él hizo fue coger el siguiente barco. Ella le alcanzó más tarde.

Y otra cosa. Se dice que ya antes de insinuarse a Blanquito, Matilde era madre de dos hijos perfectamente legítimos, Junior y Gundred, con un tal señor Gerbod, un abogado flamenco, y los historiadores están francamente desconcertados respecto a cómo Matilde encontró tiempo para incluirle en su programa y qué se hizo de él. Algunos dicen que murió. Otros creen que hubo un divorcio cuando Matilde aceptó a Guillermo, lo que podría explicar el largo aplazamiento de la boda. Otros encuentran más satisfactorio no creer en la existencia del señor Gerbod, ya que no encaja en el cuadro y no sirve de nada intentar hacerle encajar en la mentalidad de uno si uno no puede.

También hubo problemas con la Iglesia por la consanguinidad, pues Guillermo y Matilde eran una especie de primos.<sup>[339]</sup> Bueno, la boda tuvo lugar en 1053, cuatro años después de que Matilde llamara a Guillermo lo que le había llamado. Durante este período difícil, Guillermo permaneció lealmente junto a su Matilde y se negó a casarse con cualquier otra. La realidad es que la necesitaba para reforzar su posición social. La familia de ella era rica y poderosa, y después estaba aquella rutina de Alfredo el Grande. Guillermo prácticamente debía tener una esposa así. A causa de su origen siempre había sido considerado un miembro de la sociedad de los cafés.

Como probablemente ha oído contar, Guillermo obtuvo su título de Conquistador en 1066, cuando ganó la batalla de Hastings y fue coronado rey de Inglaterra. Matilde fue allí en 1068 para ser coronada, tuvo otro hijo y se volvió a casa.<sup>[340]</sup> ¿Y qué cree que hizo con Brihtric o Blanquito? Bueno, la historia se basa sobre todo en conjeturas, pero parece que ella le despojó de todas sus tierras, ordenó que lo encarcelaran y le hizo asesinar para enseñarle que ya estaba bien. Esto demuestra que el amor es algo maravilloso y que habría que pensárselo dos veces antes de decir que no, por muy tímido que uno sea.<sup>[341]</sup>

La vida hogareña de Guillermo y Matilde al parecer fue bastante feliz, quitando ocasionales peleas y constantes riñas por los niños y quién era el jefe. Matilde era una buena esposa, salvo que siempre se ponía de parte de su hijo rebelde, Roberto Curthose, una verdadera rata, a menos que fuera Guillermo

Rufo, el favorito de su padre. En los últimos años, la relación doméstica de Guillermo y Matilde se acercó más al ideal. Es decir, permanecían tan lejos el uno del otro como era humanamente posible.

Durante un tiempo se creyó que Matilde había bordado el tapiz de Bayeux, una pieza de hilo de más de sesenta metros de largo, en ocho colores de lana con escenas de la conquista normanda, y se convirtió en un personaje histórico famoso en parte debido a este malentendido. Después, se rumoreó que ella no había tenido nada que ver, pero para entonces ya era tan famosa que daba igual.

[342] El tapiz de Bayeux se acepta como una autoridad en muchos detalles de la vida y los puntos delicados de la historia del siglo XI. Por ejemplo, los caballos de aquella época tenían las patas verdes, el cuerpo azul, la crin amarilla y la cabeza roja, mientras que las personas tenían las articulaciones muy flexibles y eran muy diferentes de como en general creemos que son los seres humanos. En el tapiz hay 620 hombres y mujeres y otros 370 animales.[343]

Las personas que afirman que descienden de Guillermo el Bastardo, como hacen muchos por alguna razón, deben de tener a uno de sus hijos en su árbol genealógico. Enrique Beauclerc, o Enrique I, el hijo más joven de Guillermo y Matilde, está en muchos árboles genealógicos. Lo hacía muy bien. Tuvo veinte hijos ilegítimos antes de casarse, y después nadie los contó.[344]

La mayoría de hijas de Guillermo no tuvieron descendencia.[345] Algunos de nuestros mejores creen que desciende de Guillermo a través de su hija Gundred, y está bien si Guillermo tuvo alguna hija con ese nombre.[346] Según ciertos expertos, sin embargo, la Gundred que se casó con Guillermo de Warren, posteriormente conde de Surrey, fue la hija de Matilde y el señor Gerbod, y por lo tanto no tenía relación sanguínea con Guillermo. Si eso es cierto, las personas que he mencionado no son descendientes de Guillermo el Hijo del Amor. No sé cómo lo soportan.



## ENRIQUE VIII

Enrique VIII se casó seis veces y fue llamado el Defensor de la Fe o Vieja Cara de Pudín.<sup>[347]</sup> Le apasionaban los dulces. También comía avutarda asada, marsopas a la barbacoa, conservas de membrillo y carpa hervida.

Enrique VIII o gusta o no gusta. Ha sido muy criticado por decapitar a dos de sus esposas.<sup>[348]</sup> En cierto modo, la culpa sólo es suya. Cualquiera hombre que decapita a dos de sus esposas debe esperar que se hable de él. No debería haberlo hecho, pero ya sabe usted cómo son las cosas. En realidad, Enrique se limitó a

dejar que la ley siguiera su curso, pero algunas personas creen que un esposo verdaderamente considerado habría hecho algo al respecto.

Además, dejó vivir a algunas, pues aquella era la época de la caballería, cuando florecía la caballería.

Enrique VIII tuvo tantas esposas porque su sentido dinástico era muy fuerte cada vez que veía a una dama de honor.<sup>[349]</sup> Las damas de honor se suponía que empleaban su tiempo haciendo labores de aguja, pero pocas de ellas se lo tomaban en serio.

La primera esposa de Enrique fue Catalina de Aragón, que no era muy divertida. Era muy seria y estirada, y siempre remendaba ropa. Su única hija fue María la Sangrienta, que no era nadie de quien alardear... llevaba mitones y sufría dolores de cabeza neurálgicos.

Catalina de Aragón fue una de las mujeres más virtuosas que jamás han existido y no le importaba decirlo. A menudo Enrique le decía que se fuera al infierno, pero ella no entendía el inglés. Raras veces sonreía.<sup>[350]</sup> Más adelante, se volvió contumaz y fue declarada nula *ab initio*. De todos modos, a él le había sido impuesta.<sup>[351]</sup>

Ana Bolena era más joven y más bonita y no era estirada.<sup>[352]</sup> Poseía mucho ingenio y era rápida en replicar. Todo esto está muy bien para un tiempo, pero a la larga casi nunca compensa. Cosa extraña, vestía camisones de satén negro forrados con tafetán negro y endurecidos con bucarán.<sup>[353]</sup> Ana dio a luz a la reina Isabel en 1533 y fue decapitada con un elegante sable de dos mangos.



El profesor Pollard dice de Ana: «Su lugar en la historia inglesa se debe solamente a la circunstancia de que atraía a la parte menos refinada de la naturaleza de Enrique». ¿Lo ve?[354]

El resto de esposas de Enrique VIII fueron corrientes y molientes. Jane Seymour tuvo a Eduardo VI y murió de emoción. Ana de Cleves había sido muy admirada en los Países Bajos, pero en Inglaterra no cayó bien. Por la forma en que se vestía creían que siempre estaba interpretando farsas.[355] Ana de Cleves

no sabía actuar ni cantar como Ana Bolena. Sólo sabía hilar, y nadie le pedía que hilara. Enrique había visto el retrato que le había hecho Holbein. Era una novia de cuadro.<sup>[356]</sup> Cromwell, que había ayudado a concertar la boda, fue decapitado diecinueve días después del divorcio.<sup>[357]</sup> Después del divorcio, se volvió el doble de hermosa, pero aún seguía siendo muy fea. Nunca volvió a casarse. Había quedado harta.

Catalina Howard fue decapitada por cometer alta traición con Francis Dereham y Thomas Culpepper.<sup>[358]</sup> Cuando Enrique se enteró de su traición, prorrumpió en llanto. Supongo que se quedó muy defraudado.

Enrique no les avisaba con antelación. Todo había terminado antes de que se dieran cuenta.

Catalina Parr pasó sin pena ni gloria. Nunca cometió baja traición siquiera.<sup>[359]</sup>

En su juventud, Enrique VIII fue excepcionalmente guapo. A los veintitrés años medía metro ochenta y cinco, y tenía una cintura de ochenta y nueve centímetros. A los cincuenta, su cintura medía ciento treinta y siete centímetros, si es que a esto se le puede llamar cintura. Su butaca simplemente era enorme.<sup>[360]</sup>

Le gustaba mucho el tenis, el salto con pértiga, la lucha y los torneos, y siempre ganaba porque creaba las reglas sobre el terreno.<sup>[361]</sup> Al final, desarrolló una cabeza de atleta.

Como era un Tudor, Enrique se vestía de modo un poco llamativo, prefiriendo el satén blanco, el terciopelo púrpura y un curioso sombrero con una pluma de avestruz que le caía a un lado.<sup>[362]</sup> En las ocasiones especiales, lucía brocado de oro forrado con armiño y bordado con capullos de rosa hechos con piedras preciosas.<sup>[363]</sup> Enrique incluso vestía a sus caballos con tela de oro. El cardenal Wolsey cubría su mula con terciopelo rojo liso, y bastante bueno también.

Enrique asesinó legalmente a más de 72.000 personas, principalmente ladrones. Los arrojaba en agua hirviendo.<sup>[364]</sup>

Algunos historiadores tratan de hacer de Enrique un gran estadista. En lo que a mí respecta, estos caballeros simplemente pierden el tiempo. Para mí, Enrique era imbécil. Debería saber lo que le llamaba Martín Lutero.<sup>[365]</sup>

A Enrique le gustaban la música y el ruido. Una vez se compró un silbato — un enorme silbato de oro, con piedras preciosas grandes como verrugas — y lo llevaba colgado de una gruesa cadena de oro. Lo hacía sonar «casi tan fuerte como una trompeta o un clarinete». También deleitaba a los marinos bajando a los muelles y haciendo que dispararan en su honor.<sup>[366]</sup>

Como marido, Enrique dejaba algo que desear. Pero ¿para qué vamos a

criticar ahora al pobre hombre?

Hay que recordar que Enrique podía hacer totalmente lo que le complaciera. Le gustaba la ginebra «maravillosamente bien».

De entrada, parece muy improbable que Enrique tuviera un tío abuelo llamado Jasper. Pero así era.

A su muerte, Enrique VIII dejó en el palacio de Westminster solamente «quince *regales*, dos clavicordios, treinta y una espinetas, doce violines, cinco guitarras, dos cornetas, veintiséis laúdes, sesenta y dos flautas, once *phiphes*, trece cuernos, trece *dulceriths*, setenta y ocho flautas dulces, diecisiete *halmes* y cinco gaitas». Me pregunto qué fue del silbato.



## ISABEL

La reina Isabel era hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Se parecía a su padre en algunos aspectos, aunque no hizo decapitar a ningún marido. Como no tuvo ningún marido, se vio obligada a decapitar a extraños.

Nunca tuvo intención de decapitar a la reina María de Escocia y el conde de Essex, pero por alguna razón lo hizo.<sup>[367]</sup> La reina María de Escocia era hermosa, pero la reina Isabel en un tiempo no fue tan mala. Muchas personas creen que Isabel siempre fue una vieja con cara de cuchillo y peluca roja. No lo

era. En un tiempo fue una dulce quinceañera bastante atractiva.[368]

Durante parte de su infancia, Isabel fue ilegítima. En 1534, el Parlamento decidió que era traición creer que era ilegítima. En 1536, era traición creer que era legítima. Las señales cambiaron de nuevo en 1543 y de nuevo en 1553. A partir de entonces se pudo creer lo que se quiso.

A la reina Isabel se la llamaba la reina virgen o la buena reina Isabel porque eso es lo que era. Fue la mujer más inteligente de su época y rechazó el matrimonio en nueve idiomas. Le gustaba que se le declararan, pero todos sus hombres tenían algún defecto.

Además, quería que la amaran por sí misma. En aquella época esto no existía.

La reina Isabel tenía un genio rápido porque su equilibrio endocrino estaba alterado. Odiaba a los dentistas, los sermones largos, a Lettice Knollys y a la condesa de Shrewsbury. Le gustaban los regalos, la adulación, bailar, jurar, prevaricar, azuzar perros contra osos, el potaje de achicoria, la cerveza y los Caballerizos Mayores de la reina.

Leicester y Essex eran Caballerizos Mayores de la reina.[369] Essex tenía las piernas muy largas, la cintura esbelta y la cabeza más bien pequeña. Llevaba sombrero del número seis. Era un hombre de Cambridge. Essex creía que podía hacer algo respecto a Irlanda, pero no se puede hacer nada respecto a Irlanda.

Sir Walter Raleigh vestía capa de felpa y era muy educado.[370] Envío una colonia a Carolina del Norte, pero allí la gente era tan espantosa que se marchó.  
[371]

El príncipe Eric de Suecia cortejó a la reina Isabel durante años, pero ella no creía en las aventuras amorosas suecas. No sabía hablar sueco y se negó a aprenderlo.[372] Eric envió sus dieciocho grandes caballos píos, pero fue inútil. Más adelante, Eric se declaró a María reina de Escocia y se casó con Kate, la Chica Chiflada, y no llegó a ninguna parte. Iván el Terrible también se declaró a la reina Isabel.[373]



La reina Isabel fue bastante coqueta toda su vida. Al final desarrolló la mala costumbre de dar puñetazos a las orejas de sus parejas y gritar: « ¡Por Dios, tendré esa cabeza! ». Esto desalentó a algunas de sus parejas más sensibles. [374]

A los súbditos de la reina Isabel se les llamaba isabelinos. No sabían escribir. [375] La mayoría de isabelinos eran armeros, peltreiros, cofreros, fajeros, curtidores y cordeleros.

Los isabelinos exportaban grandes cantidades de lana a Flandes, y nadie sabe qué se hizo de ella. También robaron a los españoles, convirtieron a los paganos y derrotaron a la Armada española para demostrar que ellos tenían razón desde el principio. En 1601 se aprobó la Ley de los Pobres, mediante la cual se consideraba delito que la gente pobre no tuviera un medio visible de ganarse la

vida.[376]

Los principales intereses de Isabel eran la ropa y los regalos de amigos y conocidos.[377] Para la buena reina Isabel de Inglaterra, el día de Año Nuevo era el gran acontecimiento del año, pues había corrido el rumor de que ella esperaba muchos regalos; adivine quién hizo correr el rumor. Siempre recibía muchos obsequios. A Isabel le gustaba recibir joyas en abundancia, para empezar bien el año, pero aceptaba cualquier cosa, en cualquier momento, ya fueran dieciocho caballos de Eric XIV de Suecia, varios camellos de Catalina de Médicis, tres gorros de dormir de su prima encarcelada, María la reina de Escocia, seis pañuelos bordados de una tal señora Huggins o pequeños donativos en metálico de todo quisque.[378] Lo que es más, en una visita al Lord Keeper en 1595, tras haber recibido una gran cantidad de costosos regalos, se llevó « sal, una cuchara y un tenedor, de hermosa ágata ». Sin duda, una de sus bromitas.[379]

Isabel escribió a María la reina de Escocia: « Cuando la gente llega a mi edad, coge todo lo que puede, con las dos manos, y sólo da con el dedo meñique» .[380]

Isabel tenía una constante necesidad de ropa nueva y costosa. De niña nunca tuvo mucha. Cuando tenía casi setenta años, poseía tres mil vestidos y ochenta pelucas de cabello de diferente color.[381]

Cuando le cogió el tranquilo, se apoderaba de todo en lo que podía poner las manos. Llevaba un montón de perlas y, según Horace Walpole, « una amplia gorguera y un miriñaque aún más amplio » .[382]

Era natural, supongo, que con todos los adornos que llevaba algunos se le cayeran por el camino. El 17 de enero de 1568, perdió su primer herrete de oro, en Westminster. En junio, perdió cuatro botones con piedras preciosas. El 17 de noviembre, perdió un tritón de oro. Y el 3 de septiembre de 1574, se le cayó del sombrero un pececito de oro con diamantes incrustados.[383] Con los años, perdió una cuarta parte o así de perlas. Cabe pensar que debería haberlas cosido mejor.

Su ropa era la posesión más preciada de Isabel y, cuando tenía ganas, exhibía algunas prendas. En una ocasión, enseñó a monsieur de Maise, el embajador francés, cómo se abría su vestido por delante.[384] No pudo desabrochar el cuello.

En otra ocasión, enseñó sus medias de seda a Monsieur Beaumont, otro embajador francés.[385] Al parecer, los embajadores franceses inspiraban confianza a la reina Isabel.

Isabel no fue el primer gobernante de Inglaterra que poseía medias de seda. Enrique VIII y Eduardo VI tuvieron algunos pares. Sí fue la primera reina de

Inglaterra que las tuvo.

A la reina Isabel le gustaba rodearse de hombres en la corte; creía que de alguna manera animaban las cosas. Cuando conoció a Essex, en 1587, tenía cincuenta y tres años y él, diecinueve.<sup>[386]</sup>

Otros, además de Leicester, Eric e Iván, fueron Felipe II de España, un quisquilloso; el archiduque Carlos, cuya cabeza era demasiado grande;<sup>[387]</sup> sir Christopher Hatton, abogado, a quien Isabel en una ocasión administró una bebida caliente contra el resfriado;<sup>[388]</sup> y el duque de Alençon y Anjou, que llevaba pendientes y puntillas, y estaba muy apegado a su madre, Catalina de Médicis.<sup>[389]</sup> Después, estuvieron don Juan de Austria, que escribió a Felipe II de España, su medio hermano: «Me sonrojo al escribir esto; pensar en aceptar proposiciones de una mujer cuya vida y ejemplo han proporcionado tanto alimento a las habladoras...».<sup>[390]</sup> El propio don Juan era un hijo del amor.

Isabel dio a Leicester un dormitorio contiguo al suyo.<sup>[391]</sup> El dormitorio real contenía un cuerno de unicornio, un ave del paraíso disecada y a veces al Caballerizo Mayor de la reina.<sup>[392]</sup>

Isabel no era una *gourmet*, pero sabía lo que le gustaba. En una visita realizada a Colchester, disfrutó tanto con las ostras que después se las enviaron a carretadas los Proveedores de la Real Mesa. El día de Año Nuevo, además del botín acostumbrado, a veces recibía regalos comestibles: jengibre verde en conserva, mazapán, tartas de membrillo y quizá algunos pasteles dulces, que le gustaban de forma especial.<sup>[393]</sup>

Para hacerlo bajar, prefería cerveza. Sólo en raras ocasiones tomaba vino con las comidas, y aun mezclado con agua, mitad y mitad. Tenía miedo de perder facultades y dar ventaja a sus oponentes. Su bebida favorita era el aguamiel, sazónada con muchas especias, hierbas y limones.<sup>[394]</sup>

Por pura magnificencia, no se pueden superar los Placeres Principescos de Kenilworth, el entretenimiento ofrecido a la reina Isabel en 1575 por Robert Dudley, conde de Leicester.<sup>[395]</sup> Costaron una fortuna, pero el conde podía permitírselo, pues su invitada de honor, además de anteriores regalos demasiado numerosos para mencionarlos, recientemente le había concedido emolumentos por valor de cincuenta mil libras. En verdad, ésta es la razón por la que celebró la fiesta. (¿Se le ocurre una razón mejor?). Una cosa que tengo fijada en la mente entre los banquetes, mascaradas, perros azuzados contra osos y otros jolgorios es el hecho de que durante los excesos reales las gentes de Kenilworth absorbieron no menos de trescientos veinte toneles grandes de cerveza isabelina. La buena reina Isabel era bastante parca en comida y bebida para la época, pero podía empinar el codo real como el que más. Una vez, tras pronunciar un discurso en

perfecto latín en la Universidad de Cambridge, informó al canciller, en inglés, de que si hubiera habido una mayor provisión de cerveza se habría quedado hasta el viernes.

Isabel murió el 24 de marzo de 1603, a los setenta años de edad, en el año cuarenta y cuatro de su reinado.<sup>[396]</sup> La sucedió Jacobo I. Todo estaba entonces listo para la Conspiración de la Pólvora, el día de Guy Fawkes, la guerra de los Treinta Años, la Versión Autorizada de la Biblia, la colonización de Virginia, los cigarrillos, la radio, la prueba con los ojos vendados y los mayordomos silenciosos.



### JORGE III

Jorge III fue rey de Inglaterra durante la revolución americana. Naturalmente, ganaron los americanos. Los ingleses tenían mucha munición y peleaban muy bien. Sólo que se equivocaron al elegir a la gente, eso es todo.<sup>[397]</sup>

Como su nombre indica, Jorge III fue el tercero de los Jorges, de los que hubo cuatro desde 1714 hasta 1830, con un promedio de uno cada veintinueve años. Al parecer nadie se dio cuenta de que era una cantidad espantosa de Jorges.

El problema de tener tantos Jorges es que tienden a confundirse y a ser

conocidos vagamente como los cuatro Jorges, o como cualquier anciano con peluca. Cómo distinguir a los Jorges es un problema.[398]

Bueno, Jorge I fue el que no sabía hablar inglés y no lo intentó. Era Elector de Hanover, un lugar de Alemania, pero se le consideraba heredero al trono porque era descendiente de María, la reina de Escocia. Fueron a buscarle por intereses comerciales y reinó hasta 1727 sin la menor noción de lo que nadie decía.

Durante ese tiempo, no hubo reina de Inglaterra. Jorge I mantuvo a su esposa en prisión porque creía que no era mejor que él.[399]

Aunque Jorge I era extremadamente soso, sus súbditos se conformaron. Les parecía que, al fin y al cabo, estaban empezando todos los Jorges y tal vez los siguientes fueran diferentes.

Sin embargo, Jorge II fue prácticamente igual, salvo que era más menudo y más ruidoso y tenía la cara más enrojecida. Cuando estaba agitado o enfadado, arrojaba la peluca al otro extremo de la habitación y daba puntapiés a la pared.[400]

También era un hombre valiente. No tenía ningún miedo al príncipe Carlos ni a ninguno de los siete caballeros que se había traído para levantar el Norte y recuperar el trono que por derecho le pertenecía. Cuando el joven pretendiente se hallaba en Derby en el 45 y los cortesanos palidecieron de alarma, Jorge II se limitó a exclamar: «¡Bah! ¡No me contéis esas cosas!», y se comió una suculenta cena a base de *Schweinskopfy Specksuppe*.

Personalmente, estoy a favor del príncipe Carlos y no me importa quién se entere. Sólo que él bebía y tenía una manera desconcertante de empolvar su peluca durante los momentos menos propicios de la batalla.

Jorge II también metió a su país en varias guerras, incluida la guerra de la Oreja de Jenkins, provocada por el rumor de que un español llamado Fandino había cortado la oreja al capitán Jenkins.[401] Después hubo dudas sobre si el capitán Jenkins no había perdido su oreja en la picota, pero entretanto los ingleses capturaron un galeón español que valía diez millones de libras, así que todo acabó felizmente.

Carolina de Anspach fue una esposa modelo para Jorge II. Aunque atormentada por la gota, sumergía los pies en agua fría, se obligaba a sonreír y salía a pasear con él. Le amaba.[402]

Jorge III era nieto de Jorge II. Inició su reinado en 1760 y al año siguiente se casó con la princesa Carlota de Mecklenburg-Strelitz, respecto a la que se cuenta una historia. «¿Quién aceptará a una pobre princesita como yo?», murmuró un día, y en aquel instante apareció el cartero con una proposición de Jorge, quien no aceptaría un no por respuesta.

Así que la pobre princesita saltó de alegría y tuvo algunos bonitos vestidos nuevos y zarpó hacia Inglaterra en el yate real y se casó con el rey y pasó los

siguientes sesenta años dándole vueltas al asunto. Se dice que Jorge se estremeció cuando vio a su novia. [403]

Tuvieron quince hijos, a los que se bañaba, siguiendo órdenes estrictas de la reina Carlota, en lunes alternos. Los historiadores han discutido amargamente sobre la prudencia o imprudencia de semejante programa doméstico. ¿No habría sido mejor —preguntan algunos— bañar a un niño a diario durante catorce días consecutivos y al niño sobrante cada dos sábados? ¿O en grupos de cinco los lunes, viernes y el siguiente martes? Estas cuestiones son bastante inútiles. El objetivo principal se cumplía, ¿verdad? [404]



A Jorge III le gustaban mucho los niños, en especial los de los demás, como demuestra el episodio del hijo del alabardero de la Torre de Londres, al que un día, el rey, al encontrarse con él, le preguntó dándole una palmadita cariñosa en la cabeza: « ¿De quién eres hijo? ». « Señor —respondió el chiquillo—, soy el hijo del alabardero de la Torre de Londres ». « Entonces, arrodíllate y besa la mano a la reina », dijo el rey, a lo que el hijo del alabardero replicó: « No, no lo haré, porque si lo hago me estropearé los calzones nuevos ».

La coronación de Jorge III, en Westminster Hall, fue de lo más inusual. La reina tenía dolor de muelas y neuralgia y se encontraba indispuesta. Después,

todo empezó tarde. Se olvidaron de poner las sillas ceremoniales para el rey y la reina, y también la espada ceremonial.

Cuando el rey se quejó, lord Effingham, el Conde-Mariscal, dijo que era cierto que había existido una gran negligencia, pero que ya que habían tenido cuidado de tomar nota de las instrucciones para que la siguiente coronación se llevara a cabo en el mayor orden imaginable.

El rey se sintió tan adulado por aquel discurso que pidió al conde que se lo repitiera varias veces.[405]

Lord Talbot, el camarero, había entrenado a su caballo para caminar hacia atrás con el fin de retirarse correctamente de la presencia real. Pero cuando el animal entró en la sala, recordó su lección, se dio la vuelta y recorrió así toda la distancia hasta la mesa donde se encontraba el rey.[406]

En general, todo salió mal.

A Jorge no le gustaba mucho viajar. Pero en 1789 fue a Weymouth, un enclave costero. Allí, un anciano, abrumado por la presencia del rey, besó la espalda real cuando el rey salía del agua y fue informado por los ayudantes reales de que había cometido un acto de alta traición.

En otra ocasión fue a Portsmouth, a inspeccionar un buque de guerra. Dijo que estaba bien y regresó a casa.

Durante parte de su reinado, Jorge III tuvo como Primer Ministro a William Pitt el Joven.[407] Lady Hester Stanhope, que podía responder del amor de Pitt por las damas, era un serio travestido. Fue adoptada por Pitt, su tío, y presidía su mesa «con brillantez». Ella y Pitt tenían la costumbre de estar a punto de casarse. En una ocasión, ella perdió toda su ropa en un naufragio y se puso un traje masculino turco, que le gustó tanto que lo convirtió en parte de su vestuario. «Aunque no parece que haya razón para suponer que fuera sexualmente invertida», a veces se vestía como jefe albano, soldado sirio, beduino o hijo de pachá. Muy interesante.[408]

El reinado de Jorge III fue el principio de la edad de la máquina. Stephenson inventó la locomotora, Watt la máquina de vapor y Hargreaves produjo su máquina para hilar. El doctor Johnson iba fuerte y Adam Smith peroraba sobre el *laissez faire*. [409] Y los *Whigs* y los *Tories* estaban a la greña.[410]

Jorge dijo en una ocasión que las guerras eran inútiles. Las noticias procedentes de América no parecían preocuparle mucho. Cuando se enteró de la rendición de Cornwallis en Yorktown, Jorge comentó: «No es nada». Pero Lord North, su Primer Ministro en aquella época, dimitió.[411]

A veces, Jorge olvidaba a qué se debía tanto alboroto. Al parecer, los colonizadores tenían que «pagar impuestos para los que nunca se les había pedido su consentimiento».[412]

Jorge III en ocasiones actuaba de un modo extraño, igual que los otros Jorges. Quizá lo que más crispaba los nervios respecto a Jorge III era su costumbre de balbucear « Qué, qué, qué» con frecuencia, a propósito de nada en particular, al menos nadie se enteraba. Utilizaba este « qué, qué, qué» solo o combinado con el asunto en cuestión: « Así que son las cinco, qué, qué, qué» o posiblemente: « Qué, qué, qué, así que son las cinco» .

A menudo se le oía murmurar: « Qué, qué, qué» mientras se preguntaba cómo había ido a parar la manzana a la bola de masa hervida. En los últimos años de su vida, se lo preguntaba con demasiada frecuencia.<sup>[413]</sup>

Por pura y absoluta mezquindad, Jorge IV es el hombre. Su esposa, Carolina de Brunswick, era insultada en cada ocasión que se presentaba y, finalmente, fue juzgada por un cargo de adulterio, basándose en unos fundamentos muy débiles.

Es una larga historia, pero, tras la coronación, Jorge IV fue a la abadía de Westminster en su carruaje y la reina le siguió en otro, con las cortinillas corridas. El rey por fin bajó de su carruaje y entró en la abadía. La reina bajó del suyo y se dirigió hacia la verja, pero los barrotes de hierro le fueron cerrados ante las narices. Murió tres semanas después, sin ser coronada.<sup>[414]</sup>

**VI**

**VAMOS PROGRESANDO**

**\* \* \***

**LEIF ELA FORTUNADO  
CRISTÓBAL COLÓN  
MOCTEZUMA  
CAPITÁN JOHN SMITH  
MILES STANDISH**



### LEIF ELA FORTUNADO

Leif Ericsson, o Leif el Afortunado, era hijo de Eric Thorvaldsson, o Eric el Rojo, un corpulento y alegre noruego que en sus ratos libres salía a matar a los vecinos. Debido a esta mala costumbre, Eric fue desterrado de Noruega, y entonces se trasladó a Islandia, donde creía que los vecinos serían menos quisquillosos.

En Islandia, Eric se casó con Thorhild la Robusta, hija de Jorund Atlisson y Thorbjorg Pecho de Barco, y tuvieron tres hijos llamados Leif Ericsson, Thorvald Ericsson y Thorstein Ericsson. A Eric le gustaba la vida hogareña, pero un día se soltó y asesinó a Eyjolf el Loco y a unos cuantos más, y fue desterrado

de Islandia. Y vuelta a empezar.<sup>[415]</sup>

Su siguiente parada fue Groenlandia, donde adquirió un poco más de compostura e inventó una nueva manera de molestar a los demás. Regresó a Islandia y dijo que Groenlandia era un lugar perfecto para vivir, y muchos le creyeron, porque siempre hay gente así.

En el año 985, varios centenares de hombres le siguieron a Groenlandia con sus esposas y nunca más se supo de ellos. Todos vivían en pequeñas chozas de piedra exactamente iguales y jamás se divertían y, por lo tanto, se les consideraba civilizados.

Después, Eric se volvió más respetable, porque compensaba.<sup>[416]</sup> También había aprendido que no sirve de nada asesinar a la gente; siempre quedan muchos, y si intentaras asesinarles a todos, no harías nada más.

Para entonces, Leif Ericsson era lo bastante viejo para descubrir cosas. Era alto y apuesto, del tipo vikingo, y las chicas se habían fijado en él y él tenía que seguir moviéndose. Así que compró un barco a Bjarni Herjulfsson y se hizo a la mar, y descubrió América unos quinientos años antes que Colón oyera hablar de ese lugar.<sup>[417]</sup>

Cuando Leif llegó a la costa de Canadá, bajó a tierra, examinó el terreno y comentó: « ¡Vamos muchachos, marchémonos de aquí!» . Es una de las grandes frases de la historia.<sup>[418]</sup>

Después fueron a cabo Cod, donde encontraron arces y trigo. Un día, un viejo alemán llamado Tyrker encontró unas viñas y uvas. Volvió al campamento riendo y poniendo los ojos en blanco, y siguió riendo como si acabara de pensar en un chiste divertidísimo, y hasta el día de hoy nadie sabe qué era lo que le parecía tan gracioso.

Así que todos comieron muchas uvas y el viejo Tyrker fue llamado Tyrker el Encuentrauvas, y el país se llamó Vinland, o Wineland la Buena, o Tierra de Viñas. Algunos dicen que el arce era abedul, el trigo arroz silvestre y las uvas arándanos.<sup>[419]</sup>

Aquel invierno, Leif y sus hombres se lo pasaron muy bien yendo por la bahía Buzzards y Nantucket y Martha's Vineyard y cala Menemsha y lugares así. Y una vez zarparon hacia la desembocadura del Hudson y exploraron una isla que había allí y Leif comentó que estaba bien para visitarla, pero que no viviría allí aunque se la regalaran.

De camino a casa pararon en Boston y encontraron algunas verduras extrañas y unas cuantas nueces. Llegaron a Groenlandia en la fecha prevista, y nadie pensó mucho en todo aquello.

La vida amorosa de Leif fue bastante limitada. Que sepamos, sólo se enamoró una vez, en las Hébridas, adonde había ido a parar por accidente en una tormenta. Ella se llamaba Thorgunna, y sus padres resultaron ser una de las

primeras familias de las islas. Esto asustó a Leif, y cuando ella sugirió que quería irse con él, le preguntó qué pensaría su familia. Ella respondió que le importaba un comino.[420]

Entonces ella le habló del hijo que iba a nacer al cabo de poco tiempo, y Leif cambió sus planes de partida.[421] Al día siguiente, Leif se paró a ver a Thorgunna, le regaló un anillo de oro, una capa y un cinturón de dientes de morsa para que se acordara de él y le dijo que le enviara el niño a Groenlandia. El hijo se llamó Thorgils, y « hubo algo extraño en él durante toda su vida» .[422]

Leif tenía otros dos parientes que también eran un poco insólitos. A su cuñada, Gudrid, algunos historiadores la han llamado « con mucho la mujer más interesante de la saga de Vineland» . Tenía tantos sables que no sabía qué hacer con ellos.[423] También quería pasar el verano en Martha's Vineyard.

Tras insistir ante su marido durante algún tiempo, al final lo hizo, en una de las últimas expediciones vikingas. Su hijo, Snorri, fue el primer niño blanco nacido en América, digan lo que digan los seguidores de Virginia Daré.

Después estaba la medio hermana de Leif, Freydis, que era traidora y ambiciosa. Ella no quería pieles de gato, como Gudrid; ella quería dinero.[424]



En un viaje vikingo a América para recoger leña, Freydis creó tan mal ambiente a bordo que los pasajeros empezaron a matarse unos a otros. Para ayudar, la propia Freydis mató a cinco mujeres.<sup>[425]</sup>

En las últimas expediciones, los escandinavos tuvieron muchos problemas con los indios, a los que llamaban Skraelings. Cuando los escandinavos no sabían cómo llamar a alguien, lo llamaban Skraeling.<sup>[426]</sup>

Al poco tiempo, los escandinavos se marcharon de América, que entonces

quedó lista para que la descubriera Cristóbal Colón.



## CRISTÓBAL COLÓN

Cristóbal Colón nació el 12 de octubre de 1452, en el 27 de la calle Ponticello de Génova. Era el hijo mayor de Domenico Colombo, que era cardador, y su esposa, Susana Fontanarossa, que también tenía otros cuatro hijos llamados Bartolomeo, Giovanni, Giacomo y Bianchinetta. Bianchinetta se casó con un tratante en quesos llamado Giacomo Bavarello y fue de mal en peor.

En realidad, nadie sabe nada del nacimiento de Colón, pero ésta es la idea general. El propio Colón dijo que había nacido en Génova, pero los historiadores

creen que es demasiado sencillo. Debía de ocultar algo.<sup>[427]</sup> Colón escribió muchas falsedades respecto a su juventud, para confundir a los historiadores.

Cristóbal era un joven muy ambicioso. No veía ningún futuro en lo de cardar la lana, así que decidió irse de casa y descubrir algo.<sup>[428]</sup>

Mientras se preguntaba qué podía descubrir, estudió astronomía, geometría y cosmografía, y al parecer las mezcló un poco. Creía que se podía llegar a Oriente yendo hacia el oeste. Esto es cierto, si no te pasas. Puedes llegar a Long Island City tomando el ferry que va a Weehawken, pero nadie lo hace a propósito.

Colón también creía que el mundo era redondo, como una naranja. Esta opinión se basaba en las obras de Aristóteles, Plinio el Mayor y Roger Bacon.<sup>[429]</sup> Resultó que tenía razón, y ahora se da por sentado salvo en algunas partes del Bronx.<sup>[430]</sup>

Los sabios estaban seguros de que la tierra era redonda, pero no habían hecho nada al respecto. Algunos creían que el océano hacía pendiente. Les preocupaba el viaje de regreso, cuesta arriba.<sup>[431]</sup> El doctor Paolo Toscanelli, de Florencia, cuando le preguntaron si se podía llegar a India yendo hacia el oeste, declaró: « Todo depende ».<sup>[432]</sup>

En aquella época, existía una loca pasión por las especias que venían de las Indias Orientales, y nadie las conseguía porque los turcos habían arrebatado Constantinopla a alguien. En aquella época, la gente prácticamente vivía de pimienta, jengibre, canela y clavo. También había muchos fanáticos de la nuez moscada.

Además de todo esto, Colón decidió descubrir una nueva ruta a Asia cruzando el Atlántico. Era exactamente la clase de cosa que él haría.

Fernando e Isabel, por supuesto, eran las mejores personas a las que podía ir a ver para estas cosas. Fernando era muy tacaño y nada agradable, pero Isabel era otra cosa. Ella habría empeñado sus joyas si le caías bien.

Fernando e Isabel hicieron esperar a Colón siete años, ya que estaban ocupados matando moros, persiguiendo a los judíos y quemando a españoles que no estaban de acuerdo con ellos.<sup>[433]</sup>

Colón también era bastante molesto, pues exigía el 10 por 100 de los beneficios antes de salir a descubrir nada. Se sentaba ante el convento de La Rábida con cara de malhumor y diciendo que nadie le quería.

Finalmente, el viernes 3 de agosto de 1492, Colón y otros ochenta y siete zarparon a bordo de la Santa María, la Pinta y la Niña. Entre los presentes se encontraba un irlandés llamado Will, un inglés llamado Arthur Larkins y un grumete de nombre Pedro de Acevedo, que pronto se hizo famoso por llevar la Santa María contra un banco de arena y hacerla zozobrar, una noche, mientras

Colón dormía.

Como ejemplo de la eficiencia con la que la expedición fue planeada, Luis de Torres, que sabía hebreo, latín, griego, árabe, copto y armenio, iba a hacer las veces de intérprete ante el Gran Khan, que hablaba chino.

El 17 de septiembre, los viajeros cogieron un cangrejo vivo. El 19, subió a bordo un pelicano. El 20, vieron alcatraces.<sup>[434]</sup> El 21, avistaron una ballena.

Luego, el 12 de octubre de 1492, llegaron a una isla que creyeron era Guanahani, porque los habitantes gritaban: « ¡Guanahani! ». Así que Colón la llamó San Salvador, que posteriormente se convirtió en Watlings Island, o Cat Island, o Great Turk Island, o puede que hubiera otras islas.<sup>[435]</sup>

Luego, Colón descubrió otros muchos lugares, pero no los mejores, y les dio nombres equivocados.<sup>[436]</sup> Él creía que estaba en las Indias Orientales, pero estaba en las Indias Occidentales. Esto es lo que ocurre cuando vas hacia el oeste para ir al este. Colón murió sin saber lo que había hecho.

Colón fue tratado vergonzosamente. Pero ahora que no está, es absolutamente maravilloso. Era de primera, por eso casi todo el mundo le odiaba.

Aparte de todo lo demás, Colón era sentimental. Cuando regresó a España, habló a Isabel de las hermosas aves y animales, y de la extraña vida vegetal que había visto allí. Ella le interrumpió para preguntarle: « ¿Y el oro? » .

En su cuarto viaje, Colón navegó por la costa de América Central tratando de encontrar la desembocadura del río Ganges. No estaba allí. Cuando se hallaba cerca de Honduras, Colón tuvo su oportunidad suprema. Pero la perdió. Apareció una canoa llena de indios. Si les hubiera seguido, habría descubierto Yucatán. Pero en lugar de proseguir hacia el oeste, detrás de la canoa, giró al este.<sup>[437]</sup>

Los salvajes de las islas que Colón visitó lucían anillos de oro y pendientes. Cuando les preguntó por el oro, ellos señalaron hacia el sur, pero al parecer él no captó la idea.<sup>[438]</sup>

Colón trajo batatas, raíces de ñame, pimienta de Jamaica, raíz de yuca, plátanos, llantén, algodón, tabaco, resina de masilla, áloes, frutos del mangle, cocos, calabazas, aceite de palma, un perro americano, una especie de conejo llamado ulia, lagartos, aves disecadas, un cocodrilo disecado y seis indios.<sup>[439]</sup>



Poco después del regreso de Colón y sus hombres, apareció la sífilis en toda Europa.

En 1519, Magallanes demostró que Colón tenía razón en lo de la forma de la tierra. Por fin la gente supo lo que se llevaba entre manos.

Por supuesto, Colón creía que América no existía. Américo Vesputio, florentino, escribió un relato de sus viajes americanos que fue traducido al alemán y en Alemania se convirtió en un éxito de ventas. Vesputio daba la impresión de ser un pez gordo. Estoy seguro de que ésta no era su intención. [440] De todos modos, Waldseemüller, que era aún más bruto, leyó el libro y puso al Nuevo Mundo el nombre de Américo.

En Ciudad Trujillo creen que tienen los restos de Colón. También lo creen en Génova y Sevilla.

Por cierto, Isabel no empeñó sus joyas para enviar allí a Colón. Se pidió prestado el dinero a Fernando.



## MOCTEZUMA

Moctezuma II era Emperador de los aztecas, y los aztecas eran indios que vivían en Tenochtitlán, o Ciudad de México. No, no eran lo mismo que los incas. Tenían sus defectos, pero no eran incas.<sup>[441]</sup>

Y los mayas también eran otra cosa. Vivían en Yucatán, Tabasco y Guatemala, y hacían esculturas para ponerlas en los museos.

Se cree que los toltecas, que estaban antes que los aztecas, alcanzaron a un alto nivel de civilización. Esta creencia se basa en la teoría de que si se retrocede

lo suficiente se encuentra a gente realmente civilizada. Pero cuando se intenta, se encuentran las cosas más o menos como de costumbre.<sup>[442]</sup>

Los toltecas inventaron el calendario azteca, mediante el cual todo el mundo perdía una gran cantidad de tiempo. Sólo había cinco días por semana y veinte días por mes, y ya ve qué resultados dio eso. Los aztecas fueron añadiendo días al calendario con la esperanza de que les salieran los números y, al final de cada ciclo de cincuenta y dos años, prácticamente estaban hechos polvo.

Los días se llamaban Eecatl, Coatí, Mazad, Atl, etcétera, y los meses Atlcoualco, Etzalqualiztli, y Hueitacuhilhuitl, lo cual no lo hacía más fácil de soportar. Por fortuna, los aztecas fueron conquistados antes de que las cosas llegaran demasiado lejos.<sup>[443]</sup>

Y esto nos lleva a Quetzalcoatl, o Eecatl.<sup>[444]</sup> Quetzalcoatl era un mito solar con la piel blanca y abundante barba que había abandonado el país mucho tiempo atrás por un problema con Tezcatlipoca, o Yoalliehecatl,<sup>[445]</sup> otro mito solar. Pero había prometido regresar en el año I Acatl y volver a empezar en el punto donde lo había dejado.<sup>[446]</sup>

Bueno, un día del año I Acatl, cuando Moctezuma estaba sentado en su trono en el palacio de Chapultepec, luciendo un tocado hecho de largas plumas verdes del ave quetzal, o trogón del paraíso, aligeradas con algunas plumas de vivo color rojo del tlauquechol, o cuchareta rosácea, mirando fijamente con melancolía a treinta o cuarenta de sus hijos, que estaban en un rincón jugando con judías saltadoras, y preguntándose si valía la pena ser emperador de los aztecas cuando lo único que conseguías eran judías saltadoras... ¿dónde estábamos?<sup>[447]</sup>

Bueno, alguien entró precipitadamente y le dijo que un extraño de piel clara y barba se acercaba a Ciudad de México. Y, naturalmente, Moctezuma pensó que podría ser Quetzalcoatl. Y luego pensó que no. Moctezuma tenía una naturaleza débil y vacilante. Nunca sabía qué hacer a continuación.<sup>[448]</sup>

Así que envió al extranjero unos bordados con plumas y le dijo que se marchara. Luego, envió más bordados con plumas y le dijo que se presentara ante él.

Y, claro está, no era Quetzalcoatl. Era Hernán Cortés, con un ejército de españoles, tlascaltecas y caballos y una dama mexicana llamada Marina, que hacía de secretaria confidencial.

Cortés había oído decir que Moctezuma tenía una cámara del tesoro secreta llena de oro y joyas por valor de millones y millones de pesos, y había venido desde Cuba sólo para hacer una visita amistosa a Moctezuma y felicitarle por ser tan rico y recordarle que un corazón bondadoso es más que una corona. No tenía la menor intención de robar el oro y las joyas y llevárselos a La Habana. Qué le parece.

Cortés llegó a Ciudad de México el 8 de noviembre de 1519, o I Acatl. Moctezuma le regaló algunas plumas y le dijo que se alegraba de verle por las relaciones cordiales que siempre habían existido entre ambas naciones. Como Cortés parecía estar buscando algo en el palacio, Moctezuma le dio cinco esmeraldas de imitación y un collar hecho con caparzones de cangrejo de río. [449] Así que Cortés arrestó a Moctezuma y le retuvo prisionero hasta que le ofreció parte del tesoro.

Moctezuma había sido descrito como un «compañero absolutamente agradable». [450] Una vez al día, en general por la tarde, se ponía una sencilla túnica de sacerdote azteca y ofrecía un sacrificio a Mexitl, dios de la guerra, que solía consistir en diez esclavos. Era su pasatiempo favorito. [451]

Moctezuma tenía gustos sencillos. Le gustaba beber chocolate y comer perro estofado y mazorcas. [452] Siempre comía solo, detrás de un biombo. Al otro lado permanecían los nobles y escuchaban.

Los aztecas estaban muy dolidos, porque Moctezuma no tenía derecho a dar el tesoro nacional a cualquier hijo de vecino que lo quisiera. Así que Moctezuma apareció en el tejado de palacio y les dijo que México definitivamente estaba mejorando y que a partir de entonces todo iría bien si se lo dejaban a él.

Y uno de los aztecas cogió una piedra grande y dio con ella a Moctezuma en la cabeza, y éste fue el fin de Moctezuma II.

Poco queda por decir. Cortés y sus hombres perdieron casi todo el oro cuando se marchaban y los que sobrevivieron cayeron con la fiebre biliosa. [453] Luego regresaron y derrotaron a los aztecas, pero lo único que encontraron fueron más plumas.

Antes de atacar a los indios, Cortés leyó una larga proclamación en español, explicando los puntos más sutiles de la ley. Cuando llevaban una hora allí de pie, los indios empezaron a lanzar palos, piedras y barro a Cortés y a hacer sonar conchas marinas. Los indios no entendían muy bien el idioma español. Cortés entonces gritó: « ¡Arriba Santiago y a por ellos!» .

Cuando Cortés regresó a España, trajo artesanía hecha con plumas, la vainilla, loros, garzas, jaguares, enanos y albinos. También trajo cuatro indios para Carlos V, que no supo qué hacer con ellos. A cambio, Cortés fue nombrado marqués y le dieron una doceava parte de todos sus futuros descubrimientos. [454]



En el México azteca, las cosas que no podían expresarse con dibujos no se expresaban de ninguna manera. Aun así, costaba entender el significado. Por ejemplo, un hombre sentado en el suelo indicaba un terremoto. Bueno, para ellos estaba claro.

Algunas cosas en azteca se llamaban simplemente coatl, y otras tan sólo atl. También hubo un joven llamado Tlalpatcatlopuchtzin. Esto fue la gota que colmó el vaso.



### ELCAPITÁN JOHN SMITH

No hace mucho tiempo, hubo un chiquillo llamado John Smith. Era un chiquillo de talla media, ni muy bueno ni muy malo, salvo cuando no podía salirse con la suya. Era el orgullo y la alegría de sus padres, el señor y la señora John Smith, de Willoughby, en Lincolnshire.

El pequeño John no pensaba nada de todo esto hasta que descubrió que la mayoría de los demás niños también se llamaban John Smith. Al hacerse mayor, conoció a más John Smiths y parecía que prácticamente todo el mundo se llamaba John Smith. Decidió que haría algo especial para que la gente le

distinguiera de los demás.<sup>[455]</sup>

De modo que John trazó un plan y trabajó en él durante años y años y, por fin, se convirtió en el único John Smith cuya vida fue salvada por Pocahontas.

En aquella época, por supuesto, John ni siquiera conocía a Pocahontas. Así que se fue a Transilvania y peleó contra los turcos y se convirtió en el capitán John Smith. Su especialidad era cortar la cabeza de los turcos y una vez cortó tres seguidas, para contarlos.<sup>[456]</sup> Luego, fue capturado, vendido como esclavo y enviado a Constantinopla como regalo a una dama llamada Tragabigzanda.

Tragabigzanda era muy buena con John, que a la sazón tenía veintidós años. Le regaló unas golosinas turcas y un poco de ropa nueva y le dijo que se pusiera cómodo. John le devolvía su bondad contándole historias de su temeraria carrera. Al poco tiempo, ella lo regaló a otro.

Tragabigzanda era una muchacha corpulenta. Posteriormente, el capitán Smith bautizó con su nombre una parte de Massachusetts.<sup>[457]</sup>

Bueno, lo siguiente que se sabe de John es que escapó a Inglaterra, donde se estaban preparando para colonizar Virginia. Iban a llevar la civilización a los indios y traerse a casa todo lo que pudieran coger. Desde luego, Virginia pertenecía a los indios, pero no pasaba nada, porque los indios sólo son indios.<sup>[458]</sup>

El capitán Smith llegó a Virginia el 26 de abril de 1607, con varios caballeros ingleses y algunas personas que estaban dispuestas a trabajar. Luego, todos celebraron una reunión para hablar de los medios y maneras de civilizar a todo el mundo. Dieron grandes discursos y se acusaban unos a otros de diversos crímenes y fechorías, y arrestaron a algunos como lección, y por fin dio comienzo la historia americana.

El capitán Smith estaba listo ya para distinguirse de todos los demás Smiths. Un día, mientras trataba de encontrar el nacimiento del Chickahominy, fue capturado por Opechancanough, jefe de los pamunkeys, y fue llevado ante Gran Powhatan,<sup>[459]</sup> jefe de los powhatans, que vivían en Werowocomoco, y muy famoso por tener una hermosa hija llamada Pocahontas.<sup>[460]</sup> También tenía un hijo llamado Pequeño Powhatan.

Powhatan no deseaba ser civilizado, de modo que colocaron a John sobre una enorme piedra y dos fornidos indios estaban a punto de aplastarle los sesos cuando una hermosa doncella india se precipitó sobre él y le salvó la vida. ¿Y quién supone que era?<sup>[461]</sup>

Todos los implicados se alegraron mucho, en especial el capitán Smith. Para mí, la historia americana no habría sido la misma sin ellos.

El capitán Smith debería haberse declarado a Pocahontas, pero no lo hizo, y ella tuvo que casarse con John Rolfe. El capitán Smith no se casó nunca.<sup>[462]</sup>

William Phettiplace dijo, en 1612, que Smith nunca había amado a Pocahontas. Los Phettiplace no eran muy románticos.

Antes de la llegada de John Smith no había ocurrido nada en Virginia excepto Virginia Dare, la primera niña blanca nacida en Virginia.

Antes de que llegaran los ingleses, los indios se sentaban en casa y contaban historias y leyendas indias. Plantaban maíz y judías juntos, en pequeños jardines justo detrás de sus tipis. Las judías se enroscaban en los tallos del maíz y los indios obtenían *succotash* o guiso de maíz con judías.



Tras una gran escena con Pocahontas, Smith regresó a Inglaterra en diciembre de 1609.<sup>[463]</sup> En 1614, fue a Nueva Inglaterra, a pescar. Al menos, dijo que iba para eso.<sup>[464]</sup>

En 1612, John Rolfe se convirtió en el primer plantador de tabaco de Virginia.<sup>[465]</sup> Dos años más tarde, él y Pocahontas se casaron, con la plena aprobación de Powhatan. En 1616, viajaron a Inglaterra. A ella le habían dicho que Smith

había muerto y no le reconoció cuando le vio en Inglaterra por primera vez.

Pocahontas tenía a la sazón veintiún años y fue recibida por el rey y la reina. Hablaba inglés, fue bautizada, fue llamada lady Rebecca Rolfe y tuvo un hijo, Thomas.<sup>[466]</sup>

El objetivo de John Smith en la vida era descubrir ríos y hacer mapas. No tenía tiempo para el amor; le interesaba más la expansión colonial.<sup>[467]</sup>

Pero no olvidó nunca a Pocahontas. En 1624, escribió de ella: « Se expuso a que le reventaran los sesos para salvar los míos» .

Pocahontas no dejó de salvar a gente. En una ocasión salvó la vida a Henry Spelman, un tipo muy prometedor, hijo de sir Henry Spelman.

Poco después, Powhatan envió a uno de sus hombres, Uttamatomakin,<sup>[468]</sup> a Inglaterra para averiguar dónde se hallaba Smith, y para contar cuántas personas había en aquel país. Cuando Tomocomo llegó a Plymouth, cogió un palo largo y se puso a cortar un trocito por cada persona que veía. Dejó de hacerlo cuando llegó a Londres.



### MILES STANDISH

El capitán Miles Standish llegó a bordo del Mayflower con un cargamento de antepasados, fuentes de peltre y otras antigüedades. Los pasajeros del Mayflower fueron denominados Padres Peregrinos porque iban a tener muchísimos descendientes y fundar Nueva Inglaterra y ser el origen de miles de poemas y de las oraciones del Cuatro de Julio. Estas cosas las hacían muy bien.

Los Padres Peregrinos habían vivido en tiempos en la pequeña aldea inglesa de Scrooby, en Nottinghamshire, y no se les puede reprochar que se marcharan. Creían en la libertad de pensamiento para ellos y para todas las demás personas que creían exactamente lo mismo que ellos. Pero el rey Jacobo I no lo permitía y a veces les arrestaba por ser tan espantosamente buenos.<sup>[469]</sup>

Jacobo I fue un rey horrible que se derramaba cosas sobre el chaleco y

nunca se lavaba las manos. No se parecía en nada a su madre, María, la reina de Escocia.

Así que, en 1607, todos huyeron a Holanda y pensaban lo que querían y fueron muy buenos hasta 1620. En Holanda, se podía ser tan bueno como uno quisiera sin que le arrestaran, porque los holandeses creían que se debía ser bueno con todo el mundo salvo con los españoles.

En esa época, algunos hijos de los Peregrinos se habían hecho mayores y casado con valones. Nadie sabe muy bien qué son los valones, pero al parecer estaban bien; al menos, los jóvenes Peregrinos lo creían así. Sin embargo, para el viejo Brewster y los Peregrinos de más edad los valones eran valones. De modo que decidieron trasladarse a América, donde dispondría de más espacio en el que ser buenos.<sup>[470]</sup>

Si los Peregrinos buscaban la libertad de conciencia, llegaron al lugar indicado. En América, la conciencia de todo el mundo es inusualmente libre.<sup>[471]</sup>

Bueno, el Mayflower llegó al puerto de Provincetown el 21 de noviembre de 1620, y llegaron a Plymouth a tiempo para el Día de los Antepasados. Atracaron cerca de una gran roca conocida como el Peñón de Plymouth.<sup>[472]</sup> Plymouth les gustó mucho y decidieron quedarse allí, aunque vieron alrededor a algunos indios que ponían mala cara. Es casi imposible impedir que los indios pongan mala cara. No lo hacen con mala intención, sólo es que no pueden evitarlo.

Miles Standish estaba preparado para pelear contra los indios con su ejército de ocho hombres, pero lo único que querían los indios era algo de comer. Y si las madres Peregrinas les hubieran dado un tentempié, los indios habrían vuelto al día siguiente con un grupo de entre cinco y ochenta amigos. Los indios no son invitados ideales a cenar. Se comen toda la carne blanca y cogerán la última pieza de la fuente mientras tú intentas cogerla para ti. Nunca miran al anfitrión porque están demasiado ocupados mirando la comida.<sup>[473]</sup>

Había indios buenos e indios malos.<sup>[474]</sup> Samoset, Squanto, Hobomok y Massasoit eran buenos, pero no tanto como los Peregrinos. Cantaban y bailaban y fumaban tabaco en domingo, pero no sabían que era domingo.

A Samoset no le gustaba la ropa. Fue a saludar a los Peregrinos vestido con un arco y flechas, y dijo: «Bienvenidos» en inglés.<sup>[475]</sup> La tercera vez que vino Samoset, trajo con él a Squanto. Squanto había vivido en Londres. Decidió vivir con los Peregrinos, enseñarles a plantar maíz indio y a coger peces y anguilas.

Wituwamat y Pecksuot eran indios muy malos. Tenían intención de matar a los Peregrinos en la cama y burlarse de Miles a causa de su baja estatura.<sup>[476]</sup> El capitán Standish les ajustó las cuentas para que no volvieran a hacerlo. También fue a Merry Mount y arrestó a Thomas Morton, que le había llamado

capitán Renacuajo. Standish nunca hablaba mucho de su conciencia, pero estaba listo para actuar.



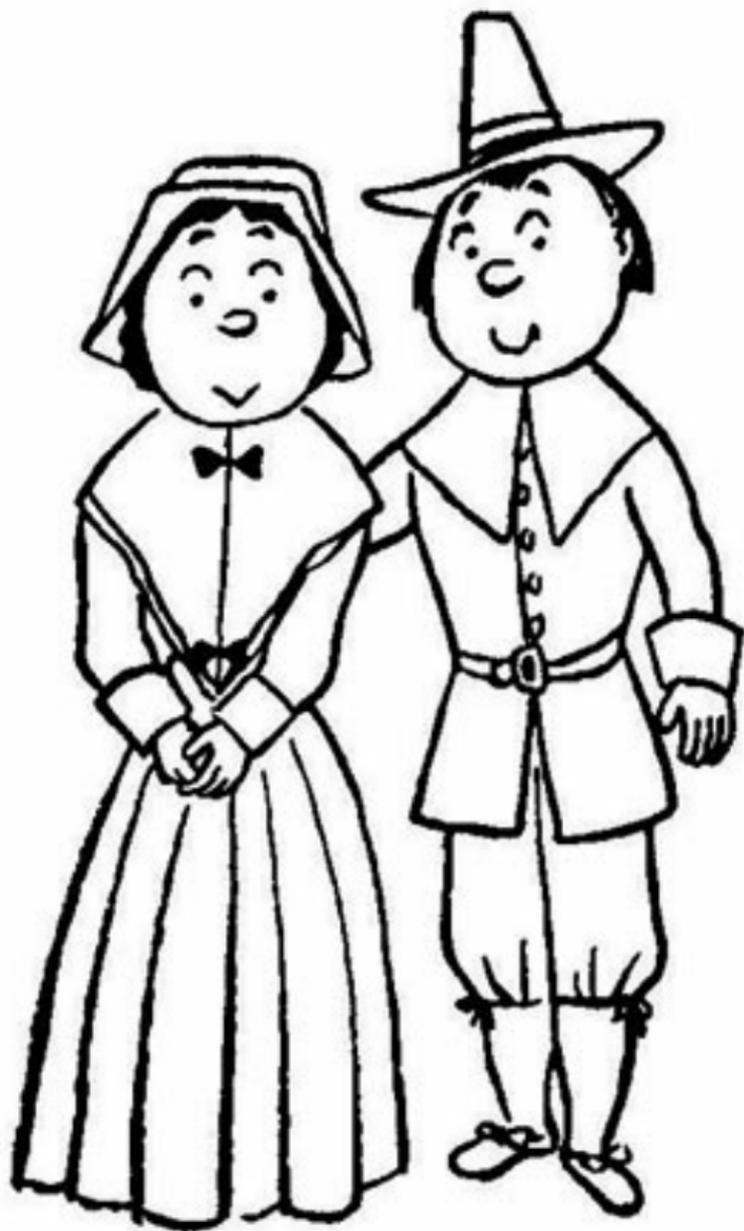
Y ahora la trama se complica. El capitán Standish era viudo y quería casarse con Priscilla Mullins, la muchacha más encantadora de Plymouth, así que envió a John Alden, un apuesto joven tonelero, a cortejarla por poderes. Fue un error, pero él no había leído los poemas de Longfellow. John amaba a Priscilla más que a sí mismo, pero por amistad fue y... bueno, ya conoce la historia.<sup>[477]</sup>

Así que John y Priscilla se casaron y tuvieron once hijos, y Miles Standish se casó con una dama llamada Barbara y tuvo siete, pues aquellos eran los buenos tiempos. Y poco después todos se trasladaron a Duxbury y se hicieron granjeros y vivieron todo lo felices que cabría esperar.<sup>[478]</sup> Y aún no se ha enterado de la última.

Era difícil contentar a los Peregrinos. En Inglaterra tenían miedo de que sus

hijos al hacerse mayores fueran ingleses. En Holanda, temían que se hicieran holandeses. Así que se fueron a América.<sup>[479]</sup>

La moraleja de la historia de los Peregrinos es que, si trabajas duramente toda tu vida, te portas bien en cada momento y no te tomas tiempo para divertirse, acabas prácticamente sin ganar ni perder, si puedes pedir prestado suficiente dinero para pagar los impuestos.





**VII**

**TODOS ELLOS SE DIVIRTIERON**

**\* \* \***

**ALGUNOS GAMBERROS REALES  
ALGUNOS ESTÓMAGOS REALES**

## ALGUNOS GAMBERROS REALES

Los reyes y reinas y gente así se divierten más de lo que uno imagina. Tienen muchas cosas en la cabeza, por emplear una expresión conveniente —en realidad, más de lo que se diría posible—, pero de todos modos consiguen divertirse. Poseen la feliz facultad de dejar la mente en blanco cada vez que lo desean, y siempre lo hacen antes de empezar a divertirse.

La diversión real no siempre es, desde luego, del mejor tipo, como lo define George Meredith en *An Essay on Comedy and the Uses of the Comic Spirit*. No está en contra, pues una gran cantidad de la mejor diversión no es muy divertida. ¿Se había fijado usted en eso?

Por lo que yo deduzco, la realeza posee sus propias nociones de lo que constituye el ingenio y humor, cuáles de los viejos chistes son los más desternillantes y cómo pasárselo bomba en general. No se muere por disfrutar de la diversión del mejor tipo como hacemos nosotros. Ellos quieren acción, y como pueden permitírselo, no veo que George Meredith sea muy estimulante.

Aunque parece mentira, los reyes son tipos que están en sus momentos más alegres. Encuentro que un número sorprendente de gobernantes del mundo ha satisfecho su sentido de la diversión casi exclusivamente con el sencillo acto de retirarle la silla a la reina cuando va a sentarse. Personalmente, no tengo nada que objetar a esta broma típica. Es bastante vieja, pero sigue siendo buena. Lo principal en contra de ello es que si lo sigues haciendo se te acaban las reinas.

El humor inglés, en lo que se refiere a los reyes, empezó, al parecer, en la época de Eduardo II, aquel infortunado Plantagenet cuya conducta ligera desembocó en su abdicación forzada y trágico fin a manos de gente enfurecida que odiaba las bromas. Aunque no ha sobrevivido ninguno de los chistes de Eduardo, sabemos que contaba muchos y que al final fue acorralado por un comité de siete obispos, ocho condes y seis barones que no estaban para tonterías. Ellos creían que estaban poniendo fin al humor inglés, pero no fue así. No llegaron hasta la raíz del mal.

Aparte de retirar la silla a su esposa, Isabel la justa —que al parecer no había suscitado ningún comentario desfavorable, excepto probablemente por parte de la reina—, Eduardo tenía otras fuentes de diversión. Se dice que se reía estentóreamente cuando Jack de Saint Albans, el pintor de la corte, bailaba sobre la mesa ante él, y recompensó generosamente a otra persona por su divertida manera de caerse de un caballo. Eduardo tenía a menudo el antojo, o ataque, de querer ver a alguien caerse del caballo, y no podía ser otra cosa.

Durante algún tiempo después del fallecimiento de Eduardo II no se encuentran datos de ningún bromista real que retirara la silla cuando alguien iba a sentarse, pues sin duda los monarcas ingleses practicaban su deporte favorito en

privado, como hay que hacerlo. Sin embargo, la Casa de Hanover revivió el pasatiempo dándole una vuelta de tuerca. Al menos, un testigo declara que una tarde, cuando las princesas Ana, Amelia, Carolina, María y Luisa habían puesto nerviosa a su institutriz, lady Deloraine, ya sabe cómo, la citada dama se salió de sus casillas y retiró la silla nada menos que a Jorge II, y le estuvo bien empleado. En conjunto, fue una velada memorable en la corte.

Pero, al fin y al cabo, Francia es la cuna de *l'esprit*. Sería agradable recordar algunas de las frases más divertidas de Luis XIV, sólo que tres no son nada. Luis XIV no se preocupaba mucho por los *bon mots* que se oían por todo el lugar cuando sus cortesanos iban vestidos de veintiún botones.

No obstante, Luis XIV tenía su lado tarambana, ¿quién no lo tiene? En su época de juventud, cuando cortejaba a María Mancini, ¿no dio a la anciana y nerviosa Madame de Venel una caja de dulces que resultó estar llena de ratones vivos? ¿No se deleitaba echando puñados de sal en el chocolate de Madame de Thiange, la irritante hermana de Madame de Montespan?

También tocaba la guitarra. Eso era bastante divertido, pero no lo bastante.

Pedro el Grande de Rusia tenía sus momentos de vez en cuando. A él le gustaba arrancar pelucas.

## ALGUNOS ESTÓMAGOS REALES

Las realezas, naturalmente, no chillan ni gritan pidiendo su comida favorita cuando salen en compañía, por eso no es fácil conocer sus aventuras gastronómicas. Pero de vez en cuando se han filtrado noticias sobre las preferencias reales.

Las fresas ocupan un lugar prominente en la lista de provisiones de la realeza británica, como debía ser en toda dinastía bien regulada. La reina Victoria era una aficionada a las fresas de primer orden. En 1875 dijo a alguien que las fresas no eran tan buenas como cuando era niña. Declaró asimismo que las violetas no tenían un perfume tan dulce, y ella lo atribuía a los perversos jardineros, « que no saben captar los perfumes dulces y sacrificarían todo atractivo de este tipo por el tamaño y el color». También dijo que habían estropeado las fresas por las mismas causas. Puede que en eso tuviera razón, ya que las ancianas de hoy en día afirman lo mismo.

La reina Victoria no tenía pasiones gastronómicas, salvo para las fresas y los espárragos. Sería justo señalar que durante su reinado de sesenta y cuatro años comía un poco de todo. Aquella era la época de las colaciones enormes y variadas, y no se murió de hambre. Cuesta imaginarla impetuosa en la mesa; sin embargo, la historia relata que se colocaba la servilleta bajo la barbilla... estaba acostumbrada a hacerlo. Y el señor Creevey, el diarista, que la vio durante sus primeros días de reinado, anotó en su librito: « Come con tanto entusiasmo como se ríe; creo que podría decir que engulle» .

Más adelante, la reina Victoria comía con más compostura y no se divertía tanto. Está, claro, la historia de la chiquilla educada estrictamente que, al observar que Victoria cogía un espárrago con los dedos y procedía a comérselo con la técnica de los tragasables, exclamó: « ¡Oh, cerda, cerda!» . Y se dice que la reina se rió mucho. ¿Qué iba a hacer?

Los primeros Jorges venían directos de los Hanover —la cuna de las salchichas, casi se diría— y trajeron consigo interminables ristas de *Leberwurst*, *Blutwursty* otras *Würste* y *Saucischen* de muchos tipos y condiciones, incluidas, que yo sepa, la salchicha de Frankfurt original; por no mencionar la *Schweinskopf Specksuppe*, arenques en escabeches varios y delicias surtidas.

Aparte de las salchichas, los primeros tres Jorges no aportaron gran cosa al arte culinario. Sin embargo, Jorge I murió de indigestión aguda, después de darse un atracón de melones mientras iba camino de Hanover. No estaba acostumbrado a los melones. La comida favorita de Jorge III era el cordero frío y la ensalada, los huevos de chorlito, los guisantes estofados y la tarta de cerezas.

El corpulento tío de Victoria, Jorge IV, era amante del pollo, que es también un buen gusto para un hombre a cuyo cargo se encontraban los fundamentos de

Gran Bretaña. En una ocasión dijo a su amigo, el señor Croker, que había estado discutiendo por el faisán como principal delicia del aficionado a la buena comida: « En eso difiero de usted; nada es tan bueno como un pollo; si fueran tan escasos como los faisanes y los faisanes tan abundantes como los pollos, nadie comería faisán» .

A menudo se clasifica a Jorge IV como buen consumidor de comida, probablemente por la fuerza de sus magníficas diversiones públicas. Pero vale la pena recordar que Carême, el celebrado cocinero francés que trabajó para él en Brighton, en el período de la Regencia, le dejó después de unos meses y se negó a volver con el doble del salario y la promesa de una pensión. En Inglaterra no había conversación, declaró Carême. En privado, más que insinuó que el príncipe regente, pese a todo su esplendor, tenía ciertos gustos burgueses en la comida en los que él no quería participar. ¿Puede ser que el Primer Caballero de Europa, como llamaban a Jorge IV, con bastante poca base, albergara una pasión secreta por la carne picada frita con patatas y col? Dejémoslo correr, pero probablemente es usted consciente de que este plato nuevo de cada diez veces contiene coles de Bruselas.

Mucho antes del período hanoveriano, los gobernantes ingleses estaban ocupados en asociar sus nombres con ciertos alimentos. Pasando por alto a algunos de los antiguos como el rey Alfredo, el hombre del pastel, se podría iniciar un banquete real con la sopa llamada *dilligrout*, por cuya composición Guillermo el Conquistador concedió la casa solariega de Addington a Tezelin, su cocinero, poco después de 1066. Nadie sabe en la actualidad qué era este *dilligrout*, aunque algunas autoridades la identifican con un potaje del siglo XIV hecho básicamente con leche de almendra, gelatina de capón, azúcar, especias y pollo sancochado triturado. Guillermo terminaba la comida con un poco de sabroso ciervo, jabalí y liebre cazada por él mismo en su Nuevo Bosque. Si alguien más mataba un ciervo o una cierva cuando no le tocaba, le arrancaba los ojos. El hijo del Conquistador, Guillermo Rufo, lo cambió a pena de muerte.

El hijo menor de Guillermo, Enrique I, es el único que murió de un empacho de lampreas estofadas, su plato favorito, por comer este peculiar pescado contra el consejo de su médico. Enrique siempre decía que lo que te gusta no te hará daño. El rey Juan, famoso por la Carta Magna, era otro entusiasta de las lampreas, igual que Eduardo III, pero ellos consiguieron mantener su afición dentro de unos límites razonables. Los relatos reales de la mayoría de los Plantagenet, a partir de Enrique II, en especial los de los tres primeros Eduardos, muestran fuertes gastos en pescado, en particular arenques, que a la sazón se consideraban una necesidad real en forma de tartas de arenques.

Eduardo II cayó en desgracia en una ocasión, antes de perder su trono, por la col, precisamente. « Se le acusa —señala un viejo relato— de haber celebrado una fiesta en el Támesis en una barcaza de leña y de comprar coles a los

jardineros de las orillas del río para hacer su sopa». No fueron tanto las coles como su manera frívola y poco regia de obtenerlas. Enrique II, un poco antes de esa época, era impopular porque, después de gastarse todo su dinero en ropa para su coronación, en 1236, él y su reina tuvieron que conseguir la comida de sus súbditos, que se esperaba que les dieran ricos regalos por el honor de visitarles a la hora de comer. Los gorriones reales comían todo lo que les daban y les gustaba, o eso se supone.

Todos hemos oído contar que Enrique VIII, para no ser superado por Guillermo el Conquistador, regaló una casa de campo a un cocinero por inventar una nueva salsa para pudín. Yo prefiero la versión que la convierte en una salsa para marsopas a la barbacoa, en parte porque la historia tiene más sentido. Cualquier salsa servirá para un pudín, pero una salsa para marsopas a la barbacoa tendrá que ser buena de verdad para hacerte olvidar lo que comes.

La carne de venado con crema agria puede ser sabrosa, y la avutarda asada tiene sus admiradores, pero no puedo decir lo mismo de los cisnes, pavos reales, grullas o gaviotas servidas en uno de los banquetes de Enrique. Las gaviotas me dan la impresión de que son algo como una ración de emergencia, como las ratas almizcleras. Uno se imagina mejor las tartas de naranja, membrillos, capones, fresas y quesos que enviaba a Ana Bolena... antes de hacerla decapitar, claro. Y supongo que él y Catalina Howard disfrutaban en muchas ocasiones de un plato de sus dulces favoritos antes de que ella a su vez fuera a parar a la tajadera.

Ahora parece como si Enrique VIII nunca hubiera nombrado caballero a aquel lomo de buey golpeándolo con su espada y exclamando: « ¡Levantaos, sir Lomo!» o lo que fuera que hizo para darnos el solomillo.<sup>[480]</sup> Esta historia también se cuenta de Jacobo I y Carlos II, pero los expertos modernos dicen que no es cierto, que el solomillo simplemente es lo que está encima del lomo. Bueno, Enrique creía que no había nada como un buen bistec.

María, la reina de Escocia, odiaba el *haggis*.<sup>[481]</sup> Lo encontraba tan atroz que decía que jamás, bajo ningún concepto, por la buena fama de su reino, debía tomarse fuera de Escocia. Durante siglos después, los obedientes escoceses, cuando llevaban *haggis* a los mercados ingleses, arrojaban un pellizco del comestible al río, en gesto de destrucción simbólica o ceremonial sin poner en peligro las ventas.

Esta reina, como se había educado en el extranjero, estaba cautivada por la *cuisine* francesa, igual que Carlos II, el más interesante de sus descendientes. Ningún relato de la comida de los Estuardo estaría completo, sin embargo, sin unas palabras sobre Guillermo de Orange, el bruto que se casó con una hija de Jacobo II y se convirtió en Guillermo III, la mitad inferior de Guillermo y María y una especie de semiestuardo. Era él quien se lanzaba sobre todos los guisantes de la mesa y los devoraba cuando almorzaba con la princesa Ana, la hermana de

su esposa, sin ofrecerle a ella ni uno solo. Como lo expresó la duquesa de Marlborough, Guillermo no era un caballero. Sus modales, según señala otra crítica, « habitualmente eran malos » .

Poco después, la princesa Ana subió al trono como reina Ana. Comía demasiado de todo, incluso guisantes. Bebía demasiado chocolate y brandy en exceso.

La imaginación se sobresalta ante la idea de dar de comer a ciertos soberanos que infestaron los tronos continentales en los días prósperos de la monarquía, la de los Luises, por ejemplo. Una excepción sería Luis XIII, que se preparaba sus propias hojuelas, o *les gâteaux de flanelle*, como se les llamaba.

Una de las cenas de Luis XIV, típica de las comidas que se zampaba todas las noches antes de retirarse, consistía en cuatro platos de sopas diferentes, un faisán entero, una perdiz, un gran plato de ensalada, una ración enorme de cordero, dos buenas lonchas de jamón, una fuente entera de repostería francesa, una montaña de otros dulces, cantidades de fruta y, muy probablemente, cualquier cosita que viera por allí. Después, se retiraba tambaleante a su dormitorio, donde habían dejado un tentempié frío por si tuviera hambre. Y se preguntaba por qué sufría pesadillas. No se preocupe por toda esa sopa, pues es probable que sólo una parte de ella llegara a su objetivo. Luis siempre derramaba las cosas.

Aunque era glotón, Luis XV poseía una vena de genio que le permitía romper la coronilla de un huevo pasado por agua de un solo golpe de tenedor. Naturalmente, siempre tomaba huevos pasados por agua cuando se permitía al público ver comer a la realeza, pues ¿por qué esconder un talento como ése? Entre horas, se le podía encontrar en la cocina, batiendo huevos para un nuevo tipo de tortilla, preparando una cafetera, tragando *pâtés* fríos de alondra, tomando champán (que a la sazón aún era vino), o tomando alguna medicina para su indigestión crónica. Aquella era una época emocionante para un glotón y cocinero aficionado, pues la moderna *cuisine* francesa sólo estaba empezando. « Es un idioma completamente nuevo —escribió un asombrado contemporáneo—. He probado viandas preparadas de tantas maneras y elaboradas con tanto arte que no podía imaginar qué eran » .

La esposa de Luis XV, Marie Leszczyńska, también era un prodigio en la comida. Aunque no tanto como María Teresa, la igualmente solitaria compañera de Luis XIV, que « se pasaba el día comiendo » . El padre de Marie Leszczyńska, el depuesto rey Estanislao de Polonia, inventó el bizcocho al ron e inició la moda parisina de la sopa de cebolla. Permítaseme añadir que Madame de Pompadour creó para Luis XV un plato llamado *filets de volaille de la Bellevue*, que siempre me ha parecido un nombre perfecto para lo que sea que fuese.

Luis XVI era peor. Se le ha llamado, bastante ingeniosamente, un estómago andante. En la huida a vida o muerte de las Tullerías con María Antonieta y el Delfín, enlenteció el paso por llevarse la cocina portátil, con enormes cantidades

de comida y bebida, e insistió en parar tres horas en Etoge para almorzar, cuando sólo estarían a salvo si iban a la velocidad de un huracán. Le cogieron en Varennes. Una vez de nuevo en casa, se comió un pollo entero y anotó en su diario las comidas que se había zampado durante el camino de regreso. Si se veía a alguien royendo un pollo asado por palacio a cualquier hora del día o de la noche, seguro que era Luis.

Tampoco Luis XVI fue a su prisión con el estómago vacío, pues cogió una corteza de pan de un curioso que se encontraba en su camino, más por costumbre que por necesidad. Su primer almuerzo ligero en prisión consistió en seis costillas de ternera, huevos al jerez, un pollo asado, caza y vino. Hasta la guillotina, su comida de mediodía tenía que incluir al menos tres sopas, dos entrantes, dos asados, cuatro entremeses, varias compotas, fruta, malvasía, vino tinto y champán. La víspera de su ejecución por la noche, su apetito fue excelente. Bueno, el pobre tenía hambre.

Apenas un Luis en lo que se refiere a estas cosas, Luis XVIII fue el más remilgado de todos en cuestión de víveres. No tomaba una costilla o una chuleta a menos que se hubiera cocido entre otras dos costillas o chuletas para conservar sus jugos para mayor edificación de su conducto alimenticio. Por la misma razón, sus hortelanos se cocían dentro de perdices rellenas de trufas, de modo que, según el sabio Ellwanger, «a menudo le costaba elegir entre el delicado pájaro y el aromático comestible». Al parecer, no sabía que las trufas con las que estaban rellenas las perdices deberían haber estado rellenas de hortelanos, refinamiento que se logró unos años después.

Napoleón, que estaba por allí en esa época, no era tan particular. Lo único que deseaba era un servicio rápido, y sus validos tenían que arrojarle un pollo, costillas y café en el instante en que pronunciaba la palabra. Quizá la pata de cordero con cebollas que se dice le hizo perder la batalla de Leipzig estaba poco hecha, como cuenta la historia, o quizá tragó demasiada cantidad a la vez, como de costumbre. Por cierto, Waterloo no fue ninguna reunión de gastrónomos. El duque de Wellington, que ganó la pelea, respondió una vez a un renombrado gastrónomo que le había preguntado si le había gustado la espléndida comida que le había servido: «Era excelente, pero, si he de decirle la verdad, no me preocupa mucho lo que como».

Si un anfitrión de la actualidad fuera amenazado con una visita de Pedro el Grande de Rusia a través de alguna nueva onda del tiempo, lo mejor sería echar a correr, aunque pudiera conseguir los barriles de brandy necesarios y las toneladas de comida que engullían el zar y sus compinches. La costumbre de Pedro de obligar a todos a beber enormes copas de brandy hasta que caían al suelo sin sentido, o morían, podría no ser atractiva para algunas personas.

En su visita a Inglaterra en 1698, él y su séquito compuesto por veinte personas consumieron en una sola cena cinco costillares de buey, una oveja, tres

cuartos de cordero, una pata y un lomo de vaca, ocho pollos, ocho conejos, tres docenas de vino blanco, una docena de tinto y pan y cerveza en cantidades proporcionales. Antes de desayunar, pidieron siete docenas de huevos con ensalada, y para el desayuno propiamente dicho media oveja, diecinueve libras de cordero, veintidós pollos y tres cuartos de brandy. Quizá no era excesivo para veinte personas, pero todo cuenta.

En Rusia, es probable que Pedro se llevara a un centenar o más de amigos cuando cenaba fuera. Su apetito, salvo por la bebida, no era nada fabuloso. Sus biógrafos hablan de caviar, arenque crudo, sopa de col agria, sopa de remolacha, lechón relleno de trigo sarraceno, pastel de pescado, pepinos en salazón, ostras, sardinetas, patas de pato en aderezo agrio, tarta de zanahorias, cerezas, guisantes, naranjas dulces, manzanas, peras y agua anisada (Kümmel). Asimismo, vodka, kvass, cerveza, muchos tipos de vino y más brandy. Muchas de las fantásticas crueldades de Pedro se produjeron cuando no era él mismo, por decirlo de una manera suave.

Catalina la Grande mantenía bajos los gastos de su mesa, pero sufragaba enormes facturas de comestibles para sus amantes. Su plato favorito era buey hervido con pepinos en salazón; sus bebidas eran agua con jarabe de grosella y cinco tazas de café diarias, preparadas con una libra entera de café, por lo que eran tan fuertes que nadie más podía beberlo. Tomaba mucho rapé y se sujetaba bien la servilleta bajo la barbilla antes de comer. «De lo contrario —señala la historia—, no podía comer un huevo sin que se le cayera la mitad en el cuello de encaje».

Los gustos de Federico el Grande de Prusia, contemporáneo de más edad de Catalina, eran otra cosa también. Se atiborraba de tartas de anguila y otros ricos alimentos sazonados con tantas especias que sus médicos se desesperaban; y guisantes de Prusia, que, según el doctor Zimmermann, eran «sin duda los más duros del mundo», por no mencionar que aderezaba su café con champán y mostaza. Debería haberse ceñido al tocino y las verduras, como su padre, Federico Guillermo I.

Las tartas de anguila, cosa extraña, aceleraron el fin de Carlos V, rey de España y emperador del Sacro Imperio Romano, que falleció en 1558 después de muchos años de darse los atracones más espectaculares jamás presenciados en Europa. Víctima de la gota y la indigestión desde su primera juventud, siguió comiendo hasta el final, prefiriendo —como Federico el Grande— lo que fuera peor para su caso; y esto a pesar del hecho de que hacía mucho tiempo que había perdido el sentido del gusto. El pescado siempre le ponía enfermo, pero eso no le impedía comerlo. Las tartas de anguila le causaban cólicos, así que pedía otra, y otra aún. Un día se comió su última tarta de anguila. Querer es poder.

## EPÍLOGO

En 1950, un grupo de esposas VIP efectuó una visita a las oficinas centrales de la OTAN en Europa. Al entrar en el despacho de Dwight D. Eisenhower, vieron un solo libro sobre un escritorio por lo demás vacío, una obra evidentemente de una profunda importancia que consolaba o inspiraba al comandante en jefe cuando buscaba un camino para la paz mundial. El título, bastante desconcertante, del libro era *Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo*.

No era de sorprender que el libro estuviera allí; al fin y al cabo, estaba casi en todas partes, pues era uno de los mayores éxitos del año. *Ocaso y caída* permaneció cuatro meses en la lista de los más vendidos del *New York Times*, y Edward R. Murrow dedicó más de las dos terceras partes de uno de sus programas nocturnos de noticias de la CBS a leer fragmentos de las piezas históricas de Will Cuppy; su colega Don Hollenbeck añadía las notas a pie de página. «Es el libro de historia del año», concluyó Murrow. Los estudiosos alabaron su impecable exactitud, mientras que críticos y legos aplaudían su humor, sin darse cuenta apenas de que todos los datos que contenía eran correctos. Al final el libro tuvo dieciocho ediciones en tapa dura y diez ediciones extranjeras, y su autor cayó en una oscuridad temporal.

Will Cuppy, que murió en septiembre de 1949, se habría quedado asombrado del éxito que alcanzó su obra maestra y perversamente gratificado porque su mayor reconocimiento era póstumo. Aunque disfrutaba del gran honor de ser alguien al que se podía llamar humorista de los humoristas, admirado y amado por P. G. Wodehouse, James Thurber, Robert Benchley y Frank Sullivan, así como por un apretado círculo de seguidores devotos, estuvo relativamente descuidado; parecía que le olvidaban cuando los editores hacían antologías del humor y se vio obligado a depender de trabajos pesados para ganarse la vida. Cuppy, cuyas propias miserias eran, como en el caso de muchos humoristas, su principal fuente de material, disfrutaba haciendo su vida peor de lo que era realmente. Se retrataba a sí mismo como el juguete torturado del destino e incluso postulaba un incansable y ubicuo movimiento pro odio a Cuppy que siempre le ponía la solvencia al alcance de la mano y hacía que desastres como la caída del mercado de valores de 1929 y el bombardeo de Pearl Harbor tuvieran lugar justo cuando sus libros aparecían, de forma que todo el mundo estuviera demasiado preocupado para comprarlos.

Cuppy creía que su suerte estaba tan podrida, como él predijo lúgubremente a su amigo e ilustrador William Steig, que cuando le estuvieran bajando a la sepultura los serios científicos probablemente saldrían corriendo de sus laboratorios gritando: «¡Eureka! ¡Lo hemos conseguido: la fórmula de la vida eterna!». En cambio, el movimiento pro odio a Cuppy hizo sus últimas

observaciones cuando el *New York Herald-Tribune*, en cuya nómina Cuppy había estado durante más de veinte años, publicó una fotografía equivocada junto a su necrológica y, a través de una serie de grotescos errores, sus cenizas fueron metidas en una caja de zapatos agujereada y enviadas a su ciudad natal por correo postal mientras los parientes esperaban con un coche fúnebre en la estación de tren. Y un año después de morir en la pobreza, el éxito económico: «Ah, bueno —como le gustaba decir a Will—. Mi filosofía de la vida puede resumirse en cuatro palabras: No se puede evitar».

William Jacob Cuppy nació en Auburn, Indiana, el 23 de agosto de 1884, hijo de Thomas Jefferson Cuppy, vendedor de herramientas, ferroviario, comerciante en granos y maderero. Thomas Cuppy ya figuraba en el certificado de nacimiento de su hijo como «viajero» y sus diversos empleos le llevaron cada vez más lejos del hogar, hasta que un día no regresó. Will y su hermana fueron criados, pues, por su madre, una mujer devota, sumamente atenta y de fuerte voluntad que tenía una sombrerera y enseñaba a hacer labores y encaje de Battenburg. Los principales recuerdos de Cuppy de su infancia en el medio oeste eran tocar el órgano en la iglesia presbiteriana, llevar ensalada de patatas a los actos sociales de la iglesia y pasar agradables veranos en la granja de su abuela, donde apenas le permitían salir al aire libre por miedo a que el sol, el calor y el ejercicio perjudicaran su constitución, supuestamente frágil.

Cuppy asistió a la Universidad de Chicago durante doce largos años sin demasiado propósito o ni siquiera, como afirmaba él, saber por qué estaba allí. Antes de licenciarse pasaba menos tiempo estudiando que dedicado a producciones teatrales de aficionados, escribiendo para el periódico estudiantil o en su trabajo de corresponsal universitario del *Chicago Herald-Record*. Durante sus años de graduado recibió el encargo de escribir un libro, *Maroon Tales*, sobre las viejas tradiciones de la universidad, que a la sazón sólo contaba dieciséis años y no tenía ninguna. Cumplió su tarea leyendo libros sobre las escuelas más importantes del este e inventando historias similares a las suyas. Desalentado por la tibia acogida que recibió su libro, volvió a los estudios y, varios años más tarde, en 1914, obtuvo un master en Literatura y partió hacia el este en busca de fama y fortuna escribiendo el Gran Drama Americano.

En la ciudad de Nueva York, Cuppy iba de juerga en los locales nocturnos de Greenwich Village, escribía cosas sueltas para agencias de publicidad y periódicos, y trabajaba en su obra maestra dramática, aunque con pocos resultados tangibles.

Cuatro años después, a la edad de treinta y cuatro, concluyó tristemente que nunca terminaría nada mientras estuviera sometido a las constantes distracciones de la vida en Manhattan, y dio el extraño y radical paso de convertirse en ermitaño. Lo más parecido a un desierto que pudo encontrar Cuppy en los alrededores de Nueva York fue Jones's Island, una delgada barrera costera al sur de

Long Island, poblada tan sólo por el equipo de guardacostas de cala Zachs y, en verano, algunos veraneantes de las ciudades del otro lado de la bahía South Oyster. En la isla, Cuppy dio con una cabaña abandonada hecha con tablillas, cartón embetunado y hojalata. Hizo las gestiones necesarias para comprarla y se fue a vivir allí. Fue su hogar durante los siguientes diez años. Cuando llovía, el agua se filtraba por el tejado de tres capas. Durante las tormentas, gran parte de la isla desaparecía bajo las olas y la cabaña de Cuppy estaba a punto de ser barrida por el viento. En invierno, se llevaba las verduras a la cama para que no se congelaran por la noche.

Cuppy admitía que su vida de ermitaño era bastante fácil. La estación de guardacostas se hallaba a trescientos metros y los hombres le invitaban a cenar pollo, le llevaban en barca a la costa cuando tenía cosas que hacer en la ciudad, le ayudaron a arreglar la bomba, le repararon el tejado, le levantaron el porche, le pintaron la cabaña con restos de pintura de colores diversos y le ayudaban en otras complejas tareas mecánicas como cambiar la cinta de su máquina de escribir. A cambio, Cuppy les divertía con su ingenio e ineptitud. Ellos sugirieron varios nombres para el hogar de su curioso vecino: «Castle Terrabil», «Dumbellton Grange» o «En esta cabaña vive un maldito viejo ermitaño», pero al final el propio Cuppy le puso el nombre que mejor describía la cabaña y a su habitante: Tottering-on-the-Brink o «Tambaleándose en el borde».

En 1922, Cuppy empezó a publicar reseñas de libros en periódicos, y desde 1924 hasta su muerte formó parte de la plantilla del *New York Herald-Tribune*, en cuyo suplemento de libros escribía reseñas. Con intervalos de varias semanas, efectuaba el ritual de coger una barca, taxis, trenes y metros para ir a Manhattan, donde el andrajoso viejo anacoreta emergía como un dandi, vestido con un traje azul immaculado, ofreciendo al mundo la imagen de un próspero banquero. Pasaba varios días en la ciudad, visitando amigos y ocupándose de asuntos antes de regresar a su retiro en la isla con un cargamento de libros para leer y reseñar a dos dólares la pieza. Al principio, intentó escribir catorce reseñas por semana, pero descubrió que semejante volumen de mala literatura le ponía enfermo. Para su constante vergüenza y disgusto, cuando por fin le dieron una columna permanente fue «Misterio y aventura», dos categorías que él despreciaba, y afirmaba haber creado un alter ego que le hacía el trabajo: Oswald Terwilliger, un sanguinario bobo al que le gustaba el jaleo de todo tipo y cuyo vocabulario consistía exclusivamente en palabras sacadas de revistas de mala calidad como por ejemplo «magnífico», «emocionante» e «inolvidable». Cuppy calculaba que al final leyó casi cuatro mil libros de misterio y siempre esperaba ansioso el final de la jornada laboral, cuando se acurrucaría en la cama con un buen tratado de historia natural.

Desde Jones's Island, Cuppy inundaba a sus amigos con cartas en las que detallaba la vida llena de acontecimientos de un ermitaño moderno:

especulaciones sobre enigmas científicos profundos como por qué todas las playas descienden al mar, inventarios de los comestibles que los veraneantes que se iban al final del verano donaban a su caja de colectas que tenía en el muelle, quejas sobre los que pasaban licor de contrabando a Nueva York y le disparaban a las ventanas por diversión, e interminables lamentos sobre el abrelatas que se le había roto, el colchón agujereado, sus dolencias hipocondríacas y la vida en general. Isabel Paterson, la mejor amiga de Will, que escribía en el *Herald-Tribune* una columna sobre chismes literarios, publicaba de forma regular anécdotas y citas de Will Cuppy en sus artículos semanales, deleitando a los lectores que durante años supusieron que aquel improbable ermitaño con un nombre evidentemente falso no era más que obra de su imaginación. «Ojalá esta leyenda persista —decía Cuppy humildemente—, pues no conozco a nadie de cuya imaginación pudiera sentirme más orgulloso y más honrado de ser un producto».

Isabel Paterson instó a Cuppy a abandonar sus esfuerzos en el teatro. Nunca lo hizo y siguió manoseando el Gran Drama Americano hasta el momento de su muerte, cuando, tras cuarenta y cinco años de trabajo, se hallaron entre sus efectos varios centenares de páginas de variantes de un primer borrador del Acto I. Paterson tuvo más éxito en sacarle artículos basados en sus relatos humorísticos sobre su vida de ermitaño. Pacientemente le ayudó a redactarlos, le aseguró que eran divertidos y convenció a Horace Liveright de que publicara en forma de libro una colección de relatos titulada *How to Be a Hermit*.

*How to Be a Hermit* apareció en 1929 y recibió buenas críticas, en particular en el *Herald-Tribune*, donde el propio Cuppy escribía reseñas. P. G. Wodehouse, que intentó que se hiciera una edición inglesa del libro, más adelante declaró que era uno de sus libros favoritos y que lo leía dos o tres veces al año. Pero el momento de la publicación del libro fue una broma de mal gusto, y a que, cuando apareció, la vida de ermitaño de Cuppy llegaba a su fin. Robert Moses había decidido transformar Jones's Island, la isla árida y descuidada de Cuppy, en Jones Beach, que llegó a ser el enclave más densamente poblado del mundo. Cuando en la primavera de 1927 el hielo se deshizo, llegaron a la bahía de South Oyster enormes dragas y, para el desaliento del pobre Cuppy, que tenía horror a cualquier tipo de ruido, se pasaron la mejor parte del año trabajando para transformar el paisaje que le rodeaba. La elevación de la isla se aumentó hasta tres metros y medio en algunos lugares, y, durante el verano de 1928, Cuppy observó a cientos de trabajadores acercarse a su cabaña plantando matas de hierba de playa para mantener las nuevas dunas en su lugar. El día en que se abrió la carretera elevada que iba a Jones Beach, en agosto de 1929, veinticinco mil automóviles invadieron el reino de Cuppy, y el primer día del parque en plena temporada de vacaciones hubo un millón y medio de visitantes.

Cuando amenazaron a Cuppy con desahuciarle de su cabaña, que ahora se

hallaba en medio del parque, escribió al Comisario de Parques Robert Moses, incluyendo un ejemplar del libro *How to Be a Hermit*, para rogarle tuviera clemencia. Inexplicablemente, Moses, que nunca se había parado por nadie en su despiadada construcción de puentes, autopistas y parques, decidió permitir que Will Cuppy permaneciera en su cabaña; convocó una reunión especial de la Comisión de Parques de Long Island y, según palabras de Cuppy, «unánimemente decidieron que no asumirían la responsabilidad de añadir más preocupaciones a la vida de una persona que ya tenía tantos problemas». En un libro de 1970 sobre su carrera en obras públicas, Moses, por su parte, aceptó de mala gana que «tomamos la decisión correcta, pero los ermitaños deben irse un poco más lejos de la ciudad». Sin embargo, el alivio sólo fue temporal, y Cuppy nunca más volvió a sentirse totalmente cómodo. La estación de guardacostas fue demolida y sustituida por el Depósito número 2, y su hogar fue invadido por escuadrones de visitantes con niños que gritaban, atisaban por sus ventanas y hacían comentarios despectivos sobre su decoración. A finales de 1929, alquiló un apartamento del cuarto piso del edificio de 130, West 11th Street, en Manhattan, y se convirtió en un ermitaño urbano, y sólo iba a la playa de vez en cuando, cuando se sentía excepcionalmente desesperado por estar a solas.

A su regreso a la civilización, Cuppy entró en su período más productivo. Escribía para diversas revistas y periódicos, y en 1931 publicó *How to Tell Your Friends from the Apes*, el primer libro de su trilogía humorística sobre historia natural, seguido posteriormente por *How to Become Extinct* y *How to Attract the Wombat*. El éxito de este curioso volumen, gran parte del cual apareció como una serie de artículos del *New Yorker*, dio a conocer su nombre y le permitió encontrar trabajos esporádicos como invitado especial en programas radiofónicos de la NBC. En 1933, persuadió a los ejecutivos de la red de emisoras de que le dieran su propio programa semanal de quince minutos, escrito enteramente por él, en el que junto a una actriz llamada Jeanne Owen efectuaban ingeniosos diálogos sobre la vida de ermitaño de Cuppy, el mundo animal y variadas figuras históricas. Con mayor frecuencia hablaban del filón inagotable de quejas menores, que incluían los loros, la tripa, los caracoles, los plátanos fritos, las puestas de sol, los decoradores de interior, la tela de chintz, la clasificación del murciélago como mamífero, la proliferación de reyes franceses llamados Luis, la tendencia del jamón a enroscarse en la sartén, la tarta de piña, los canarios, la uva, los peatones que tuercen el paraguas, la poesía, los ruiseñores, los pájaros del amor, las historias de detectives, los que hacen remolacha en escabeche, la falta de interés que tiene el mundo por los átomos y la falta de interés de todo el mundo por el propio Will Cuppy. Los amigos de Cuppy encontraban el programa tremendamente divertido, pero los ejecutivos de la NBC no se decidían sobre si realmente lo era o no, ni siquiera sobre qué era, para empezar, y, después de seis meses de cambiarlo de una hora a otra en busca

de audiencia, lo cancelaron.

Después, Cuppy intentó entrar en el circuito de las conferencias, un trabajo potencialmente lucrativo en aquella época, pero era un orador nervioso y errático. Si bien gozó de un enorme éxito durante varias semanas haciendo un monólogo cómico en el Rockefeller Center's Rainbow Room, en otra ocasión fracasó tan estrepitosamente ante el Ad Club de Rochester que, por mutuo acuerdo, ni siquiera cobró, y apareció en el libro de la historia del Ad Club como el orador más aterrado y execrable que jamás habían visto. En una conferencia en la que se burlaba de sí mismo titulada « Mis carreras y lo que les ocurrió », Cuppy afirmó que cuando dejó de dar conferencias intentó escribir guiones de cine para Hollywood, pero que el hombre al que fue a pedirle empleo le dejó plantado en mitad del almuerzo.

Si Cuppy nunca consiguió el éxito más ampliamente popular del que gozaban algunos de sus compañeros, se debió tanto a sus propias rarezas y a su negativa a transigir como al insidioso trabajo de un movimiento pro odio a Cuppy. Como llevaba una vida reclusa, tendía a no mezclarse con las personas adecuadas, o con nadie en absoluto, y siempre se le consideró un poco peculiar. Desanimó a algunas personas con su modestia: cuando un editor del *New York Times* le solicitó un artículo, Cuppy le advirtió que era un trabajador muy lento y no estaba demasiado seguro de que a la gente le gustara aún el tipo de cosas que él escribía. Otros se cansaron de sus constantes quejas. Sus amigos se tomaban a broma las amenazas de Cuppy de envenenarse o de cortarse la garganta en la escalinata del edificio del *Herald-Tribune* si no publicaban pronto sus reseñas, y al poco tiempo, el personal del suplemento de libros le envió sin mala intención todas las obras sobre venenos, ahorcamientos y otros medios de quitarse la vida. Pero estas bromas sensibleras eran una costumbre incontrolable y, para algunos, desagradable, y su carrera como colaborador regular del *New Yorker* se vio perjudicada cuando se peleó con Wolcott Gibbs después de acostumbrarse a acompañar sus manuscritos con notitas en las que amenazaba con suicidarse si no eran aceptados, o en las que mencionaba discretamente que sus inexistentes esposa y nueve hijos languidecían y morían de hambre y falta de cuidados médicos adecuados.

Peor aún: su fascinación por los temas oscuros le merecieron la fama de ser un intelectual, una etiqueta mortal para un humorista. A mediados de los años treinta, fue despedido tras un período de tres semanas a prueba como columnista del *New York Post* porque su editor creía que los artículos difíciles y retorcidos sobre Victor Hugo, Lady Godiva, el planeta Saturno y cuestiones diversas no eran precisamente la clase de escritos que se creía los suscriptores del *Post* preferían. « Creo que Cuppy es un gran humorista —escribió el editor del *Post* al agente de Will—, probablemente el hombre más divertido del mundo; pero sólo unos cuantos sabremos que esconde deliberadamente su luz bajo un montón de

antigüedades». Sin embargo, Cuppy se negaba a escribir sobre caballos de carreras, política y estrellas de cine, como se le sugirió. En cambio, se volvió aún más recóndito.

La última sumisión que Cuppy presentó al *New Yorker* fue un buen ejemplo de su capacidad de convertir los hechos puros en humor, pero la aceptación que tuvo le desalentó. El *Oxford English Dictionary*, en su artículo *blanket*,<sup>[482]</sup> menciona que Thomas Blanket, «a quien los chismes atribuyen el origen del apellido, si es que realmente existió, sin duda alguna sacó su apellido del artículo». En su artículo «Nota a pie de página sobre Thomas Blanket», Cuppy atacó a los redactores del OED por suponer, en primer lugar, que Thomas no existió, mientras que era un mercader de maíz de Bristol, del siglo XIV, plenamente documentado, y, en segundo lugar, que si hubiera existido había sido demasiado tonto al no pensar en un apellido para sí mismo hasta 1339 cuando, prosperando su negocio de exportación de maíz, montó una fábrica para hacer tela y vio que de ella salían mantas. Además, Cuppy demostró, para su satisfacción, que habían existido Blankets en Bristol mucho antes que Thomas, y que, en consecuencia, no obstante el OED, Thomas Blanket probablemente había tomado su apellido igual que el resto de nosotros, de sus padres, y no de un artículo de lana.

El *New Yorker* devolvió el artículo a Cuppy, no tanto porque le desagradara, sino porque, como escribió la editora Katharine S. White, aquella historia inventada basada en fuentes imaginarias era confusa y no estaba en su línea. Que el sumamente quisquilloso *New Yorker* hubiera dudado del aún más quisquilloso Will Cuppy era un golpe terrible, y tras hervir en su propio jugo durante unas semanas, Cuppy escribió a la señora White: «Lamento engrosar su correo, pero quería que supiera (sólo para que conste) que no se trataba de un artículo inventado. No pensaría así si supiera la inverosímil cantidad de trabajo físico real que realicé con él, como por ejemplo conseguir información del Museo Británico y leer los archivos de la ciudad de Bristol. En realidad, se trata de una aportación a la historia de la naturaleza más auténtica; pero quise hacerlo divertido también. La intención era simple y únicamente presentar unos datos pertinentes del modo más lúcido posible con el fin de corregir un gran error, la supresión de Thomas Blanket (que ahora parece se ha logrado, y la verdad morirá conmigo)». Después de este incidente no volvió a presentar nada más al *New Yorker*.

Cuppy siguió colaborando con diversos periódicos y publicaba artículos de forma regular en la revista de su amigo Fred Feldkamp *For Men* y en el *Saturday Evening Post*. *How to Become Extinct* apareció en 1941 y poco después fue reimpresso junto con su primer libro de animales. Pero se estaba desanimando y ya no buscaba la fama y la fortuna en el cine, la radio ni nada fuera de su modesto ámbito de artículos breves para revistas. En 1944, Cuppy tenía sesenta

años y su salud empezaba a deteriorarse. Algunos amigos murieron y otros fueron a la guerra, y él se sentía solo y deprimido. Se peleó con Isabel Paterson y jamás volvieron a hablarse. Cuando terminó la guerra, dijo que sentía que había muerto, como si una de las bombas le hubiera matado. El mundo de la edición experimentó cambios radicales, y muchos de sus viejos conocidos en las revistas fueron sustituidos por brillantes rostros jóvenes. Empezó a decir que había escrito todo lo que sabía escribir y que era incapaz de hacer más.

En 1949, cuando estaba haciendo las correcciones finales de las pruebas de *How to Attract the Wombat*, Cuppy fue amenazado con ser desahuciado de su apartamento de West 11th Street. Este inconveniente le pareció catastrófico a Cuppy. Había pasado casi todas las horas de su vida durante los últimos veinte años en aquel apartamento, que se había convertido en una extensión de sí mismo. Sin embargo, a sus amigos sus nuevas quejas les parecían casi indistinguibles de los lamentos de toda la vida, y hasta los últimos días, cuando se hundió en una depresión tan profunda que no se le podía arrancar ni una chispa de humor, nadie sospechó lo angustiado que verdaderamente estaba. El 8 de septiembre de 1949, Cuppy tomó una sobredosis de píldoras para dormir y murió, sin recuperar el conocimiento, once días más tarde. De haber sido capaz de explicar su trágico fin desde la tumba, probablemente habría dicho que le parecía más fácil morir que mudarse.

Como se menciona en la introducción de este libro escrita por Fred Feldkamp, *Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo* quedó incompleto a la muerte de Cuppy. Tenía un contrato para este trabajo, que él siempre había considerado su obra maestra, desde principios de los años treinta, pero había sustituido primero un libro y luego otro, renegociando siempre nuevos plazos y avances para *Ocaso y caída*. Habían aparecido versiones de la mayoría de los artículos como artículos breves en revistas, pero él seguía ampliándolos y perfeccionándolos, y, de vez en cuando, expresaba la duda de que jamás estuviera lo bastante satisfecho para considerar completo su libro favorito. Entre las notas que dejó en la época de su suicidio se encontraban instrucciones referentes a *Ocaso y caída*.

Fred Feldkamp, albacea literario de Cuppy, amigo íntimo, editor y ardiente admirador, dedicó muchos meses a completar *Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo*. Había trabajado muchos años con Cuppy, y era capaz de convertir toscos fragmentos y voluminosas notas en piezas fieles al estilo y pensamiento de Cuppy, y que se ganaron la aclamación que su autor merecía. Es un placer que este soberbio libro vuelva a ofrecerse al público, prueba, quizá, de que el movimiento pro odio a Cuppy por fin ha sido vencido mientras el movimiento pro ayuda al pobre Cuppy, que Will creía estaba en las últimas, al fin ha prevalecido.





WILL CUPPY (1884-1949) fue periodista y humorista. Estudió en la universidad de Chicago entre 1902 y 1907 y durante esta época colaboró en diversos periódicos de la ciudad y estudió literatura. Fue crítico literario en el *New York Herald-Tribune* y en el *Saturday Evening Post*. Su primera obra fue un libro de cuentos (*Maroon Tales*, 1910) y la segunda no se publicó hasta 1929, *How to be Hermit* (1929), un relato basado en sus experiencias en Jones Island. En 1931 publicó *How to Tell your Friends from the Apes*, una recopilación de los relatos que había publicado previamente en *New Yorker*. En los años treinta era ya una figura muy destacada en los círculos literarios de Nueva York, en parte por su talento y en parte por su forma un tanto excéntrica de hacer las cosas. *Ocaso y caída de prácticamente todo el mundo* es un libro póstumo que editó su amigo Fred Feldkamp en 1950.

## NOTAS

[1] La antigua expresión egipcia para designar el sur era « corriente arriba» . Era errónea. <<

[2] O en el año 3500 a. C., o, posiblemente, en 3000 a. C. <<

[3] Menes pudo ser Aha o Ohe. <<

[4] Los egipcios predinásticos pegaban a sus esposas con *naboots* o toscas barras de madera. Los maridos de la Primera Dinastía empleaban hachas de pórvido exquisitamente labradas, capaces de romper un brazo de un solo golpe. <<

[5] A esto se le llamaba la sabiduría de los ancianos. <<

[6] Pocas personas son conscientes de que la parte habitable de Egipto comprende sólo unos treinta y tres mil kilómetros cuadrados. <<

[7] Nunca discuto con los entusiastas de los sumerios. Me limito a preguntar: «¿Y qué me dices de los badarios?». <<

[8] Los egipcios creían que el cuerpo debía conservarse indefinidamente para conseguir la inmortalidad. Esto demuestra lo que sabían. <<

[9] Los últimos faraones utilizaron piedra con este fin. También se caía. <<

[10] O Hwfw. <<

[11] Cómo los griegos crearon *Cheops* a partir de *Hwfw* es algo que se desconoce.

<<

[12] El Empire State Building tiene trescientos setenta y cuatro metros de altura.

<<

[13] Hasta el 7 de febrero de 1938 no se emitieron programas de radio desde la Cámara Funeraria del Rey. <<

[14] La principal ambición de todos los egipcios era ser una momia, pero sólo los ricos se lo podían permitir. Más adelante, las personas de módicos medios pudieron ser momias. <<

[15] La Gran Pirámide es una maravilla, si a uno le gustan las pirámides. <<

[16] No sabía que su momia sería sacada de su féretro y arrojada lejos. Eso tal vez le habría preocupado. <<

[17] Ésta era la idea que tenían de lo que es tomar un baño. Las clases superiores empleaban aceite de oliva. <<

[18] Llamaban a la pirámide *Ekhut Khufu*, o la Locura de Khufu. <<

[19] Se puede conseguir una reproducción de la Gran Pirámide de piedra sólida hecha por encargo por 156 millones de dólares. Es más barata si se la hace uno mismo; entonces se sabe que está bien hecha. <<

[20] Probablemente, si se intentara no se derrumbaría. <<

[21] La reina Merytyetes o Mertitiones, la esposa madrastra, sobrevivió a Khufu y fue traspasada al hijo de éste, Khafe. Curioso. <<

[22] Hubo un faraón secundario entre Khufu y Kefrén. Lo único que sabemos de él con seguridad es su nombre, que era Radedef, o Tetf-Re, o Didoufri, o Ratiosis.

<<

[23] En 1925-1926, Monsieur Baraize, del Departamento Egipcio de Antigüedades, reveló algunos interesantes detalles estructurales. <<

[24] Gracias al general Vyse, que entró en la tercera pirámide en 1837 y envió parte de su contenido al Museo Británico, el sarcófago de basalto labrado perteneciente a Menkaure ahora se halla en el fondo del Mediterráneo. <<

[25] Pronunciado *Há-chep'sut*. <<

[26] O, si lo prefieres, Thothmes, Tahutmes, Tahutimes o Dhutmes. O Thuthmose, Thothmoses, Tothmoses, Thuthmoses, Tethmoses o cualquier cosa razonable. <<

[27] Pronunciado *Chumley*. <<

[28] Ella quería ser el jefe tanto si alguien la amaba como si no. Algunas personas son así. <<

[29] Los egiptólogos que examinaron la momia de Tutmosis II casi tres mil quinientos años después de su muerte comentan que no estaba bien. Tenía un aspecto espantoso. <<

[30] Su cráneo tenía forma pentagonoide, y su cara era pequeña, estrecha, elíptica e irremediable. <<

[31] En la actualidad se encuentra en el Museo de El Cairo. <<

[32] Wazmosis y Arnenmosis habían muerto en su infancia, igual que Neferubity.

<<

[33] Los faraones llevaban barba postiza, símbolo de una sabiduría también postiza. <<

[34] Manetho sitúa a Amosis I en la Decimoséptima Dinastía. Pero es una tontería. <<

[35] Cuando empezaban a discutir, forzosamente alguien tenía que ceder, y ese alguien no era Hatshepsut. <<

[36] El primer ministro de Hatshepsut era Hapuseneb, un viejo tipo calvo con un lobanillo en la punta de la nariz. Murió pobre. <<

[37] También erigió en Karnak dos obeliscos de granito rosa, uno de los cuales no cayó, aunque siempre estuvo un poco torcido. <<

[38] Como tantas grandes mujeres, Hatshepsut era una fanática de los jardines. Siempre pedía esquejes. <<

[39] La madera de Khesyt es un tipo especial de madera obtenida del árbol Khesyt. <<

[40] Senmut no fue a Punt. <<

[41] Un amigo sugiere que, al saber del nacimiento de Tutmosis IV, Hatshepsut abdicó. Una teoría encantadora, pero las fechas no coinciden. <<

[42] Una estatua de Senmut se encuentra en Chicago. Otra, actualmente en El Cairo, fue descubierta por dos damas inglesas, Miss Benson y Miss Gourlay, mientras figaban en el Templo de Mut. <<

[43] Pero al final el dinero se acabó. Nadie sabe adonde fue a parar. <<

[44] Durante el reinado de Amenhotep IV, o Ikhnaton, los hititas se hicieron tan fuertes que el Imperio Egipcio se dividió. En este momento no recuerdo qué se hizo de los hititas. <<

[45] En rigor, se puede decir que la Era de Pericles terminó el año 430 a. C., cuando fue declarado culpable de malversar fondos públicos. Nada fue lo mismo después de eso. <<

[46] No puedo creer que Aristides el Justo robara tanto como Temístocles decía. Siempre tuvo un aspecto muy regio y digno. <<

[47] Temístocles ofrecía una señal fácil de las formas más toscas de discusión política, pues había nacido fuera del matrimonio. <<

[48] Pericles desterró de inmediato a su rival más fuerte, Cimón, que había alcanzado popularidad haciendo llevar los huesos de Teseo, asesino del Minotauro, a Atenas desde la isla de Scyros. Como Teseo era un mito, no podía tener huesos. Aun así, Cimón los llevó a Atenas. <<

[49] Los ciudadanos más pobres tenían oportunidad de llegar a gobernar, pero por alguna razón no lo hacían. Puede que sólo fuera coincidencia. <<

[50] También revocó sus derechos a censurar la vida privada de los ciudadanos. Esto estuvo mal por parte de Pericles, pues casi el único placer que tenían los viejos era sorprender a algún ciudadano haciendo algo que no debía. Después, tuvieron que emplear su imaginación. <<

[51] Sir Francis Galton señaló que los atenienses eran el doble de inteligentes que nosotros. Si quiere reírse con ganas, consulte la teoría de las estirpes de sir Francis. <<

[52] Para estos cargos la clase inferior no era adecuada. Tenían malos antecedentes. <<

[53] Cuando una ciudad ponía objeciones a que la ayudaran de esta manera, se le hacía entrar en razón. La cantidad de protección la fijaba Aristides el Justo. <<

[54] Esto no tuvo nada que ver con el juicio por malversación. Aquello fue otra cosa. <<

[55] Muchas personas creen que construyó la Acrópolis en el Partenón. He intentado pensar alguna manera de impedir este error. No hay ninguna. <<

[56] A Pericles le gustaban mucho Esquilo, Sófocles y Eurípides, porque él tampoco entendía los chistes. <<

[57] Eurípides pasó sus últimos años en Macedonia, pues su esposa se había enamorado de Cefisofón, un actor. Muchas mujeres griegas estaban mentalmente subdesarrolladas. <<

[58] Los que hablan así se llaman filósofos. <<

[59] Detrás de todo gran hombre siempre hay una mujer para instruirle en algo.  
Luego, él hace justo lo contrario. <<

[60] A esa época se la ha llamado la Edad de Oro. <<

[61] En realidad, en la época actual existió ese movimiento. Por cierto, ¿cómo acabó? <<

[62] Los griegos no hacían nada en exceso, a menos que se volvieran locos por ello. <<

[63] También se admitían mujeres en las representaciones teatrales de las tragedias. Siempre llegaban tarde. <<

[64] Tuvo que ser legalizado mediante un voto especial de la Asamblea, todo por aquella ley que su padre había promulgado en el año 451 a. C. Esto demuestra que nunca se sabe. <<

[65] Un corresponsal pregunta por qué Sócrates siempre frecuentaba las esquinas con un puñado de jóvenes griegos. Esperaba el tranvía. <<

[66] Así es como llamaban los macedonios al mes de Hecatombaeon, según indica Plutarco, y él debería saberlo. <<

[67] El profesor F. A. Wright, en su libro *Alexander The Great*, llega a llamarle « el mayor hombre que la raza humana jamás ha producido» . <<

[68] Hablaba lo que se conoce como griego ático. <<

[69] Tras la muerte de Filipo, Olimpias hizo hervir viva a una de las otras esposas de su marido. Esto demuestra lo que pensaba de ella. <<

[70] Tener serpientes auténticas en casa no hace ningún bien a un alcohólico. Lo único que hace es complicar las cosas. <<

[71] Incluso él llegó a creérselo. <<

[72] Unos años más tarde, cuando Aristóteles pidió a su antiguo alumno que averiguara cuál era la causa de la crecida del Nilo, Alejandro respondió correctamente, diciendo que la causaba la lluvia. Esto agradó mucho a Aristóteles, ya que el asunto le había preocupado durante años y, desesperado, casi se había dado por vencido. <<

[73] Los tebanos sólo eran beocios, considerados en general unos zoquetes. Sin embargo, Plutarco lo niega con cierto apasionamiento. Plutarco era beocio. <<

[74] También había hecho la vista gorda a la liquidación de Filipo. <<

[75] « Proclamó audazmente la hermandad del hombre» . F. A. Wright. <<

[76] Los uxios, o huxios, pueden haber sido los antepasados de los loorios. <<

[77] El nombre Bagoas es una forma abreviada de Bagadata, que significa «Dado por Dios». A menudo se aplicaba a los eunucos por razones que no he sido capaz de verificar. <<

[78] Jerjes I fue envenenado por el eunuco Aspamitres. Era muy frecuente emplear eunucos como consejeros reales, ya que tenían más tiempo para pensar.

<<

[79] Entre los persas, el número sesenta o cualquier múltiplo de sesenta se consideraba que daba buena suerte. <<

[80] Solía ser extremadamente brutal con sus cautivos, a los que vendía como esclavos, torturaba hasta matarlos u obligaba a aprender griego. <<

[81] Ajustó una vieja cuenta colgando al historiador Calístenes, sobrino nieto de Aristóteles. Calístenes se negó a postrarse al estilo persa, entonces Alejandro se negó a besarle, y las cosas fueron de mal en peor. <<

[82] Alejandro no conquistó el mundo, de ninguna manera, ya que nunca estuvo en Italia, Galia o España, por mencionar algunos lugares. Se podía haber ahorrado las lágrimas por eso. <<

[83] Alejandro siempre había sido bueno con Bucéfalo, cuyo nombre dio a una ciudad. Dio a otra el de su perro, Peritas, y el suyo a otras diecisiete. <<

[84] « A las debilidades de la carne, a las que muchos grandes hombres han estado sometidos, él era inmune casi por completo» . F. A. Wright. <<

[85] Probablemente no es cierta la historia acerca de Alejandro y Talestris, reina de las Amazonas. Aun así, Talestris solía ir a su aire. <<

[86] Se dice que olía a violetas. Yo he oído otra cosa. <<

[87] Pero véase F. A. Wright sobre la obra de Alejandro: « Sobre todo como apóstol de la paz mundial» . <<

[88] Cartago era gobernada por sus hombres ricos y, por lo tanto, era una plutocracia. Roma era gobernada también por sus hombres ricos y era, por lo tanto, una República. <<

[89] Los estudiosos nos hablan poco de los etruscos. ¿Por qué iban a decir nada de ellos? <<

[90] Navegaban de noche guiándose por las estrellas, dependiendo sobre todo de la estrella polar. Pida a un amigo que le señale la estrella polar alguna noche y a ver qué ocurre. <<

[91] Los fenicios empleaban un alfabeto de veintiuna consonantes. No dejaron literatura alguna. No se puede ser literario si no se dispone de algunas vocales. <<

[92] No hay que confundirlo con el otro general cartaginés del mismo nombre y de la misma guerra, ni con los cuatro anteriores y posteriores Amílcares. <<

[93] Los cartagineses tenían la costumbre de quemar vivos a sus hijos pequeños, en épocas de peligro, como sacrificio al dios Baal, o Moloch. Me temo que lo hacían con la esperanza de salvar su propio pellejo. Como es obvio, no hacía ningún bien a los niños. <<

[94] Los romanos capturaron más de un centenar de elefantes durante una batalla en la Primera Guerra Púnica. Los enviaron a Roma para divertir al populacho. <<

[95] El doctor Arnold de Rugby defendió tenazmente el Pequeño San Bernardo como el paso que utilizó Aníbal. Jamás perdonó a Polibio, que examinó paso a paso la ruta de Aníbal y dio ciertas descripciones que no se parecen en nada al Pequeño San Bernardo. <<

[96] Él iba montado en un elefante. <<

[97] Livio nos informa de que Aníbal partía las enormes rocas alpinas con vinagre para abrir un camino para los elefantes. El vinagre era altamente explosivo en el año 218 a. C., pero no lo ha sido ni antes ni después. <<

[98] Esto lo hizo Publio Cornelio Escipión, hijo de Publio Cornelio Escipión, que posteriormente fue Escipión el Africano. Si tuviera tiempo, explicaría los once Escipiones más importantes. <<

[99] Después de Trasimeno, Quinto Fabio Máximo hizo que Aníbal le persiguiera de un lugar a otro con el fin de ganar tiempo para los romanos. Así se ganó Fabio el título de *Cunctator* o el Vacilante. Poco después de su muerte, recibió el mayor honor que la República podía conceder: una corona de hierba. <<

[100] En tiempos, los Ptolomeos habían sido puros griegos macedonios. Para entonces eran de clase B, en todo caso. <<

[101] El jefe de Egipto era Potino, un eunuco. <<

[102] Mientras se encontraba en Galia, César había asesinado a un millón de hombres, mujeres y niños, y esclavizado a otro millón. Ningún otro romano había rozado jamás esa cifra. <<

[103] Los dos pequeños Ptolomeos, XIV y XV, no fueron tan perversos como la mayoría de los demás Ptolomeos. No tenían edad suficiente para ello. <<

[104] El primero de los tres matrimonios de César —con Cornelia, una muchacha muy rica— resultó trágico. Sylla, enemigo de César, le confiscó la dote poco después de la boda. <<

[105] Esto da un aspecto distinguido si se tiene dinero. <<

[106] James Anthony Froude sostenía que toda la historia de César y Cleopatra fue una invención de una época posterior. No me acuerdo de cómo explicaba el hijo fruto de esos amores. <<

[107] Dudo que Cleopatra disolviera una perla de 375.000 dólares en vinagre y se la bebiera para impresionar a Antonio con su riqueza y despilfarro. Para empezar, las perlas no se disuelven en el vinagre. <<

[108] Los gemelos se llamaron Alejandro Helios y Cleopatra Selene. <<

[109] Una vez, durante una jornada de pesca, Cleopatra ató un arenque ahumado en el anzuelo de Antonio y estuvieron a punto de morir de risa. Bueno, fue bastante divertido. <<

[110] Cuando Antonio estaba casado con Fulvia, salía de pronto de detrás de los muebles y gritaba: « ¡Susto!» . <<

[111] Antonio solía poner el codo derecho sobre la rodilla derecha y se sostenía la barbilla con la mano. No pasaba nada. <<

[112] El lema de Antonio era: « Todo por amor» . ¿Ve lo que ocurrió? <<

[113] No he podido encontrar mucha información sobre el áspid. Lo siento. <<

[114] En su desfile triunfal Octavio hacía llevar un muñeco con la apariencia de Cleopatra con un áspid sintético prendido. ¡Qué delicado! <<

[115] También crió a los cuatro hijos de Antonio con ella y Fulvia, y tres que había tenido ella con Marcelo. Se ocupó espléndidamente de todos ellos, y uno, la hija que había tenido con Antonio, resultó ser antepasada del Emperador Nerón. Todo lo que hizo Marco fue un error. <<

[116] Para una dolencia de hígado, Suetonio narra: « Como las fomentaciones calientes no le proporcionaban alivio, su médico Antonio Musa le hizo probarlas frías» . <<

[117] Los dermatólogos romanos tenían un dicho muy gracioso sobre sus pacientes: « Nunca mueren y jamás se ponen bien. ¡Es perfecto!» . <<

[118] Todos los Ahenobarbi, o Barbabronce, tenían la barba roja porque Cástor y Pólux habían vuelto roja la barba negra de Lucius Domitius Ahenobarbus, fundador de la familia, no recuerdo por qué. <<

[119] Suetonio afirma que cuando Tiberio, tío de Agripina, se hallaba en el exilio y buscaba augurios favorables, « cuando se estaba cambiando de ropa, su túnica parecía estar ardiendo» . Probablemente estaba ardiendo. <<

[120] Por cierto, ¿quién fue Germánico? <<

[121] Popea Sabina era hija de Popea Sabina, que era hija de C. Popeo Sabino.

<<

[122] Claudio finalmente la hizo matar, pero no hasta que ella se lo hubo pasado de lo lindo. Si no conoce los detalles de su carrera, no se pierde nada. <<

[123] Cuando Séneca fue exiliado durante un tiempo bajo la *Lex de adulteriis*, no dijo nada en absoluto. No había nada que decir. <<

[124] Agripina tenía dos dientes caninos en el lado derecho de la boca. Esto siempre iba bien cuando se reía en determinados círculos. <<

[125] Su único amigo era un pequeño caniche blanco. <<

[126] Fue el hermano de Germánico. <<

[127] Cuando era niño, Claudio había estado desatendido. Su madre, Antonia, se negó a volver a casarse después de la muerte de Druso y se entregó por entero a su lamproa domesticada, que quizá le recordaba al fallecido. <<

[128] El hijo de Claudio, Druso, con Plaucia Urgulanillo murió asfixiado cuando jugaba a tirar peras al aire y cogerlas con la boca. <<

[129] Ferrero sostiene que algunas partes de su mente estaban sumamente desarrolladas. No indica cuáles. <<

[130] En general, se cree que no se arrojaron cristianos a los leones hasta el reinado de Marco Aurelio Antonino, cuyas *Meditaciones* debería usted leer. Son fantásticas. <<

[131] Nerón tenía la voz fina y débil. Si hubiera poseído más volumen habría sido peor. <<

[132] A la edad de doce años, Nerón había demostrado poco interés por las artes, en particular la música, la pintura, la escultura y la poesía. ¿Por qué no se hizo nada para remediarlo? <<

[133] No me importa que haya cantantes, pero si no practican... <<

[134] Gibbon ha tratado el asunto por extenso, por decirlo suavemente. <<

[135] Marcelo los describió como « bestias de dos patas, pequeñas e imberbes, y aparentemente encadenados a sus caballos. Incluso dormían apoyados en el cuello de su montura» . ¿Y a eso le llamaban vivir? <<

[136] Había dos clases de hunos, uno de ellos finico, permiano o ugriano. Los nuestros eran del otro tipo. <<

[137] Los hunos tenían un aspecto más imponente cuando iban a caballo. ¿Y  
quién no? <<

[138] Su lenguaje parece que fue menos adecuado que el latín para el cultivo de las artes y las ciencias. O te dedicas a estas cosas o relinchas como un caballo. No se pueden hacer ambas. <<

[139] Dicen que mientras iba montado en un carro. No es extraño que siempre estuviera de viaje. <<

[140] Ya no es necesario que siga la pista de Bleda. No vivió mucho tiempo. <<

[141] Atila tenía la costumbre de hacer girar los ojos con fiereza. Esto acobardaba a la gente. <<

[142] Teodosio II se llamaba Teodosio el Calígrafo por su bella caligrafía. Generalmente, estas personas también dibujan pájaros. <<

[143] Se puso furiosa. <<

[144] Tras la muerte de Teodosio II, su hermana Pulqueria, jefa de las vírgenes, ejecutó a Chrysaphius, el Gran Eunuco, factótum de su hermano. Tenía mal genio, por alguna razón. <<

[145] Valentiniano ejecutó a Jacinto, el eunuco que llevó el mensaje de Honoria a Atila. La vida no era un lecho de rosas para aquellos tipos. <<

[146] Entre los presentes se encontraba Ardarico, rey de los gúpidos, ahora firme aliado y miembro del personal de Atila. <<

[147] La batalla de Châlons no se libró en Châlons sino en Troyes. Naturalmente, se la llamó la batalla de Châlons. <<

[148] Gibbon habla de las «proposiciones indecentes» de Honoria. Bueno, hay que ver. <<

[149] A instancias de su eunuco Heráclito, Valentiniano asesinó a Aétius, que había salvado al país; luego, Valentiniano fue asesinado por seducir a la esposa de Petronio Maximus, y Heráclito fue encarcelado por conducta desordenada. ¿Y pregunta por qué cayó Roma? <<

[150] Lamentablemente, no había envejecido bien. <<

[151] Algunos dicen que simplemente se le rompió un vaso sanguíneo. Ya ha ocurrido. <<

[152] Cuando Atila murió, los gúpidos volvieron a cambiar de bando. Fueron exterminados por los lombardos en el año 567. Esto simplificó un poco las cosas.

<<

[153] No era más que un hombrecillo feo que iba por ahí montado en un poni. <<

[154] Aun así, tuvo algunas ideas brillantes para ser un huno. <<

[155] Eran los últimos merovingios, que se llamaban así por un anciano llamado Merwig. <<

[156] Pipino el Breve puede ser considerado Pipino III en la línea de mayordomos si se empieza con Pipino el Mayor como Pipino I y Pipino el Joven como Pipino II. <<

[157] Lo máximo que diré es que esto me produce cierta incomodidad. A Gibbon también. <<

[158] La procedencia de estas personas es un problema. Siempre logran colarse.

<<

[159] Los avaros consiguieron su tierra de los gúpidos. <<

[160] Hay que tener en cuenta que los wiltzes, en realidad, eran los weletabianos.

<<

[161] Como todos sabemos, Carlomagno tenía una larga barba blanca. <<

[162] El rey de Siam trató de regalar un elefante al presidente Lincoln. Le convencieron de que no lo hiciera. <<

[163] Se cuenta que Trogo, uno de los hijos ilegítimos de Carlomagno, llevó una vida ejemplar como obispo de Metz <<

[164] Angilberto, un joven poeta de la corte, trabajó durante años en un poema épico latino, del que leía partes en voz alta a la hora de la cena. Terminado o no, este poema no ha llegado hasta nosotros. Puede que nunca sepamos de qué trataba. <<

[165] Carlomagno manejaba su espada con una gran belleza en los desfiles. Por razones que sólo él conoce, nunca apareció en persona en las batallas. <<

[166] En su historia sobre Carlomagno, Monsieur Gaillard fijó su altura en un metro ochenta y cinco. Yo calculo que era de uno noventa. <<

[167] San Agustín, el autor favorito de Carlomagno, tiene algunos pasajes que hablan de estos asuntos. Estaba en contra. <<

[168] Lamento descubrir que Gibbon repite con cierto detalle los chismes, aunque al parecer cita a Schmincke. <<

[169] Se separaron de mutuo acuerdo unos años más tarde. Incompatibilidad. <<

[170] Pero no crea que se parecía a Atila rey de los hunos. Carlomagno era mucho más suave. <<

[171] Godiva era hermana de Thoroldo el Sheriff. Esto tendría más sentido si supiéramos quién era Thoroldo el Sheriff. <<

[172] No olvide el cabello de la niñita. Desempeña un papel importante en la historia más adelante. <<

[173] Eso también es material de la trama. <<

[174] Godiva había puesto a su yegua el nombre de Aethelnoth cuando ambas eran demasiado jóvenes para saber que era estrictamente un nombre masculino, como en el caso de Aethelnoth el Bueno, arzobispo de Canterbury en tiempos de Cnut y Harold I. <<

[175] Quizá Leofrico no tenía tan mal aspecto cuando llevaba armadura, o tal vez Godiva era un poco miope. <<

[176] Como comentó al conde de Northumberland: « Parece mentira» . <<

[177] Por alguna razón, los ingleses de esa época subsistían principalmente a base de anguilas. <<

[178] El nombre de Godiva era el equivalente de Godgifu, o « Regalo de Dios» . El rey Eduardo el Confesor tenía una hermana, Godgifu, que era la madre de Ralph el Tímido. <<

[179] Si Matthew de Westminster puede mencionar sus piernas, ¿por qué no puedo yo? <<

[180] Véase también *Flores historiarum* de Roger de Wendover. <<

[181] Leofrico quiso bromear un poco aquí. Para referirse a « vestido» utilizó la palabra gaélica que significa literalmente « lo que está cosido» y se quedó obsoleta hace casi dos siglos. <<

[182] O manto, como antiguamente también se llamaba. <<

[183] Leofrico no fue, como es posible que haya oído usted decir, el padre de Hereward el Inútil. <<

[184] Al parecer, Aelfgar no tuvo ninguna hija llamada Lucy, como insisten algunos, o sea que su nieta no pudo casarse con Ribaldo de Middleham. <<

[185] Era Newark-on-Trent. <<

[186] Puede que sea incorrecto hablar de Ealdgyth como Edita la Justa, pues la latina *Eddeva pulcra* que aparece en el registro de empadronamiento de la época pudo ser otra Ealdgyth. <<

[187] Además, Ealdgyth se traduce más fácilmente por Alditha, que difiere un poco de Eadgyth o Editha. Y *Eddeva* se transforma mejor en Eadgifu, o... Ah, al diablo. <<

[188] O Vannoza, para abreviar. <<

[189] Vanozza estaba respetablemente casada, aunque no con Rodrigo, cuando llegaron los niños. <<

[190] Era español, ¿sabe? <<

[191] Vannoza era rubia, igual que Giulia Farnese, madre de Laura Borgia, nacida en 1492, el año en que Rodrigo fue nombrado Papa con el nombre de Alejandro VI. <<

[192] Nicolás Maquiavelo era hijo natural de Bernardo Maquiavelo. Murió en 1527, tras tomar un purgante demasiado fuerte. <<

[193] Frederick Baron Corvo insiste en señalar que ni Rodrigo ni César mataron jamás un oso. Si no hay oso, no hay veneno, afirma. <<

[194] Pedro de Abano afirma que los sesos de gato son extremadamente letales. Los sesos de gato son inocuos si se emplean con moderación. <<

[195] Un médico moderno afirma que Lucrecia era «el tipo de muchacha neurasténica, blanda de carnes y visceroptótica». No me sorprendería en lo más mínimo. <<

[196] Su siguiente esposa contaba una historia diferente y tuvieron un hijo para demostrarla. <<

[197] Algún tiempo antes, la medio hermana natural de Alfonso, Sancha, se había casado con el hijo natural de Rodrigo, Gofredo. <<

[198] En justicia, hay que decir que César no siempre cometía él mismo los asesinatos. La mayoría se los hacía cometer a Micheletto, un hijo natural del viejo Micheletto. <<

[199] La propia reina Victoria era una Welf, o Güelfo. Habría podido reclamar parentesco por matrimonio con Lucrecia Borgia si le hubiese apetecido. <<

[200] El duque Ercole le dejó su marca de Ferrara. Poco antes de su muerte, proclamó un edicto prohibiendo a los panaderos que amasaran la pasta con los pies. <<

[201] Aunque la culta Isabella quizá la considerara un poco infrahumana, intelectualmente hablando, no hay que pensar que Lucrecia era completamente analfabeta. Tenía diecisiete libros encuadernados en terciopelo de color púrpura con adornos de oro y plata. <<

[202] Ya sabe, la que fue violada. <<

[203] Muchos años más tarde, estos memorándums fueron reunidos con cuidado, clasificados, atados con una cinta y tirados. <<

[204] Aunque uno sea Tiziano, hay que tener algo con lo que trabajar. <<

[205] A Felipe le gustaban mucho los pájaros. El canto de un ruiseñor en un atardecer estival le conmovía casi hasta las lágrimas. <<

[206] No se puede hacer. <<

[207] Voltaire calificó a Felipe de entrometido real. <<

[208] Y se preguntaba por qué nadie cumplía bien sus órdenes. <<

[209] Isabel la Católica alardeaba de haberse dado sólo dos baños en su vida: uno cuando nació y el otro cuando se casó con Fernando. Le dieron el tercero cuando murió. <<

[210] Ordenó a los moriscos que sólo hablaran español, lo supieran o no. <<

[211] Don Carlos obligó en una ocasión a su zapatero a comerse un par de botas estofadas. Le iban pequeñas. <<

[212] La reina Isabel sí, por eso le rechazó. <<

[213] Isabel de Valois estaba bien, salvo que su madre era Catalina de Médicis.

<<

[214] La combinación no era ideal. <<

[215] La familia Fugger de Augsburgo pagó las facturas de la Invencible.  
Apoyar a los Habsburgo arruinó a los Fugger. <<

[216] Siempre estaba embarcado. <<

[217] Su bisnieto fue Luis XIV. <<

[218] Luis XIII pasó quince años seguidos lejos de su esposa. Al parecer no le interesaba. <<

[219] Se podría escribir un libro entero sobre hombres célebres que de jóvenes eran estúpidos y siguieron siéndolo durante toda la vida. Ahora no podemos detenernos en ello. <<

[220] A Luis *la gloire* le gustaba aún más que *l'amour*. <<

[221] El Chevalier de Tourville se encargó de arruinar la flota. Lo completó en 1692. <<

[222] Ya en 1429, hubo una batalla de los Arenques, librada sobre un transporte inglés que traía arenques para las tropas inglesas que asediaban Orleans. La Liga Hanseática también tuvo que ver con los arenques. Pero un día, los arenques abandonaron el mar Báltico por el mar del Norte. La Liga Hanseática no volvió a ser la misma jamás. <<

[223] Carlos II de España, que murió en 1700, creía que estaba embrujado. Probablemente era cierto. <<

[224] Atribuyo parte de los infortunios franceses al hecho de que el duque de Vendôme se negaba obstinadamente a levantarse hasta la tarde, hubiese batalla o no. <<

[225] No tenía por costumbre exponerse a las balas. <<

[226] Luis era muy valiente en el campo de caza, donde disparaba a miles de perdices. <<

[227] No he podido averiguar quién despertaba al *valet de chambre*. <<

[228] Paul Reboux nos señala que la etiqueta de la corte incluía «peinarse el cabello por la mañana, levemente, para hacer saltar los bichos». Asimismo, estaba mal escupir en el suelo durante las cenas formales «excepto tras la servilleta». <<

[229] La más hogareña de las sobrinas del cardenal Mazarin. <<

[230] Leían poesía juntos. <<

[231] Comía ajo, pero Luis también, o sea que no importaba. <<

[232] También tenía el labio de los Habsburgo y siempre lloraba. <<

[233] La Vallière despertó los instintos protectores de Luis, o la habría echado a patadas antes. <<

[234] Le encantaba hacerlo. Por debajo de todo eso, básicamente era del tipo vil.

<<

[235] No sé si envenenó o no a Mademoiselle de Fontanges, una muchacha encantadora que estaba por ahí hacia la misma época que madame de Soubise.

<<

[236] Entre los dos no tenían ni un diente bueno. <<

[237] Habían sido declarados « príncipes de la sangre» y se suponía que eran tan buenos como cualquiera. <<

[238] A veces, Père la Chaise, viejo amigo de porte algo formidable, se dejaba caer para charlar. Años después, pusieron su nombre a un cementerio. <<

[239] No es cierto que Luis XIV tuviera un hermano gemelo llamado el Hombre de la Máscara de Hierro. <<

[240] Anne también sabía cocinar, y posteriormente se dedicó a esta profesión.

<<

[241] Durante un tiempo asistió a una institución para personas jóvenes « que puedan hallarse en peligro de arruinar su vida» . Sólo se quedó un trimestre. <<

[242] La práctica de mirar ha sido tristemente descuidada desde el siglo XVIII. Nuestra vida moderna es tan precipitada que no hay poesía. <<

[243] En algún sitio hay que empezar. <<

[244] No digo nada del Abbé de Bonnac. ¿Para qué sacar a relucir esas cosas?

<<

[245] La reina Marie Leszczinska había estado en Versalles desde 1725. Vivió allí los últimos treinta años. <<

[246] En veinte años se pueden intercambiar muchas ideas; en realidad, todas.

<<

[247] Y a una tal Miss Murphy, que sí la tuvo. <<

[248] El término técnico para este puesto era *maîtresse déclarée*, o *maîtresse en titre*. En la actualidad, no nos molestaríamos en ponerle nombre. <<

[249] El apellido Vaubernier con el que Jeanne es catalogada con frecuencia en las bibliotecas apareció por primera vez en sus documentos matrimoniales. Es falso. <<

[250] Algunas personas alzaban las cejas —de forma injustificada, me parece a mí— ante el escudo de armas de Du Barry, que contenía como lema el antiguo grito de guerra, perfectamente válido, de: « Boutez en avant!» o « ¡Empujad hacia delante!» . <<

[251] María Antonieta escribió a su hermano, luego el emperador José II de Austria: « Mi esposo es un pobre hombre» . Esto lo dice todo. <<

[252] Siempre se puede conseguir un doctorado en historia tratando de interpretar esa declaración en todos sus aspectos y ramificaciones. No hay dos doctores en historia que estén de acuerdo en su significado. <<

[253] En una ocasión envió unas semillas de fresas a Linnaeus. ¿Y por qué no?

<<

[254] La condesa d'Esparbes dijo a uno de sus amiguetes que Luis se había tomado una dosis de su tónico antes de entrevistarla a ella en 1764 sin que produjera ningún efecto. Luis la desterró de la corte; le estuvo bien empleado. <<

[255] El tipo abandonó Versalles encolerizado y jamás se le pudo convencer de que volviera. Hay que ser dos para gastar una broma. <<

[256] Esto es más de lo que pudo hacer Madame de Pompadour, y la Pompadour tenía cerebro. <<

[257] Probablemente estaba encantada. <<

[258] Lo único que le negó fue un retrete de oro macizo, y eso porque un oficial entrometido estaba poniéndole en ridículo por el derroche en la corte. Jeanne tuvo que anular el pedido y conformarse con la plata hasta que se olvidara el asunto. <<

[259] La simple mención de las finanzas ponía enfermo a Luis XV. Yo también soy así. <<

[260] No eran fanáticos morales. Estaban dolidos por los impuestos. <<

[261] A María Antonieta le había tocado el turno dos meses antes. <<

[262] Jean du Barry, el libertino, fue decapitado por ser un caballero, aunque sólo sobre el papel. Guillaume, el esposo legal de Jeanne, fue absuelto y se casó con Madeleine. <<

[263] Choiseul siempre fue mezquino con Du Barry, temiendo que ella intentara dirigir el país. Jeanne no sabía nada del viejo país y le importaba menos. Sólo quería ir a la suya. <<

[264] Igual que la mayoría de la gente. <<

[265] Había descubierto su verdadera vocación. <<

[266] Dedicó el resto de su vida a hacer mantillas de ganchillo, pero era demasiado tarde. <<

[267] Algunas actrices de cine adoptaron posteriormente esta técnica. <<

[268] Eso le dará una idea. <<

[269] También hizo pasar una carretilla a través de un seto de acebo. <<

[270] A partir de entonces, fue costumbre de los zares trabajar en astilleros por delegación. Era mejor para los barcos. <<

[271] Si pide a estos turistas que le hablen de la cabaña de Pedro el grande en Zaandam, dicen que debe de ser el lugar donde han visto el molino. <<

[272] El primer día de la ejecución de la Streltsi, Pedro decapitó personalmente a doscientos. Creía en eso de predicar con el ejemplo. Veinte miembros de la Guardia fueron ejecutados en un banquete. <<

[273] Esto era para que el populacho captara la idea. <<

[274] También ordenó que se cortaran la larga túnica. <<

[275] Se decía, maliciosamente, que a Pedro no le crecía la barba. Muchos hombres famosos han tenido la barba rala. <<

[276] Más adelante, un ruso de las clases superiores pagó cien rublos para conservar su barba, y los campesinos un kopek por el mismo privilegio. Tenían que llevar una etiqueta para demostrar que habían pagado la tasa. Si tenías mucho dinero, podías llevar bigotes largos. <<

[277] Antaño, los salarios de los embajadores extranjeros en Rusia se pagaban en ruibarbo. <<

[278] Era necesario más dinero para salvar al zar, prácticas de artillería y fuegos artificiales. De alguna manera, parece que Rusia no cambia nunca. <<

[279] Las personas que saben mucho de los letones nacen, no se hacen. <<

[280] A Pedro le habría gustado reformar a los cosacos, pero no pudo hacerlo.

<<

[281] No había señoras Falbowski. <<

[282] Supuso mal. <<

[283] Pero Byron escribió un poema sobre él. <<

[284] Él prefería mucho más navegar en el lago Plestcheief. <<

[285] Los historiadores nos indican que tenía un pecho blanco y acogedor. Personalmente, no lo aseguraría. <<

[286] Se desconoce qué fue del novio. <<

[287] También era una gran favorita del ejército. <<

[288] Viejo proverbio ruso: «Cuanto más pegas a la esposa, mejor sabe el bortsch» . <<

[289] Era como algo pensado por Dostoievsky. <<

[290] Era una vieja costumbre familiar. El primer zar ruso, Iván el Terrible, había matado a su hijo, Iván. <<

[291] Les habían prohibido el uso del tabaco, so pena de muerte, en 1634, en tiempos del zar Miguel. <<

[292] Pedro no tuvo tiempo de terminar sus estudios, pero hizo que otros los terminaran. <<

[293] Van Loon afirma que, en 1492, un tirolés de nombre Schnups, que viajaba como jefe de una expedición científica para el arzobispo de Tirol e iba provisto de las mejores cartas de presentación y excelente crédito, trató de llegar a la legendaria ciudad de Moscú. No lo logró. Cuando llegó a las fronteras del vasto estado moscovita, descubrió que no querían extranjeros. Schnups fue entonces a visitar a los odiados turcos en Constantinopla. <<

[294] Pedro medía más de dos metros con las botas puestas. Casi nunca se las quitaba. <<

[295] Algunas personas dijeron que era hija ilegítima de Federico el Grande de Prusia. Si se lo cree, no conoce a su Federico. <<

[296] Ya no se ven tantos pomeranios. ¿Qué ha ocurrido? <<

[297] Pero espere a saber algo de Pedro. <<

[298] Elizabeth había robado el trono al niño zar Iván en 1741. Le gustaba beber licor de cereza, que le frotaran las plantas de los pies y ... bueno... charlar con un tal Razumovsky. <<

[299] Pedro era nieto de Pedro el Grande. Elizabeth le hizo su heredero porque tenía tantas ganas de tener un heredero que estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa. <<

[300] En realidad no tenía amantes, pero él creía que sí. Todo estaba en su cabeza. <<

[301] Pedro no era técnicamente un idiota, pero algo de ello tenía. <<

[302] Hablando de asesinato, Pedro tocaba el violín, « bastante bien» , nos dicen.  
Pero ¿está usted convencido? <<

[303] Este niño fue conocido después como el zar loco Pablo. Fue asesinado por otros locos y fue sucedido por el zar loco Alejandro. <<

[304] « ¡Dios sabe de dónde los saca!», exclamó Pedro en un banquete estatal.

<<

[305] Pedro tenía intención de divorciarse de ella, encerrarla en un convento y casarse con Elizabeth Vorontzov. Esto era una de las cosas que no se le podían hacer a Catalina. <<

[306] Algunos creen que también demostró su gratitud a Alexis Orlov, y posiblemente a Iván, a Teodoro y a Vladimir también. Todos eran su tipo. <<

[307] Sólo para que conste, Pedro Vasilchikov precedió a Potemkin. Resultó insatisfactorio por alguna razón; sus conjeturas son tan válidas como las mías. <<

[308] P. S. Le dieron el puesto. <<

[309] Catalina era una devota abuela. No permitía que sus nietos estudiaran botánica por miedo a que corrompieran su moral. Esto no funcionó. <<

[310] Con un poco de ayuda de un tal Strahov, y quizá Levachov y Stianov. <<

[311] Sustituidos por Miloradovitch y Miklachevski. <<

[312] Lo echaban a suertes. <<

[313] Quizá lo que este país necesita es una Catalina la Grande. <<

[314] Esta parte salió maravillosamente bien, pues Catalina hacía imprimir muchos rublos de papel, todos los que quería. Fue una buena idea, porque el papel moneda es lo mejor. Lo otro sólo es calderilla. <<

[315] A algunas personas nunca se les ocurre que había millones de hombres en Rusia a los que Catalina no conoció jamás. <<

[316] Todos los días arrojaba migas de pan a los pájaros. <<

[317] ¿O fue Federico Guillermo I el que se tragó la hebilla de zapato? Bueno, Federico I se ponía habas en la nariz <<

[318] Los Hohenzollern eran originarios de Suabia. Pero ellos nunca lo mencionaban. <<

[319] Al parecer el esfuerzo les deja exhaustos. <<

[320] Pegaba a las viejas vendedoras de manzanas que no estaban haciendo punto en su puesto. Por alguna razón, le parecía que las viejas vendedoras de manzanas siempre tenían que estar haciendo punto. Esto aterraba tanto a las pobres criaturas que a menudo se olvidaban de hacer el punto del revés. <<

[321] Nunca le entró en la cabeza que los niños no se portan bien. <<

[322] Federico Guillermo pagó hasta 18.500 dólares por sus gigantes. <<

[323] Él nunca dormía mucho. <<

[324] Me temo que Federico no sabía mucha ortografía. Escribía *asleure* por *a cette heure*. También tenía problemas con la puntuación. <<

[325] Aristóteles afirmaba que tocar la flauta es malo para la moral de la gente. Luigi Cherubini preguntó: «¿Me pregunta qué es peor que una flauta? ¿Dos flautas!» . ¡Él algo sabía! <<

[326] Cecear en alemán es bastante grave. <<

[327] No era lo único que le llamaban. <<

[328] Voltaire dijo que Federico nunca mostraba gratitud a ninguna criatura aparte del caballo con el que huyó de la batalla de Mollwitz. <<

[329] Hay algo acerca de Laponia que parece destruir la perspectiva de uno. <<

[330] Maupertuis tenía avutardas y pelicanos domesticados. <<

[331] Es fácil ver los defectos de los demás, lo sé; y es más difícil ver lo bueno.  
En especial cuando lo bueno no existe. <<

[332] Su padre, Federico Guillermo I, golpeó a Jorge II de Inglaterra en la nariz cuando eran niños. <<

[333] Los normandos eran algo así como franceses, sólo que no tanto. <<

[334] Todos los asesinatos debían cometerse los miércoles, sábados y domingos.

<<

[335] Matilde tenía tanto dinero que podía ser descendiente de quien quisiera. <<

[336] Es decir, en público. Lo que ocurrió en privado lo desconozco. <<

[337] Salvo que nadie tiene tiempo para estudiarlo lo bastante. Los días sólo tienen veinticuatro horas. <<

[338] Roberto había invitado a Herleva a su palacio a pasar un fin de semana para charlar. <<

[339] Balduino el Barbudo, abuelo de Matilde, había estado casado con la tía Leonor de Guillermo, ¡y vaya pareja formaban! <<

[340] Todo fue como es debido. Guillermo había estado en casa en marzo. <<

[341] Matilde fue la primera consorte de un rey de Inglaterra que se hizo llamar *Regina*. El término usual era *Hlaefdige*, *Ciúene*, o *Quen*... bueno, déjelo ya. <<

[342] Hablando en sentido estricto, el tapiz de Bayeux no es un tapiz, pues los tapices se supone que están tejidos. ¡Lo siento! <<

[343] No sé quiénes fueron los que lo hicieron, pero conozco a mucha gente como ellos. <<

[344] Uno de ellos fue Reginaldo, posteriormente conde de Cornualles, que inició la saga de Reginaldos en Inglaterra. Naturalmente, algunos Reginaldos fueron legítimos. <<

[345] Adela fue la madre del rey Esteban, que siguió a Enrique I. Otros hijos suyos fueron un idiota llamado Guillermo y el obispo de Winchester. <<

[346] Incluidos el presidente Ulysses S. Grant, el presidente James A. Garfield, y Alice y Phoebe Cary. <<

[347] Con el paso del tiempo, llegó a parecer un pudín. <<

[348] Sólo decapitó a dos de seis, o el 33,3 por 100. No es un mal promedio. <<

[349] Las reglas de la casa decían que «los criados de los aposentos no acariciarán a las doncellas en la escalera, ya que muchos utensilios de la casa se pueden romper como consecuencia de ello» . Esto no era aplicable a Enrique. <<

[350] ¿Por qué iba a hacerlo? El chiste versaba sobre ella. <<

[351] Catalina de Aragón fue en gran medida responsable del despertar de la horticultura en Inglaterra. <<

[352] Se casó con ella porque era diferente. Pero resultó demasiado diferente.

<<

[353] Chamberlin señala que por la noche casi todo el mundo se retiraba desnudo, excepto los de más arriba, que entonces empezaban a llevar ropa de noche. Las costumbres de Enrique en este aspecto pueden imaginarse fácilmente. <<

[354] En Londres, no hace tanto tiempo, el County Council rechazó la sugerencia de que se pusiera el nombre de Ana Bolena a una calle. El doctor Emil Davies dijo que ello podría alentar a las jovencitas de hoy en día a preguntar quién era y « quién sabe qué consecuencias podría tener eso» . <<

[355] Debía de hacerlo. <<

[356] En realidad, no se parecía mucho a ella. <<

[357] Enrique debería haber hecho decapitar a Holbein en su lugar. <<

[358] Enrique le dio veintitrés colchas antes de casarse. Sutil, ¿verdad? <<

[359] Debía de ser muy lista. Vivió más años que él. <<

[360] Algunas peculiaridades de Enrique pueden atribuirse a la cantidad de col hervida que comía. <<

[361] Le gustaba especialmente disfrazarse con armadura y golpear al duque de Suffolken la cabeza con una pesada lanza. <<

[362] Llevaba un tahali adornado con piedras preciosas y perlas. <<

[363] Tenía una capa de cuatro metros de largo. Los caballeros del Bath tenían permiso para llevar túnicas con capucha de color violeta con orlas de piel de armiño. <<

[364] Era mucho más barato que el aceite hirviendo. <<

[365] Enrique escribió un libro sobre Lutero. En su respuesta, Lutero llegó a llamar a Enrique necio y tonto, entre otras cosas. <<

[366] Enrique creó la British Navy y enseguida se hizo hacer un traje de marinero para él, en tela de oro. <<

[367] Era así de graciosa. <<

[368] Eso demuestra lo que puede ocurrir. <<

[369] Era deber del Caballerizo Mayor de la reina permanecer en todo momento a una distancia desde la que pudiera oír si le llamaban. <<

[370] Extender su capa de felpa sobre un charco de agua para que Isabel no se mojara los pies no fue un gran sacrificio; tenía muchas. <<

[371] Sir Walter Raleigh no introdujo el tabaco en Europa. Pero se trajo de América la patata irlandesa, que procedía de las Bermudas. También acaparó el mercado del azafrán. <<

[372] A los dieciséis años hablaba francés e italiano, así como inglés, latín con facilidad y griego moderadamente bien. <<

[373] Nunca supo lo que se perdió. <<

[374] En los últimos años de su vida fue castigada teniendo que coquetear con Robert Cecil. <<

[375] En ocasiones de gala, les gustaba vestirse como hombres salvajes con hiedra y adornos hechos con racimos de avellanas maduras. <<

[376] Con la Ley de los Pobres, los bribones y vagabundos eran azotados. En aquella época, era muy fácil distinguir a los bribones y vagabundos de las demás personas. <<

[377] Incluso, aceptó regalos de personas a las que luego hizo decapitar. <<

[378] Isabel siempre hacía insinuaciones sobre los regalos. Solía obtener resultados. Si no, hacía más insinuaciones, un poco más abiertas. <<

[379] Los regalos del Lord Keeper fueron un abanico, unos colgantes con diamantes, un vestido, un jubón y un par de espinetas. Para ser una reina, tocaba bastante bien este instrumento. <<

[380] En general, se la podía engatusar dándole un cofre con joyas. Si no daba resultado, dos cofres solían darlo. <<

[381] Era completamente calva. <<

[382] Ella inspiró el dicho: « Lo llevaba todo encima salvo la Torre de Londres» .

<<

[383] Después de esto dejó de llevar la cuenta. Yo también. <<

[384] El hombre vio *tout l'estomac*. <<

[385] ¿Qué le parecieron? No lo dijo. <<

[386] Él tenía la sensación de que no se hacía joven. <<

[387] Además, siempre estaba sin blanca. <<

[388] Tenía aspecto de oveja. <<

[389] Solía usar perfume y tenía mil camisas. También lloraba mucho. <<

[390] En realidad, ella no podía evitarlo. Había nacido el 7 de septiembre de 1533, por lo que era una auténtica Virgo. <<

[391] Algunos dijeron que Leicester hacía de dama de honor. Podría ser. <<

[392] Bueno, era una lindeza llamarles así. <<

[393] En los últimos dos años de su vida, comía poco salvo pan de trigo candéal y potaje de achicoria. <<

[394] El aguamiel real se dejaba reposar tres meses antes de embotellarlo. Seis semanas más tarde estaba listo para saciar la sed de la reina. <<

[395] Los historiadores suponen que las festividades de Kenilworth duraron entre doce días y tres semanas. <<

[396] Lytton Strachey afirma que Isabel triunfó como reina mediante «el disimulo, la flexibilidad, la indecisión, la dilación y la parquedad». Me parece razonable. <<

[397] El 9 de julio de 1776, se derribó la estatua de Jorge II colocada en Bowling Green, Nueva York. Para agravar el insulto, su plomo se fundió y con él se fabricaron balas con las que se disparó a los soldados del rey Jorge. <<

[398] En su época, tal vez era sencillo, pero en la actualidad casi es un arte perdido. <<

[399] Ahí se equivocaba. <<

[400] Al cabo de un tiempo empezaron a dolerle los pies. Él creía que era porque los zapatos le apretaban demasiado. <<

[401] Fandino amenazó con hacer lo mismo al rey Jorge. <<

[402] Debía de ser así. <<

[403] Y no era de los que hacen muecas de dolor fácilmente. <<

[404] ;O no? <<

[405] Olvidó que él no estaría presente en la siguiente coronación para apreciar los esfuerzos del conde. <<

[406] Esto es lo que pasa cuando se enseñan trucos a los animales. <<

[407] Hijo de William Pitt el Mayor. <<

[408] Tras la muerte de Pitt, estuvo a punto de casarse con sir John Moore. <<

[409] Adam Smith observó una vez « Qué hombre tan extraordinario es Pitt. Me hace comprender mis propias ideas mejor que antes». Eso indica en qué dirección soplab el viento. <<

[410] No se preocupe si no distingue a los *Whigs* de los *Tories*. El duque de York, hermano de Jorge IV, « jamás distinguía claramente la diferencia entre un *Whig* y un *Tory*, y como consecuencia de ello siempre discutía ambas cosas al mismo tiempo ». Los *Whigs* son más tolerantes hacia la gente del comercio. Los *Tories* beben mucho Oporto. Después de unos cuantos, exclamaban: « ¡A por ellos! », refiriéndose sin duda alguna a sus oponentes. <<

[411] Van Loon nos cuenta que Lord Frederick North pertenecía a una familia que dio a Inglaterra un gran número de distinguidos políticos y mucha epsomita.

<<

[412] En la actualidad pagamos impuestos, pero nos han pedido consentimiento, y hemos dicho al gobierno que siga y nos ponga todos los impuestos que quiera. Nos gusta. <<

[413] Es mejor no entrar en esas cosas. <<

[414] Los ingleses prestaron muy poca atención a Jorge IV. En aquella época eran insensibles. <<

[415] Eric siguió siendo bárbaro. Cuando intentaban hablarle de la civilización, estallaba en carcajadas. <<

[416] Tanto, que apenas asesinaba a nadie. <<

[417] Unos inviernos antes, Bjarni intentó llegar a Groenlandia para beber la cerveza de Navidad con su padre. Se perdió en la niebla y de pronto se encontró ante Canadá, grande como la vida. Bjarni por fin encontró el camino para llegar a Groenlandia, un poco tarde pero, le fue bien como experiencia. Todo el mundo decía que estaba loco por no descubrir América. Pero Bjarni no quería descubrir nada. Sólo quería desear una Feliz Navidad a su padre. <<

[418] Antes de marcharse la llamaron la Tierra del Infierno, para demostrar cómo se sentían. <<

[419] Leif era bastante simple en algunos aspectos, pero no pondría el nombre de los arándanos a un país. <<

[420] O algo parecido. <<

[421] Ella le anunció con calma que sería un niño, no cabía duda alguna. Thorgunna era un poco bruja en sus ratos libres. <<

[422] Por expresarlo con suavidad. <<

[423] Pero tenía el corazón puesto en un abrigo de pieles de gato. <<

[424] Freydis se casó con Thorvard por su dinero. Al final, no consiguió mucho.

<<

[425] Cuando se conoció toda la historia, Freydis no caía bien a nadie, pero a ella le importaba un bledo. Leif pensó en castigarla por ser tan malvada, pero al final decidió que la posteridad se ocuparía de ella y le daría una lección. <<

[426] A los duendes, las hadas y los esquimales también les llamaban Skraelings.

<<

[427] Me temo que ni siquiera sabemos cuál era su nombre verdadero. <<

[428] No podía dejar las cosas tal como estaban. <<

[429] Que a su vez no se basaban en nada. <<

[430] Roger Bacon dijo que se podía llegar a India navegando hacia el oeste. La trampa aquí era que América del Norte y del Sur se encontraban en el camino, a menos que creyera que el canal de Panamá estaba terminado. <<

[431] « ¿Cómo puede llover hacia arriba?» era una pregunta difícil de evitar. <<

[432] Sus opiniones eran muy respetadas porque dormía sobre una tabla. <<

[433] Mientras esperaba, a Colón se le volvió el pelo blanco. <<

[434] Deberían haber sabido que se acercaban a América. <<

[435] Si Colón no la hubiera descubierto, aún seríamos indios. ¿O no? <<

[436] No pudo descubrir el tesoro de los reyes aztecas debido a los bobos que iban con él. No paraban de hacerle cambiar de rumbo. <<

[437] Cuando estás en el Caribe, no puedes descubrir México yendo hacia el este.

<<

[438] El oro tiene algo que casi todo el mundo quiere poseer. Es tan bonito... <<

[439] Los indios se han vuelto más listos. En la actualidad, nos venden chucherías.

<<

[440] En realidad, Vespuccio sólo era un mercader de buey y galletas que tenía un contrato para abastecer a ciertos barcos, « un simple marinero de agua dulce» .

<<

[441] Los aztecas tenían casas para sudar, llamadas Temascal. Entraban en ellas a rastras y sudaban. <<

[442] Tiene que haber una trampa en alguna parte. <<

[443] Al parecer, los aztecas no conocían el valor de un dólar. Utilizaban el grano de cacao como moneda. Así no se puede avanzar. <<

[444] O Kukulcan. <<

[445] O Hzamna. <<

[446] Todo el mundo lo creía porque todos los demás lo creían. <<

[447] Había cincuenta variedades de judías. Algunas saltaban y otras no. En la actualidad ocurre lo mismo. <<

[448] Tenía el valor de sus convicciones, pero no tenía convicciones. <<

[449] Cuando Cortés regresó luego a España, su nueva esposa, doña Juana de Zúñiga, y la reina se pelearon por las falsas esmeraldas. <<

[450] A menos que de pronto se le ocurriera la idea de arrancarte el corazón. <<

[451] Algunos días sacrificaba quince esclavos, sólo para divertirse. <<

[452] A los aztecas también les gustaban las huevas de rana, las hormigas estofadas y la carne humana, aderezada con chiles. El « fricando de niños muy pequeños» era un plato muy sabroso. <<

[453] Los mexicanos dieron a los españoles la malaria, y los españoles dieron a los mexicanos la viruela, la tos ferina, la difteria y la sífilis. Los españoles creían que es mejor dar que recibir. <<

[454] Un jefe de Cuba preguntó si habría españoles en el cielo. Cuando le dijeron que sí, se negó a ser convertido al cristianismo. <<

[455] En aquella época se podía hacer. <<

[456] Prácticamente no eras nadie hasta que no habías cortado tres o cuatro cabezas de turco. <<

[457] Después se cambió y se llamó Cape Ann, porque realmente no se puede tener una parte de Massachusetts llamada Tragabigzanda. <<

[458] No era tanto el dinero; era el principio del asunto. <<

[459] O Wahunsunakok <<

[460] Su verdadero nombre era Mataoka. Pocahontas no era más que su apodo.

<<

[461] Esta historia ha sido negada por varios escritores que no estuvieron presentes. Se niegan a creerla porque a ellos no les ha ocurrido jamás nada parecido. <<

[462] La verdad es que los grandes hombres no tienen una vida amorosa interesante. Están ocupados con otras cosas. <<

[463] Se llevó algunas ardillas voladoras, para divertir al rey Jacobo. <<

[464] Pescó 47.000 peces. Las ballenas se marcharon. <<

[465] El rey Jacobo estaba en contra del tabaco. Creía que su uso era un hábito asqueroso. Él era dinamitero. <<

[466] Thomas Rolfe se casó con Jane Poythress. Su hija Jane se casó con el coronel Robert Bolling. Y en la novena generación desde Pocahontas estaba Edith Bolling, que se casó con Woodrow Wilson. <<

[467] Al parecer, los grandes hombres sólo tienen un propósito en la vida: entrar en la historia. Puede que sólo sirvan para eso. <<

[468] O Tomocomo. <<

[469] Había un par de Peregrinos malos. Los Billington juraban. A John Billington le colgaron. <<

[470] Nunca se metían en problemas, porque todos se acostaban a las ocho.  
Algunos se quedaban levantados hasta las nueve. <<

[471] Si no es así, lo arreglamos. Somos así de divertidos. <<

[472] Los Peregrinos llegaron en sábado, celebraron servicios el domingo y al día siguiente las mujeres establecieron el Día de Colada. <<

[473] Por cierto, no hubo tarta de calabaza ni pudín de ciruelas ni salsa de arándanos en el primer Día de Acción de Gracias, que duró tres días. Se presentaron Massasoit y toda su tribu. Alimentar a noventa indios no es ninguna broma. <<

[474] Axioma de los pioneros: « El único indio bueno es el indio muerto» . <<

[475] Hasta ese momento, se suponía que los indios sólo emitían sonidos guturales. <<

[476] Los indios llamaban a Standish « Pequeño puchero que pronto rebosa» . <<

[477] Hablaron de los pájaros, las flores y el tiempo y, después, John se lo soltó sin ambages. Priscilla se quedó helada. <<

[478] Sarah, una de las seis hijas de los Alden, se casó con Alexander Standish, uno de los chicos de Miles. Así que Miles y Priscilla acabaron más o menos emparentados. <<

[479] Hay millones de descendientes del Mayflower. La mayoría no lo saben.

<<

[480] En inglés, solomillo es *sirloin*, o « lomo de caballero » . (*N. de la t.*) <<

[481] Estómago de cordero relleno con el hígado, el corazón y la lengua del animal, avena, etc. Es un plato escocés. (*N. de la t.*) <<

[482] *Blanket*: manta. (*N. de la t.*) <<